HARLEQUIN

Tentación™

Desconcierto

Diana Palmer

Maureen tenía que desempeñar un cometido muy diferente al que la obligaba su trabajo de secretaria. Debía averiguar si el nuevo mecánico de aviones estaba involucrado en el sabotaje de unos diseños de la compañía para la que trabajaba. Necesitaba acercarse a él... Pero Maureen siempre había sido muy tímida con los hombres.

Jake, por su parte, nunca tuvo tiempo para las mujeres, todas las que conocía habrían intentado utilizarlo. Pero ella era diferente. Maureen era cálida, amable, inocente...

Diana Palmer

Desconcierto

1

Maureen Harris iba una hora tarde a su trabajo. Varias cosas le habían arruinado la mañana. El agua de la lavadora se había salido, su último par de medias se le había roto en el momento de ponérselo y después había perdido las llaves de su automóvil. Entró corriendo en las oficinas de MacFaber Corporations con las piernas desnudas, con su largo pelo negro a punto de salirse de la trenza en la que lo tenía recogido, y con su amplia falda manchada de café.

Un hombre alto y fuerte dio la vuelta a una esquina en el momento en que ella entró, con la taza de café todavía en la mano. Chocó con él con un ruidoso impacto, cayó hacia atrás y la taza de café pareció volcarse con lentos movimientos, vertiendo su contenido sobre la alfombra, salpicándolo a él y ensuciando su falda aún más de lo que ya estaba.

Ella se quedó sentada, recuperando con rapidez sus nuevas gafas de montura metálica, muy modernas, y colocándoselas para poder ver. Miró desconcertada y con resignación hacia el hombre taciturno y sombrío, vestido con una prenda de color gris.

—No pagué mi cuenta del teléfono a tiempo —dijo ella—. Y la compañía telefónica tiene formas especiales de venganza, ¿sabe usted? Me ha descompuesto la lavadora, me ha roto las medias, me ha hecho tirar el café y atropellar a un hombre desconocido.

Él frunció el ceño. Parecía más un luchador que un mecánico, pero que era mecánico lo demostraba el guardapolvo que llevaba puesto. Sus ojos oscuros la recorrieron con curiosidad y con una agradable y seductora sonrisa en la boca.

Como el hombre no dijo nada, ni le ofreció una mano, ella se puso de pie, mirando con tristeza a su alrededor, y fijando la vista en la mancha que había sobre la alfombra.

—Siento mucho haberlo atropellado. No era mi intención hacerlo. En realidad, no sé qué hacer —suspiró—. Tal vez deba renunciar antes que me pidan que lo haga.

—¿Qué edad tiene usted? —preguntó el hombre.

—Veinticuatro años —contestó ella, un poco sorprendida por la pregunta. ¿Acaso pensaba que era demasiado joven para el trabajo? —. Pero generalmente soy muy competente.

—¿Cuánto tiempo hace que trabaja aquí?

—Sólo unos meses —confesó ella—. Bueno, he estado trabajando en este nuevo edificio desde que se inauguró, por supuesto. Pero llevo trabajando seis meses para la corporación. Fui seleccionada del grupo de mecanógrafas para ocupar el puesto de una de las viejas secretarias. Soy muy rápida. Quiero decir, escribo a máquina muy aprisa. ¡Oh, cielos! ¿Cree usted que debo ir a buscar un poco de arena para arrojarla sobre esta mancha de la alfombra, antes que alguien la vea?

—Llame al personal de limpieza. A ellos les pagan por hacer eso. Será mejor que se ponga a trabajar. A MacFaber no le gustan los empleados ociosos. Al menos, eso me han dicho —añadió fríamente.

Ella suspiró.

—Creo que a él no le gusta nadie. Nunca asoma las narices por aquí, así que es una buena cosa que la compañía funcione sola. Dicen que él jamás viene a este lugar. Él volvió a fruncir el ceño.

—¿Eso dicen? Yo pensé que trabajaba en este edificio.

—Nosotros también pensamos eso —reconoció ella—. Pero, bueno, todas vinimos del viejo edificio de ingeniería, cuando este nuevo edificio fue terminado hace tres meses. Hasta la secretaria del señor MacFaber, Charlene, es nueva, así que ninguna de nosotras lo ha visto nunca a él. Y Charlene realiza su trabajo a través del vicepresidente —añadió ella, acercándose un poco más—. A veces sospechamos que anda por ahí disfrazado.

—Fascinante —el desconocido ladeó la cabeza—. Parece como si el hombre fuera simple creación de la mente calenturienta de alguien, ¿no? —murmuró y casi sonrió.

Ella lo observó por un instante. Parecía un hombre que no sabía muy bien sonreír. Era grande, muy alto y esbelto para su estatura. Pero era imponente, con un rostro ancho y ojos oscuros y hundidos. Tenía el pelo lacio, espeso y negro como azabache. Sus muñecas

estaban cubiertas de vello oscuro, también. Generalmente, ella no se sentía cómoda con los hombres. Era bastante fea, a pesar de que tenía una personalidad alegre y se vestía con gran cuidado.

—¿Es usted nuevo aquí? —preguntó Maureen con timidez—. Es usted mecánico, ¿verdad? —añadió, colocándose las gafas, que habían empezado a resbalar en su nariz.

—Soy relativamente nuevo —contestó él, refiriéndose a su primera pregunta—. Y llevo puesto un guardapolvo de mecánico, ¿no? Así que eso contesta su segunda pregunta.

—Entonces debe usted estar trabajando en el diseño del nuevo jet Faber —dijo ella, advirtiendo sorpresa en la actitud de él.

—Sí —asintió con indiferencia—. ¿Está usted familiarizada con él?

—Más o menos —contestó ella con un suspiro—. Nadie ha logrado averiguar qué está pasando. La gente de la computadora examinó una de esas gráficas de diseño que cuestan una fortuna y, al parecer, las modificaciones debían haber producido grandes mejoras en el viejo diseño del jet Faber. Sin embargo, el nuevo diseño resultó un fiasco en su primer vuelo de prueba. Es una pena. Supongo que eso dará a Peters Aviation la ventaja sobre nosotros.

Peters Aviation eran los competidores de MacFaber Corporation y estaban tratando de adelantarse a ésta, produciendo el nuevo diseño en su propio pequeño jet, antes que ellos.

—Parecería que nos llevan ventaja, pero yo no contaría con eso —declaró él con frialdad—. ¿No será mejor que se ponga a trabajar?

Ella se ruborizó un poco. El hombre hablaba con aire de autoridad, de algún modo. Probablemente estaba casado y tenía hijos. Era lo bastante mayor para eso. ¿Qué edad tendría?, Se preguntó, mirándolo cuando recogía su bolso de mano y la taza de café. Más de treinta y cinco años... tal vez cerca de los cuarenta.

—Yo soy Maureen —se presentó ella. Movió los pies y lo miró a los ojos. Hubiera querido tener, en esos momentos, el desparpajo de Charlene—. ¿Cómo se llama usted?

—Jake —respondió él—. Discúlpeme. Se me hace tarde.

Maureen lo siguió con la mirada. Era muy atractivo y daba la impresión de ser muy eficiente. Y la había hecho sentirse distinta. Casi atrevida. Vaya, era increíble que ella hubiera sido capaz de

hablar con un hombre como ese y hubiese tenido el atrevimiento de preguntarle su nombre. Sonrió para sí. Tal vez no era la muchacha inútil que imaginaba ser.

Lo que acababa de hacer resultaba un momento culminante de su vida, y se alegró de haber decidido quedarse en Wichita. Había pensado que un cambio de ambiente podía hacerla salir del caparazón y contribuir a que se volviera independiente y capaz. Todavía podía hacerlo. Sin embargo, el compañero de trabajo al que acababa de conocer no se había mostrado demasiado interesado. Pero eso no la sorprendía. Tenía muy poca suerte en eso de tratar a los hombres. Tal vez era por las gafas. Si no hubiera sido tan miope...

Entró a toda prisa en la oficina de Arnold M. Blake, casi sin aliento, y se sentó ante su escritorio. Miró hacia el teléfono. Una línea estaba desocupada. El señor Blake se encontraba en su escritorio. Tal vez no se daría cuenta de lo tarde que había llegado. Pulsó el segundo botón, que correspondía a una de las cuatro líneas telefónicas, y llamó al departamento de limpieza.

—Alguien ha volcado el café sobre la alfombra de la entrada —informó ella con aparente inocencia—. ¿Pueden mandar a alguien a que lo limpie, por favor?

Se oyó un profundo suspiro en el extremo opuesto de la línea.

—¿Señorita Harris?

Ella tragó saliva.

—Sí.

—No hay problema —fue la seca respuesta—. Se le ha hecho tarde otra vez, ¿verdad?

Ella se ruborizó.

—Mi lavadora se descompuso.

—La última vez —dijo con lentitud la voz de un hombre—, fue un batido de fresa...

—Lo siento —gimió ella—. Es mi karma, ¿sabe? Yo creo que debí ser asesina en una vida anterior.

—Limpiaremos las manchas y desaparecerán, no se preocupe. Y gracias por esa bolsa de dulces que nos trajo de Nueva Orleáns —añadió la voz—. Nos han gustado mucho.

Ella sonrió con tristeza. Había ido a casa unos días, para aprobar la venta de la casa de sus padres. Ese fue su último eslabón con su

antigua vida. Sus padres habían planeado irse a vivir a Wichita, Kansas, con ella, pero un trágico accidente automovilístico, poco antes que realizaran el cambio, les había costado la vida. Ella estuvo a punto de volver, después de eso, pero decidió que un nuevo ambiente podía contribuir a disminuir su dolor. Así que invirtió el dinero que recibió de la venta de la casa de sus padres en la mitad de un dúplex en Wichita, y se quedó allí. Como ya estaba trabajando con la MacFaber Corporation, al menos no tenía que preocuparse de qué iba a vivir. Había comprado los dulces en el último momento y ahora se alegraba de haber regalado al personal de limpieza una bolsa de golosinas.

—Gracias —colgó y trató de limpiar su falda manchada.

—Así que ahí está usted —dijo el señor Blake desde la puerta de su oficina, sonriéndole—. Necesito que escriba una carta, señorita Harris.

—Sí, señor —tomó su cuaderno y su pluma—. Siento mucho haber llegado tarde. Y se me cayó el café... Todo me ha salido mal...

—No hay problema —dijo el señor Blake muy tranquilo—. Venga, por favor.

Maureen tomó varias cartas al dictado, todas relacionadas con el diseño del nuevo jet Faber.

Joseph MacFaber podía rugir como un oso herido cuando estaba de mal humor. Pero era endemoniadamente rico y estaba acostumbrado a salirse con la suya. Pasaba la mayor parte de su vida tratando de suicidarse con una gran variedad de pasatiempos peligrosos, según había oído Maureen, y dejaba que sus subordinados se hicieran cargo de la MacFaber Aircraft Corporation en su ausencia.

Ella había oído decir que se encontraba en Río de Janeiro buena parte del año, tratando de consolarse de la muerte de su madre. La señora MacFaber había muerto en un accidente automovilístico en Europa y en opinión de los chismosos, MacFaber no lo había superado aún. Decían que él conducía el automóvil, así que tal vez andaba huyendo de su propia conciencia. Debía ser duro para un hombre tener que vivir con un remordimiento así.

El señor Blake terminó de dictar y Maureen volvió a su escritorio para transcribir las cartas en su máquina de escribir electrónica. De pronto el teléfono empezó a sonar sin detenerse y era casi la hora

de la comida antes que ella pudiera siquiera empezar a transcribir las cartas.

Generalmente, ella salía a comer al mediodía, pero se sentía culpable por haber llegado tarde. Así que se dirigió a la salita de descanso donde había una máquina que vendía golosinas y sacó una soda y una barra de chocolate. Se sentó sola junto a la ventana, a comer. No era una comida muy nutritiva, pero era satisfactoria. Estaba terminando su soda, cuando el nuevo mecánico se sentó en una mesa, en el centro de la habitación.

Sin darse cuenta, Maureen se sorprendió a sí misma con la vista fija en él. No estaba acostumbrada a ver a hombres así, y normalmente no miraba a ninguno con mucha atención. Pero este era muy distinto. Suspiró, justo en el momento en que él levantó la vista de forma inesperada y la sorprendió. La miró con expresión enfadada, como si le irritara su interés. Ella se ruborizó y a toda prisa volvió la vista hacia la ventana. Terminó la soda, puso la botella en su lugar y sonrió levemente cuando pasó frente al mecánico. Ella trataba de que su sonrisa fuera una especie de disculpa, pero los ojos oscuros de él sólo brillaron más furiosos que nunca.

Bajó los ojos a su taza de café y la ignoró por completo. Ella se sintió incómoda. La hacía sentir como si fuera una perseguidora de hombres. Sentía deseos de arrastrarse hacia un rincón y ocultarse allí. Su irritación la lastimó profundamente.

Intentó alejar sus pensamientos del mecánico hacia el fondo de su mente y pasó el resto del día contestando la correspondencia. El señor Blake tuvo una larga conversación con algún funcionario y al terminarla empezó a caminar de un lado a otro, preocupado, durante casi una hora.

—¿Sucede algo malo, señor? —preguntó Maureen con gentileza.

Él la miró y se pasó la mano por el pelo.

—¿Qué? Oh, no, gracias, Maureen. Sólo un complicado problema. Va a venir un inspector del gobierno mañana por la mañana, por cierto. Trate de estar a tiempo, ¿quiere?

—¿Es sobre el cambio en el diseño del jet Faber? —preguntó ella.

Él sonrió con tristeza.

—Me temo que sí. Vamos a tener serios problemas con la gente

de aviación para tratar que nos aprueben esto.

Maureen asintió con la cabeza. El señor Blake se fue poco después. Maureen tuvo que quedarse hasta las seis y media para terminar de contestar la correspondencia. Para cuando cubrió su máquina de escribir y arregló su escritorio, en su mayor parte los otros empleados habían salido ya del edificio. Al pasar por la oficina del señor MacFaber, cuando se dirigía a marcar su tarjeta, oyó ruidos y se detuvo.

Se oía una voz más allá de la puerta, una voz solitaria... parecía ahogada, pero era profunda, y exigente. Alguien estaba hablando por teléfono. Maureen se preguntó si sería el venerable J. MacFaber el que estaba allí. Tal vez había vuelto de Río de Janeiro antes de lo previsto. Tendría que preguntarle a Charlene al día siguiente. Continuó adelante. No le convenía que la sorprendieran espiando fuera de la oficina del jefe. Marcó su tarjeta, la dejó y salió del edificio.

Era un delicioso día de primavera. El área de estacionamiento estaba casi vacía. Había una camioneta de color rojo, bastante maltrecha, cerca del coche de ella. Sólo estaban ese vehículo y el pequeño Volkswagen amarillo de Maureen. La camioneta había visto mejores días, como su deteriorado Volkswagen.

Suspirando profundamente, Maureen se sentó frente al volante. Había sido un día difícil. Intentó arrancar y no lo consiguió.

—¡Oh, Dios mío! —gimió—. ¿Por qué tenía que suceder esto hoy?

Se bajó, abrió la cubierta posterior del coche, y se arrodilló para revisar el pequeño motor. ¿Qué podía hacer?

Estaba considerando alguna posibilidad cuando advirtió la presencia del mecánico alto y moreno, que se encontraba de pie a poca distancia de ella, observándola.

La joven lo miró, pero antes de poder hablar, Maureen vio que se había acercado.

—¿No es esto demasiado evidente? —preguntó el hombre con leve diversión—. Primero me vacía el café encima. Ahora su automóvil se ha descompuesto justo al lado de mi camioneta.

¿Su camioneta? Maureen sintió como si el destino le hubiera vuelto la espalda. Había sido realmente un día horrible. Pero sin duda alguna era culpa suya. Para alguien que no la conociera, su

conducta podía haber parecido un coqueteo.

—No hay problema —dijo con rapidez—. Sé lo que tengo que hacer.

Él la miró con curiosidad y dobló los brazos sobre su amplio pecho.

—Para su información, quiero decirle que no me gustan los coqueteos de las mujeres —dijo—. Nunca he tenido problemas para atraer a una mujer, y estoy seguro de que usted no quiere quedarse esperando por mí una eternidad. ¿Está claro?

Aquello era un insulto, injusto y sorprendentemente doloroso. Las lágrimas nublaron sus ojos, pero ella parpadeó para reprimirlas. Se puso de pie y lo miró con expresión atontada. Ya no era la muchacha tranquila y feliz que había sido en un tiempo. El hecho de haber perdido a sus padres representó un golpe terrible.

—Supongo que sabrá por qué dice eso —dijo con voz suave—, pero está muy equivocado. Yo no estoy tratando de ... de... coquetear con usted. Lo de esta mañana fue realmente un accidente. Y mi coche no anda muy bien. Todo lo que tengo que hacer es intentar arrancar de nuevo. Así que, por favor, no se detenga por mí.

Se volvió de nuevo hacia el motor, sin poder disimular el temblor y la confusión que la invadían. Se quitó el zapato y golpeó la terminal del acumulador con un golpe seco y violento. Se enderezó y casi chocó con el mecánico.

—Parece que sucede algo ahí —dijo él con lentitud.

Ella no le contestó. Ni siquiera lo miró. Cerró la tapa del motor, se instaló detrás del volante y dio la vuelta a la llave. Esta vez arrancó.

Ni siquiera volvió la mirada al alejarse. Durante todo el camino de regreso a su casa luchó por contener las lágrimas. ¡Qué hombre tan horrible, arrogante y vanidoso!, pensó. Hubiera querido decirle a gritos lo que pensaba de él.

Cuando llegó a su casa, se quitó los zapatos y se dejó caer en el sofá. No recordaba una sola vez en su vida que se hubiera sentido tan agotada como en esos momentos. Todo el mundo tenía sus días malos, sólo que el suyo había ido de mal en peor.

El sarcasmo de ese mecánico grosero había sido lo último. Debía reconocer que era muy guapo, pero eso no le daba derecho a

acusarla de estarlo persiguiendo. ¿Quién se imaginaba él que era? Nadie que la conociera a ella realmente la consideraría capaz de una cosa así. Sonrió con tristeza cuando recordó que no había nadie que la conociera realmente. Sólo sus padres, y los había perdido. No tenía a nadie más. No tenía amistades íntimas con facilidad porque era tímida e introvertida. Siempre esperaba a que los demás hicieran el primer movimiento. Pero nadie lo había hecho nunca.

Y eso era una lástima, pensó con tristeza, porque la verdadera Maureen era tan vivaracha, simpática y extrovertida como la mejor comediante, y tan sexy como una estrella de cine. Pero ella no lograba que esa Maureen interior saliera al exterior. La persona atrevida y aventurera que había dentro de ella necesitaba sólo un empujón para salir a la superficie, pero nadie se lo había dado. Soñaba con hacer cosas emocionantes, y admiraba a gente como el misterioso señor MacFaber, que no tenía miedo de vivir la vida intensamente.

Se puso sus pantalones vaqueros y una camiseta, se peinó y se dirigió descalza a la cocina para prepararse una hamburguesa. En el camino casi tropezó con Bagwell, que había salido de su jaula y se divertía con sus cucharillas de medir.

—Santo cielo, ¿qué estás haciendo ahí abajo? —exclamó inclinándose hacia él—. No me digas que he vuelto a olvidar cerrar con llave la jaula.

—Hola —dijo el gran perico verde del Amazonas extendiendo sus alas en una coqueta bienvenida—. ¿Cómo... estás?

—Muy bien, gracias —extendió un brazo y dejó que al perico se subiera en él, recogió las cucharillas y metió tanto éstas como el perico dentro de la amplia jaula de latón que el animal ocupaba la mayor parte del tiempo—. Te dejaré salir cuando haya terminado de cocinar. Te puedes quemar las alas si te acercas demasiado al fuego.

—Muchacha mala —murmuró Bagwell, y revoloteó con las cucharillas en su pico.

Era un perico del Amazonas, de cuello amarillo, que tenía casi siete años. Los padres de Maureen lo habían comprado en Florida, durante unas vacaciones. Se lo habían regalado a Maureen hacía dos años, para que le proporcionara compañía y protección y hasta el momento lo había hecho muy bien. El único hombre que la había

invitado a cenar, casi pierde los dedos. No había vuelto más.

—Estás arruinando mi vida social —dijo Maureen con una mirada furiosa—. Gracias a ti, nunca voy a conseguir quien comparta este apartamento conmigo.

—Te amo.

—Coqueto —dijo Maureen en tono acusador, mientras cocinaba su hamburguesa—. ¿Quieres una zanahoria, Bagwell?

—¡Zanahoria! ¡Zanahoria! —repitió el perico.

Ella sacó una zanahoria del congelador y la calentó en el horno de microondas a la temperatura ambiente, antes de ponerla en el plato de comida del perico. El animal agarró la mitad de ella con su pata y se quedó comiéndola, con gran satisfacción.

—Eres buena compañía, al menos —suspiró ella y dio vuelta a la hamburguesa por última vez antes de sacarla—. Me alegra que vayas a vivir setenta o más años, Bagwell. Si no puedo conseguir marido, al menos te tendré a ti.

Bagwell la miró con aparente desinterés y volvió a la tarea de mordisquear su zanahoria.

De pronto, Maureen oyó voces. Una de ellas le parecía dar instrucciones. Maureen dejó a Bagwell y se dirigió a la sala para asomarse por detrás de la cortina. Dos hombres estaban en la vivienda que había permanecido desocupada las últimas seis semanas, desde que el amante de la música se había cambiado. La gente solía salir y entrar de ese lugar, porque su dueño viajaba mucho y lo alquilaba cuando salía. El último ocupante había sido un fanático del rock pesado y Maureen se había alegrado de que se fuera. ¿Quién vendría ahora?

Obtuvo respuesta casi en el acto y pareció de nuevo la intervención del traidor destino. Era un mal fin para un mal principio. Un hombre alto y moreno, en una vieja camioneta de color rojo, llena de muebles, había aparecido allí.

Cerró la cortina antes que él la viera, agradeciendo a la providencia que su pequeño Volkswagen amarillo no estuviera a la vista, de modo que él no se diera cuenta de quién era su vecina más próxima. Había otras casas y apartamentos en el barrio, pero ninguno de ellos se encontraba muy cercano. Maureen consideró eso una ventaja cuando se cambió, pero ahora empezaba a sentirse incómoda. No le gustaba ya ese hombre, por guapo que fuera, y la

irritaba con toda franqueza el pensar que no podría evitarlo ni en su propia casa.

—¡AAAHHH! —gritó Bagwell—. ¡AAAHHH!

Maureen entró corriendo en la cocina y se llevó un dedo a los labios, mientras trataba de aquietar al escandaloso pajarraco. Había casi oscurecido, y Bagwell solía hacer eso al ponerse el sol.

Aterrada de que su indeseable vecino nuevo apareciera en cualquier momento en la puerta, para averiguar a quién estaban matando, Maureen corrió a buscar un trapo y lo arrojó sobre la jaula. Cuando Bagwell dejó de gritar como un perico loco, ella limpió los restos de sus zanahorias y le puso agua fresca y periódicos limpios.

Se apoyó contra la pared, con un suspiro de alivio. Fue entonces cuando vio la sombra contra su ventana. Sintió que se le doblaban las piernas. Tenía que ser él. La sombra era enorme, y si el hombre estaba en la ventana de la cocina, eso significaba que podía ver su Volkswagen amarillo, estacionado exactamente detrás de la casa.

Esperó allí, inmóvil, para ver qué hacía. Pero la sombra se alejó sin haber llamado nadie a la puerta.

Maureen permaneció inmóvil otro minuto. Entonces salió hacia la puerta de atrás, retiró la cortina que cubría el cristal y se asomó. No había nadie a la vista. Gracias a Dios, no iba a darle problemas.

Pero si era un hombre amante de la paz, Bagwell no lo dejaría disfrutar de ella.

Acabó de prepararse la hamburguesa y un poco de café y decidió sentarse a mirar la televisión. No había mucho que ver, y ella se sentía cansada. Decidió acostarse temprano y se estiró mientras se ponía la camisa de un pijama masculino que era todo lo que usaba para dormir. La encontró muy barata en una tienda y le pareció suelta y cómoda. No le gustaban las cosas muy femeninas, llenas de encajes, que raspaban la piel, y no había podido encontrar un pijama de mujer que la convenciera. En cambio, esa prenda le encantaba, aunque le traía recuerdos agridulces de la época en que sus padres vivían todavía. Su madre había bromeado preguntándole a qué hombre pertenecía, y todos habían reído juntos.

Sus padres sabían muy bien que ella era demasiado escrupulosa para tener idilios y relaciones sexuales. A los veinticuatro años seguía siendo virgen. Era una muchacha fea que no atraía a la

mayor parte de los hombres. Aprendió a aceptar eso, y ahora vivía para su trabajo. Tenía un buen empleo y ganaba bastante dinero, gracias a MacFaber Corporation. Debía de ser eficiente en su trabajo, porque su jefe anterior la había recomendado al señor Blake.

Apagó la luz y se acostó en la cama matrimonial. De pronto oyó un sonido diferente, como si alguien moviera objetos pesados. Se ruborizó al comprender que debía ser su nuevo vecino. Ella nunca había estado en la otra casa, pero probablemente su dormitorio estaba justo al otro lado de esa pared. ¡Se movió con inquietud y decidió que al día siguiente movería su cama y la colocaría contra otra pared!

2

MAUREEN detestó su propia cobardía al día siguiente, pero se asomó por una esquina, antes de salir. Lo último que deseaba era una confrontación con su nuevo vecino.

Subió a su Volkswagen amarillo, cruzó los dedos deseándose suerte a sí misma, y logró ponerlo en marcha al primer intento. Salió hacia la carretera, y se alejó de allí. Notó con alivio que la camioneta roja no estaba al otro lado. El hombre debía haberse ido ya a trabajar.

En efecto, cuando llegó a las oficinas de MacFaber Corporation, la camioneta roja ya estaba ahí. Maureen entró con rapidez en el edificio y en la oficina que compartía con el señor Blake, mirando con nerviosismo a su alrededor. Sin embargo, su nuevo vecino no estaba.

El señor Blake levantó la mirada cuando ella le llevó la correspondencia y la miró desconcertado.

—Es el correo, señor —dijo Maureen, poniéndolo frente a él, en el escritorio lleno de papeles.

—Sí, claro —murmuró él.

—¿Sucede algo, señor Blake? —preguntó Maureen.

—No, nada en absoluto —le aseguró él, no demasiado convincente. Tal vez estaba preocupado por su cuñado, que era mayor que él y había estado enfermo.

—¿Está su cuñado mejor? —él le dirigió una rápida mirada llena de desconfianza y ella se apresuró a agregar—: Yo sé que está usted preocupado por él. Espero que haya mejorado.

—Sí, está mejor, gracias Maureen —contestó él con rigidez—. Espero que vuelva al trabajo enseguida —se movió con incomodidad, como si le molestara que hablaran de cosas

personales—. Déme el expediente de Radley, si me hace favor.

—Sí, señor.

Maureen le sonrió. Su jefe le simpatizaba mucho, aunque él no parecía tenerlas todas consigo. Necesitaba descansar más y no preocuparse tanto. Su cuñado, el señor Jameson, era un hombre menos disciplinado que él, un mecánico bonachón, pero con una testaruda resistencia a la autoridad y a las nuevas técnicas. Sonrió, pensando que el señor Jameson y el nuevo mecánico se entenderían a la perfección sin ninguna dificultad.

Llevó al señor Blake el expediente y volvió a su propia rutina. Le gustaba su trabajo, pero podía resultar muy pesado, sobre todo cuando había visitantes o inspectores del gobierno. Predominaba un cierto ambiente de preocupación por el fracaso del primer vuelo de prueba del nuevo jet Faber. Tal vez ese era el motivo del nerviosismo del señor Blake. El control de calidad era la sección bajo mayores presiones cuando algo salía mal en los nuevos diseños, sobre todo cuando el departamento de diseños podía demostrar que ellos no habían cometido ningún error. Eso no sólo ponía en un grave compromiso al jefe de Maureen, sino a todo el departamento de control de calidad.

El departamento de diseño había demostrado ya que ellos habían hecho su trabajo a la perfección; habían demostrado, por medio de una gráfica, que el aparato debía funcionar sin problema alguno. Así que todos empezaban a pensar que la falla era con toda probabilidad resultado de sabotaje y no un defecto de diseño. MacFaber tenía enemigos. La mayor parte de las compañías de éxito los tenían.

Una compañía rival en particular, Peters Aviation, había hecho recientemente una oferta, tratando de comprar la MacFaber Corporation. Pero el viejo MacFaber logró evitar la venta, justo a tiempo, consiguiendo la oposición de una mayoría de accionistas. Había logrado tres votos más de los que necesitaba para ganar la batalla, y Peters tuvo que retirarse furioso y con las manos vacías. Pero si el nuevo diseño fracasaba y Peters lograba perfeccionar antes su propio diseño, el consejo directivo podía retirar su voto de confianza a MacFaber y aprobar la venta de la compañía. Era una situación arriesgada.

Maureen, como el resto del personal, se preguntaba por qué

había fracasado el jet Faber renovado. No parecía posible que se tratara de un acto de sabotaje y, sin embargo, todas las pruebas empezaban a señalar en esa dirección.

Cuando estaba introduciendo el expediente sobre el jet Faber en su computadora y empezaba a mecanografiar el informe sobre actuación que el señor Blake le había dado, sonó el intercomunicador.

—¿Señorita Harris?

—Sí, ¿señor Blake?

—Vaya por favor a la oficina del señor MacFaber y pida a Charlene que le dé las últimas cifras de los costos por gastos indirectos de las modificaciones del jet Faber.

—Iré ahora mismo.

Dejó la computadora funcionando y se dirigió por el corredor hacia la enorme oficina que el señor MacFaber ocupaba, cuando estaba allí. Charlene, una atractiva rubia, estaba mirando con expresión furiosa el monitor de su computadora y gruñendo entre dientes.

—Detesto las computadoras —dijo, sin desviar la vista de la pantalla—. Detesto las computadoras. ¡Detesto a las compañías que usan computadoras, y detesto todavía más a la gente que hace computadoras!

—¿No te da pena? —preguntó Maureen—. La vas a mortificar y hasta podría enfermar.

—¡Magnífico, espero que se muera! ¡Se ha tragado el trabajo de toda la mañana y no quiere devolvérmelo!

—Vamos, yo te salvaré. Levántate —Maureen le sonrió, se sentó y en cuestión de cinco minutos había extraído la información alimentada, la había copiado y devuelto a Charlene su lugar en la silla.

Charlene la miró con desconfianza.

—Yo no confío en la gente que comprende estos aparatos y sabe hacer cosas así. Podrías ser un agente del enemigo.

—No puedo ser agente. Ni siquiera tengo impermeable tipo trinchera —dijo Maureen con aparente convencimiento—. El señor Blake quiere las últimas cifras de los costos indirectos del nuevo Faber Jet. Te los habría pedido desde mi terminal, pero me imaginé que te pondrías histérica si tenías que mandarme la información a

través de tu computadora.

—No hubiera sabido hacerlo —contestó Charlene, entrecerrando los ojos—. Si quieres saber la verdad, las máquinas de escribir electrónicas... todas estas cosas modernas me fastidian. Si el sueldo no fuera tan bueno, renunciaría mañana. Trata de estar sentada aquí, explicando a todos, que el señor MacFaber no ha puesto un pie en su oficina el último año. Inténtalo. Y entonces explica a toda esa gente que insiste en llamarlo que no se puede hablar por teléfono porque está sentado en la orilla del Amazonas contemplando a los antiguos incas o algo por el estilo.

—Lo siento, de veras. Pero el señor Blake necesita los costos indirectos de...

Charlene suspiró.

—Está bien.

Se levantó y fue a buscar a su bien ordenado archivo lo que necesitaba. Le entregó una carpeta a Maureen.

—No se vaya a extraviar y no la pierdas de vista. El señor Johnson me mataría si desapareciera.

—Tú sabes muy bien que el vicepresidente a cargo de la producción adora hasta el suelo que tú pisas.

Charlene sonrió con satisfacción.

—Sí, lo sé. Y si se descuida un poco, no tardaré en llevarlo al altar. Es muy sexy.

—A mí también me parece que lo es. Sin embargo, no todas podemos ser como tú. Algunas de nosotras tenemos que conformarnos con ser como yo.

—Me gusta tu nuevo peinado y tu maquillaje —dijo Charlene.

—Pero sigo yendo a mi casa sola —Maureen se encogió de hombros—. Tal vez algún día tenga suerte —miró a su alrededor—. ¿Tú has visto alguna vez a tu jefe?

—Una vez, muy brevemente, cuando me dieron el ascenso y me mandaron aquí. El se comunicaba conmigo a través de memos, llamadas telefónicas y mensajes enviados mediante otras personas. No es mal parecido, supongo. Un poco viejo para mi gusto. Con canas en las sienes, y un poco gordo. Demasiada buena vida —frunció el ceño—. Aunque es posible que haya sido ese voluminoso abrigo que llevaba puesto ese día—se encogió de hombros—. Llevaba gafas oscuras y sombrero... no podría reconocerlo, aunque

en ello me fuera la vida.

—Cualquiera pensaría que su fotografía debía estar por algún lado, ¿no? Después de todo, la compañía es negocio de la familia —comentó Maureen.

—Había una foto, pero no vino con las cosas cuando se realizó el cambio del viejo edificio a este. Sólo Dios sabe por qué —Charlene suspiró—. Tráeme ese expediente en cuanto termines con él, ¿quieres?

—Muy bien, gracias.

Llevó el expediente al señor Blake y se sentó ante su computadora de nuevo. Era extraño, pero algunas de las cifras le parecían diferentes. Sin embargo, una rápida mirada a la hoja que había estado copiando le reveló que estaban correctas. Encogiéndose levemente de hombros, volvió al trabajo.

La sala de descanso estaba llena cuando llegó allí. Hacía tiempo ya, que se había dado cuenta de que salir corriendo a un restaurante era tiempo perdido. El luchar contra el pesado tráfico del mediodía le quitaba el apetito. Aunque la comida que vendían las máquinas de la oficina era de sabor artificial, estaba a mano y era barata.

Se compró un emparedado de carne fría y una soda dietética y se sentó tan cerca de la ventana como le fue posible. Se sentía incómoda entre toda esa gente. La mayoría eran hombres pero ella no vestía nada provocativo que pudiera atraer su atención. Llevaba puesto un traje sastre beige y una blusa color de rosa, y se había recogido el pelo en un moño. Se veía joven, elegante y no demasiado fea. El maquillaje ayudaba un poco, pero nada podía hacer con sus gafas. Había tratado de usar lentes de contacto, pero no le habían dado resultado. De cualquier modo, reconocía que nunca iba a ser una belleza.

Mordisqueó su emparedado, mientras observaba cómo una ardilla trepaba a un árbol cercano a la ventana. Tardó un minuto en darse cuenta de que ya no estaba sola. Una sombra se proyectó sobre ella cuando el hombre moreno que había conocido el día anterior se sentó a dos asientos de distancia de ella y empezó a contemplarla con frialdad.

Maureen no lo miró directamente, sino de reojo y su emparedado empezó a saberle a cartón, pero trató de disimularlo.

—Usted trabaja para Blake, ¿verdad? —preguntó él.

Ella mantuvo los ojos clavados en su emparedado.

—Sí.

Él puso su propio emparedado en una servilleta, sobre la mesa, y abrió un termo para servirse su contenido en una taza.

—¿Le pagan bien?

—Más o menos —Maureen se sentía más y más nerviosa a cada momento y él lo notó.

—No creo que tenga por qué quejarse. No viste como una secretaria pobre.

El comentario era vagamente insultante. Ella estuvo a punto de decirle que compraba su ropa en una tienda que tenía precios bajos y alta calidad, pero ese tipo era un desconocido. Un desconocido arrogante y grosero, y a ella no le gustaban sus insinuaciones.

—Si me disculpa, tengo que volver a trabajar —murmuró, desviando la cara.

—¿Qué hacen ustedes en control de calidad? —le preguntó con frialdad, sin dejar de observarla—. Si hicieran su trabajo bien, ese nuevo jet no habría avergonzado a la compañía en su primer vuelo.

Ella se ruborizó. Era el hombre más intimidante que había conocido nunca.

—El señor... el señor Blake trabaja muy duro —protestó ella—. Tal vez fue un problema mecánico —se atrevió a decir—. Usted es mecánico, ¿no?

Ella no había levantado la voz, pero él miró a su alrededor, de cualquier modo. Convencido de que no había nadie lo bastante cerca como para oírlos, volvió su atención a Maureen.

—Esa es la razón por la que me sorprendió su muy evidente intento de inventar ayer un problema mecánico con su coche.

—Ya le dije que yo no inventé nada, que realmente me surgió un problema.

—Es una excusa bastante común —la interrumpió él con sequedad.

Ella empezó a alejarse.

—Yo no uso excusas. Y no necesito ayuda de nadie. Sé cambiar el aceite, las bujías e incluso un neumático si es necesario.

—¡Qué mujer tan hábil! —dijo él con sarcasmo, mirándola con expresión calculadora—. Entonces sabe algo de motores, ¿no?

—De motores de Volkswagen sí. Mi tío era jefe de mecánicos en

una compañía que importaba estos automóviles. Lo fue durante años y me enseñó muchas cosas —levantó la barbilla—. Y para dejar las cosas claras le diré que usted me gusta tanto como este horrible emparedado —sacudió ante él lo que quedaba del emparedado.

El frunció el ceño. Había algo casi sensual en la expresión de su boca ancha y bien cincelada.

—Es extraño. Me han dicho que soy bastante bueno de sabor.

Ella no supo si bromeaba o no. Probablemente no. No sonreía y su rostro parecía tallado en piedra. No importaba, de cualquier modo; ella no quería tener nada que ver con él. Se dio vuelta y salió a toda prisa, a pesar de que sentía que las piernas se le doblaban. Ese hombre le había arruinado la comida y el resto del día. Concentrada en sus pensamientos, se dirigió hacia la oficina.

El señor Blake tenía más correspondencia que ella tenía que atender y de nuevo salió tarde de trabajar. Pero esta vez, el camión de color rojo no estaba en el estacionamiento, así que subió agradecida a su pequeño automóvil y volvió a casa.

Bagwell estaba jugando con una piedra unida a una cadena, cuando ella entró por la puerta posterior y al verla empezó a brincar y a ronronear.

—¡Niña bonita! — murmuró—. ¡Niña bonita! ¡Hola!

—Hola, Bagwell —Maureen sonrió, y se detuvo junto a la jaula, para abrirle la puerta y dejarlo salir. El perico trepó por la jaula y sacudió sus plumas, antes de salir.

—¡Pajarraco perverso! —murmuró ella sonriendo—. No está bien que molestes a quien te da de comer. ¿Quieres manzana?

—Man...zana —repitió él—. Man...zana.

Dejó su bolso de mano, se quitó los zapatos y compartió una manzana con él.

—Bagwell, los días se hacen más y más largos. Creo que necesito un cambio de ambiente.

—Buena... man...zana —murmuró el animal, preocupado con el trozo de fruta que tenía en la pata.

—Tú sólo piensas en la comida... —murmuró. Se levantó y se dirigió a la despensa para ver qué había para ella—. Bueno, mañana tengo que ir de compras, viejo —dijo, haciendo una mueca cuando vio sus escasas provisiones.

Se puso sus pantalones vaqueros y una camiseta en tanto el perico continuaba comiendo su manzana. Luego se preparó un emparedado y mientras lo comía, el animal se acercó a donde ella estaba.

—Soy bonito —dijo.

Ella le rascó la cabeza con cariño.

—Sí, eres precioso —afirmó sonriendo.

Cuando terminó de comer, lo llevó a su jaula. Limpió ésta y le puso agua fresca. Entonces lo cubrió con una sábana, para que se durmiera

Bagwell era buena compañía, pero necesitaba dormir cuando menos doce horas al día. Así que ella pasaba sola la mayor parte de sus veladas.

Se acurrucó con un nuevo libro sobre la historia de los Tudor, y se dedicó a leer y a beber café. El hombre de la casa contigua no estaba muy lejos de sus pensamientos. La irritaba sobremanera y su actitud francamente insultante de esa mañana la había enfurecido.

Un ligero golpeteo en el muro de la casa de al lado llamó su atención. Parecía venir de su dormitorio. Bajó su libro y caminó hacia esa habitación, pero el golpeteo cesó de forma repentina. Se acercó a la pared y la examinó con cuidado, buscando posibles agujeros. ¡Esperaba que su nuevo vecino no fuera un espía! No le parecía el tipo de hombre que hiciera esas cosas. No encontró ningún agujero. Con un suspiro, que era en parte de irritación y en parte de frustración, volvió a la sala y a su libro.

Llevó la jaula de Bagwell, con éste dentro, a su dormitorio, como lo hacía siempre, para que él no empezara a gritar cuando apagara las luces.

—¡Te amo! —gritó él y dio ruidosas vueltas dentro de la jaula, antes que ella lo tranquilizara, hablándole con voz suave, y lo cubriera de nuevo. Maureen apagó la luz, sin dejarle de hablar con suavidad. El perico murmuró durante un minuto, después levantó una pata, esponjó sus plumas y se durmió. Ella se acostó, pero se sentía inquieta y dio varias vueltas en su cama, antes de quedarse dormida. El día la había alterado y se alegraba de disponer del fin de semana para tranquilizarse.

El día siguiente era sábado. Hasta entonces, los fines de semana habían sido la parte más importante de la vida de Maureen, porque

podía dedicarse a la jardinería y pasar el tiempo al aire libre. Pero ya no sería así. Ahora era demasiado consciente de la presencia de su vecino. No sabía cómo, pero podía sentir su mirada cuando salía a tirar la basura o a tender su ropa. Empezó a escarbar una hilera en su pequeño lecho de flores para sembrar margaritas, pero aun con vaqueros y una blusa marrón, se sentía como si estuviera trabajando desnuda. Guardó sus cosas de jardinería y entró en la casa, para trabajar dentro.

El se fue alrededor del mediodía. Ella oyó alejarse la camioneta. Con un grito de alegría, salió fuera y empezó a escarbar casi con violencia. Cuando oyó volver la camioneta, había plantado gran variedad de semillas.

Pasó el resto del día tan sola como de costumbre. Vio una película en la televisión y se acostó temprano. El domingo por la mañana, se levantó, preparó el desayuno y fue a la iglesia. Ordinariamente, habría pasado la tarde tomando el sol, pero no con el nuevo vecino en su casa. Su camioneta roja permaneció en la cochera todo el día. Sin embargo, ella no percibió ningún ruido procedente de su casa. Cuando ya iba a oscurecer, oyó un automóvil que se detenía frente a la puerta de al lado. Al asomarse por entre las cortinas, vio un Mercedes descapotable, del cual bajaba el hombre alto y moreno, antes que el automóvil se pusiera de nuevo en marcha y se alejara por el camino.

No iba vestido como un mecánico. Llevaba lo que parecía un traje ligero muy costoso y una camisa que ella hubiera jurado que era de seda. Maureen se retiró con rapidez de la ventana cuando él volvió la mirada en esa dirección. Vaya, vaya, ¡y él la había acusado de vestir con demasiada elegancia para ser una simple secretaria!

Maureen entrecerró los ojos con expresión pensativa. ¿Sería él el saboteador? Su corazón dio un vuelco. El era nuevo en la compañía. No era conocido. Parecía ser un mecánico, pero se vestía como un hombre de gustos caros. ¿No ganaban mucho dinero los saboteadores? Podía haber sido contratado por alguien para hacer fallar el avión. Aunque no por el señor Peters.

Por una curiosa coincidencia, el señor Peters era un respetado feligrés de la misma iglesia a la que ella asistía. Era el dueño de Peters Aviation, pero ella sabía que no era el tipo de hombre que haría algo tan sucio como tratar de arruinar el producto de un

competidor. Pero había otras personas interesadas en arruinar el nuevo diseño, como por ejemplo dos miembros del propio consejo de administración de MacFaber que querían vender a Peters y se pusieron furiosos de que el señor MacFaber hubiera hecho fracasar su plan.

De pronto, a Maureen se le ocurrió una maravillosa idea. Ella también tenía la oportunidad perfecta para observar a su vecino. Lo podía vigilar, podía observar con quiénes se relacionaba, adonde iba y qué hacía. Podía ser ella misma un agente secreto.

Inventó una satisfactoria fantasía en la que ella descubría al saboteador y salvaba a la compañía MacFaber. Le estaban prendiendo una medalla al pecho. Sintió que le dolía, hasta que vio que era el pico de Bagwell clavado en su camiseta.

Después de reñir con el perico, lo llevó a la cocina. Desde luego, tenía que ser muy cuidadosa en su observación de los movimientos de su vecino. Este no debía darse cuenta de que era vigilado. Empezó a preguntarse si habría ido a vivir allí por simple coincidencia. Tal vez lo había hecho pensando que podría averiguar cosas sobre el nuevo jet. Pero eso era absurdo. ¿Qué sabía ella sobre aviones?

Cerró los labios, con aire pensativo. Su nuevo vecino podía ser realmente un simple mecánico...

La siguiente semana pasó con mucha rapidez. Discretamente, trataba de vigilar a su vecino. Había encontrado formas sutiles de interrogar a la gente, y había descubierto así que se llamaba Jake Edwards y que era de Arkansas. Tenía excelentes recomendaciones, pero era un hombre solitario y nadie sabía nada de él.

Se sintió culpable de sus investigaciones, aunque también se sentía satisfecha de haber averiguado todo eso. Pero su propia conciencia y la evidente antipatía que el mecánico sentía por ella la hacían mantenerse alejada de él tanto como era posible. Después de todo, ese hombre ya la había acusado una vez de perseguirlo. Ella no estaba dispuesta a demostrar el menor interés en él.

El único momento desagradable fue durante el fin de semana, cuando ella salió de puntillas para tirar la basura, el domingo por la mañana temprano, con el pelo suelto hasta la cintura y cubierta sólo por la chaqueta del pijama masculino que le llegaba a las rodillas. Fue una fuerte impresión encontrar a su nuevo vecino

frente a su propio cubo de basura. La miró con gran atención. Ella se sintió demasiado turbada para decir una palabra. Entró a toda prisa en su apartamento y cerró la puerta. Después que regresó de la iglesia no volvió a salir de la casa para nada. Ella y Bagwell pasaron el día frente a la televisión viendo juntos viejas películas de guerra.

Y así continuó, evitando a su nuevo vecino, aunque estaba convencida de que él no se había dado cuenta. Recibió la sorpresa de su vida el lunes siguiente, cuando él entró en su oficina a la hora de la comida y la encontró comiendo un plato de frijoles téjanos, que había llevado de su casa, junto con un termo con café. Se detuvo con la cuchara en el aire, antes de llegar a su boca, y lo miró.

Él la miró fijamente a su vez. Parecía todavía más grande de cerca.

—¿Está usted hibernando? —preguntó él, con ironía.

Maureen se ruborizó.

—Perdone, ¿cómo decía?

—Ha estado usted evitándome, con toda intención, durante dos semanas —contestó él—. Y no es una tarea fácil, viviendo al lado.

—Creí que no lo había notado —murmuró ella.

—Ese automóvil amarillo es inconfundible. Los lechos de flores aparecen por arte de magia en el jardín de atrás. La ropa aparece y desaparece de los tendederos, como movida por manos invisibles. Nunca la veo ni la oigo, más que accidentalmente.

Ella bajó su plato de frijoles.

—Ni Dios lo permita. No me gustaría que me acusara de vivir junto a usted para perseguirlo... aunque yo llegué allí primero.

—Se está usted ruborizando —comentó él, notando el color intenso de su rostro con una expresión extraña.

—Usted me pone nerviosa —señaló ella, sin mirarlo—. Temí que Bagwell le molestara.

—¿El amante con el que vive? —él asintió con la cabeza—. Nunca lo veo, aunque lo oigo —comentó con una sonrisa de menosprecio.

Ella detestó esa sonrisa. Su rubor se intensificó.

—No es mi amante. Es un perico. Un loro del Amazonas —explicó con incomodidad—. Es muy ruidoso al amanecer y al anochecer, pero él.... él es lo único que tengo —levantó entonces la

mirada. Sus ojos eran grandes, suaves y elocuentes.

El estaba frunciendo el ceño.

—¿Un loro?

—Sí, un loro del Amazonas de cuello amarillo —confirmó ella—. Tiene siete años y un vocabulario bastante amplio. Es muy parlanchín y hasta canta un poco de ópera.

Él la recorrió de arriba abajo como si nunca la hubiera visto.

—Usted es muy joven.

Ella se movió en su silla.

—No, tengo veinticuatro años —protestó.

—Yo tengo treinta y siete.

El no los representaba, pero ella no se atrevió a decírselo.

—Demasiado viejo para mí —dijo, aunque no creía tal cosa—. Eso debe demostrarle que no lo estoy persiguiendo.

Él frunció el ceño. La actitud de esa mujer lo irritaba. Le había halagado un poco al principio pensar que ella estaba lo bastante interesada en él como para tratar de acercársele, aunque eso le hizo desconfiar de ella. No era ninguna belleza, pero tenía una figura que resultaba inquietante.

—Ya sé que no me está persiguiendo —contestó él con cierta sequedad—. Usted ha dejado bien en claro que sería capaz de correr más de un kilómetro para evitarme.

—No es eso. Sólo pensé... bueno —se encogió de hombros—. No quería que pensara usted que estaba tratando de atraer su atención. Ya me acusó una vez de perseguirlo cuando no era verdad. No quiero problemas.

—No tiene que practicar la jardinería a medianoche para lograr eso —contestó él con ligero humor—. Es evidente que se trata de un pasatiempo del que usted disfruta. No tiene por qué renunciar a él.

—Gracias —dijo ella, con voz suave—. Echo de menos escarbar la tierra y plantar cosas.

Él, sintiéndose culpable, se incorporó.

—No se preocupe por mí. No pasaré los fines de semana en el apartamento. Y el loro no me molesta.

—Gracias —dijo ella, dirigiéndole una sonrisa forzada.

Ya desde la puerta, él se volvió a mirarla. No sonreía.

—¿Adónde va usted los domingos por la mañana? —preguntó de pronto.

Ella levantó un hombro.
—A la iglesia.
—Me lo imaginaba.
Salió sin decir nada más, cerrando la puerta con firmeza tras él.

3

EL enfrentamiento había tranquilizado un poco a Maureen. La hizo experimentar cierto sentimiento de libertad. Desde ese momento podría espiarlo todavía mejor, aunque posiblemente no actuara con justicia si continuaba vigilándolo.

Renunció a la tarea de espía el sábado, para disfrutar un poco de la jardinería. Fue un día espléndido; el cielo estaba azul y una leve brisa refrescaba el ambiente. Un día bastante bueno para plantar flores. Se echó hacia atrás el pelo, deseando haber tenido el buen sentido de atarlo antes de empezar a trabajar.

Casi había terminado con el trabajo del día, cuando se sentó en el banquillo y se dedicó a beber una soda. No oyó a su alto y moreno vecino hasta que lo vio de pie junto a ella.

—Se van a estropear sus manos de ese modo —comentó él.

Ella dio un salto, asustada porque no le había oído acercarse.

—Perdón —murmuró él, dejándose caer en el banquillo, junto a ella. Olía a colonia cara y vestía unas botas de cuero, pantalones vaqueros gris oscuro y una camisa de punto, con la marca de un costoso diseñador, en un gris más claro que el de sus pantalones. Llevaba el pelo bien peinado y era evidente que acababa de afeitarse. Parecía un hombre completamente distinto del que ella había visto en el trabajo. Sus sospechas volvieron a despertarse con renovada intensidad.

—No oigo nada cuando estoy cansada —comentó ella, mirándolo—. Pensé que usted salía todos los fines de semana.

El se encogió de hombros, sacó un cigarrillo de su bolsillo, lo encendió con dedos firmes y volvió a guardarse el encendedor de oro.

—Pensé que necesitaba un día de descanso —bajó la mirada

hacia ella con curiosidad, notó las manchas de tierra y las condiciones de sus manos—. Se va a estropear las uñas. ¿Por qué no usa guantes?

—Soy una persona que ama la naturaleza, supongo —murmuró, examinando sus manos—. Me gusta sentir la tierra.

—¿Cuánto tiempo hace que vive aquí? —preguntó él.

—Casi seis meses. Justo después de que se mataron mis padres —contestó ella.

Él sintió una irritante compasión por ella.

—Yo sé lo que es perder a un progenitor —dijo—. Mis padres también murieron, aunque no los perdí al mismo tiempo. ¿Tiene hermanos o hermanas?

Ella negó con la cabeza.

—No, estoy completamente sola.

Lo miró y se preguntó si debía arriesgarse o no a hacerle una pregunta que temblaba en sus labios.

—Yo estoy solo, también —dijo él, llevándose el cigarrillo hacia su firme boca—. He conseguido que me guste la soledad.

—Yo nunca podré lograr que me guste la soledad —declaró ella.

—¿No? —preguntó él y sonrió ante la expresión sorprendida de ella—. Yo nunca la he visto salir de su departamento, excepto los domingos. Y siempre la veo sola en el trabajo.

—Eso no significa que me guste... ¡Oh, cielos!

Se levantó de un salto y entró corriendo al apartamento sin decir por qué. Bagwell estaba en la mesa, disfrutando de las manzanas y las peras que había en ella.

—¡Hola!

—¡Horrible pajarraco! —gimió ella—. ¡Mira lo que has hecho con mi hermosa fruta!

Percibió un leve sonido detrás de ella que se convirtió enseguida en una fuerte carcajada.

—Este es Bagwell —dijo Maureen a su nuevo vecino.

—Hola, Bagwell —exclamó él, acercándose más a la mesa.

—No le ofrezca un dedo —le advirtió ella—. Él lo considera una invitación para comer.

—Lo recordaré.

Sonrió ante las piruetas del pájaro, que parecía estar disfrutando.

—Le encantan los hombres —dijo Maureen—. A veces pienso que debe ser hembra.

—Bueno, es bonito —murmuró él con sequedad.

—¡Booo—nito! —repitió Bagwell—. ¡Hola! ¡Hola!

Jake rió.

—Y es listo, además.

—¿No quiere algo de beber? Hay sodas, o puedo hacer café.

—¿Buen café natural? No me gusta el instantáneo.

—Buen café natural —le aseguró. Bajó la lata de café y preparó la cafetera automática—. ¿Tiene usted otro nombre aparte de Jake? —preguntó con aparente inocencia.

—Jake Edwards —contestó él, mientras sacaba una silla de debajo de la mesa para sentarse—. Usted no fuma, ¿verdad?

—No, pero no me molesta que lo hagan los demás —puso a funcionar la cafetera y le pasó un gran cenicero azul—. Tome. Mi padre me lo regaló en Navidad.

Suspiró al recordar eso. Había sido poco después de la Navidad cuando había perdido a sus padres.

Él observó la expresión de ella con curiosidad.

—Gracias.

Se reclinó en el respaldo de la silla e inconscientemente atrajo la atención de Maureen hacia sus amplios hombros y musculosos brazos, cubiertos de vello. Maureen sintió que la invadía un extraño calorcillo. Si ella lo estaba observando, también él lo hacía. A él le parecía francamente atractiva. Tenía porte gracioso y una sonrisa contagiosa. Hacía mucho tiempo que Jake no reía ni sentía placer. Pero el hecho de estar cerca de ella le producía una profunda paz y una cálida sensación.

Había soñado con ella toda la noche y eso le sorprendió. Las mujeres no le habían importado mucho en los últimos años. Su trabajo se había convertido en su vida. Pero si manifestaba afecto por esa mujer tal vez podría acercarse lo suficiente a ella para descubrir hasta qué punto estaba involucrada en el fracaso del jet Faber. El ya sospechaba de Blake, y Maureen trabajaba para Blake. Podía ser un eslabón.

Jake se llevó el cigarrillo a los labios con gesto distraído.

—Usted llevaba puesta la parte superior de un pijama masculino la otra mañana —dijo en voz alta. Sus ojos oscuros se entrecerraron

y se clavaron en los de ella—. ¿Tiene un amante?

Maureen lo miró con fijeza.

—¿Que si tengo un amante? —se echó a reír con amargura—. ¡Ese sí que es buen chiste!

Eso lo desconcertó.

—Yo no le veo la gracia —señaló.

—Bueno, míreme bien —dijo ella, entristecida—. Uso gafas, soy demasiado alta, tengo una extraña personalidad y aun cuando trato de vestirme a la moda, siempre parezco la tía solterona de alguien. ¿Puede imaginarme en sedas, satenes y encajes, tendida sobre una cama king-size?

Ella reía, pero él no. Podía imaginarla de esa forma y la imagen era inquietante.

—Sí, puedo imaginármela —dijo en voz baja—. Y deje de menospreciarse. No hay nada malo en usted. Y si no lo cree, pregunte al departamento de limpieza de la compañía.

Ella sintió que se ruborizaba.

—Yo... pues... les he causado muchas molestias en el pasado. No creo que ellos puedan hablar muy bien de mí.

Él rió con suavidad. Era un sonido agradable y a ella le pareció que era un sonido bastante raro.

—Aunque usted no lo crea —contestó—, no han olvidado las pequeñas cosas que ha hecho usted por ellos. Dulces de Nueva Orleáns, algodón de azúcar de la feria que pasó por aquí, una olla de sopa hecha en casa el día que nevó después del Año Nuevo... usted puede tirar café sobre la alfombra todos los días del año y ellos limpiarán con gusto hasta la última gota. La adoran.

Ella volvió a sonrojarse.

—Yo me siento culpable —murmuró.

—El señor Wyman, el guardia de seguridad, es otro de sus admiradores —continuó él, lanzando una leve nube de humo, mientras observaba a Bagwell terminar un último pedazo de pera—. Usted estuvo con su esposa en el hospital cuando tuvieron que operarla.

Ella se aclaró la garganta.

—Esa pareja no tiene familiares aquí. Son de Virginia...

—Tal vez usted no sea Miss América, pero tiene un gran corazón, señorita Harris —concluyó, y su mirada se desvió de nuevo

hacia el rostro de ella—. Usted le gusta a la gente tal como es.

Ella unió las manos y las dejó caer entre sus rodillas. No se le ocurrió preguntarse en esos momentos cómo había logrado él saber tantas cosas sobre ella.

—Pues yo no me gusto a mí misma —gruñó—. Soy aburrida y mi vida es aburrida. Mato de aburrimiento a la mayor parte de la gente. Quisiera ser como el viejo Joseph MacFaber.

Hizo una pausa y luego añadió:

—El se dedicó a volar el año pasado, ¿lo sabía? Corrió con su coche en el Grand Prix de Francia y realizó un viaje en globo. Ha ido con exploraciones arqueológicas a lugares remotos del Perú, de México y de América Central. Descendió hasta el fondo del mar con una de las expediciones de Cousteau, que aceptó aficionados por un par de semanas en las Bahamas, y ha vivido en ranchos ganaderos en las profundidades de Australia. Ha escalado montañas y ha ido en safaris fotográficos por el interior de África y...

—¡Santo Dios, deténgase! ¿Quiere? —gimió él—. Está haciendo que me sienta cansado.

—Se da usted cuenta, ¿verdad? —preguntó, con una expresión nostálgica en sus ojos verdes—. Ese es el tipo de vida que me gustaría vivir. La cosa más aventurera que hago en un día es dar una uva a Bagwell y exponerme a que me deje sin dedo —suspiró —. Tengo veinticuatro años y nunca he hecho nada arriesgado. Toda mi vida es como un plato de gelatina, inmóvil y sin cuajar.

El se echó a reír.

—¡Qué descripción!

—Va de acuerdo con la situación —murmuró—. Yo pensé que al venir aquí, a Kansas, e iniciar una nueva vida, las cosas cambiarían, pero no ha sido así. Sigo siendo la misma persona que era en Nueva Orleáns. He cambiado de ambiente, pero yo sigo siendo la misma joven flaca y aburrida que era antes.

—¿Por qué quiere escalar montañas y participar en safaris?

Ella se encogió de hombros.

—Porque es algo diferente —respondió—. No sé. Lo que quiero es salir de mi rutina. Voy a morirme algún día, sin haber vivido nunca —hizo una mueca—. Lo más romántico que he hecho con un hombre es ayudarlo a cambiar un neumático —levantó las manos—. ¡Ningún hombre que me haya visto bien se arriesga a invitarme a

salir!

Él sonrió, pero con una risa profunda.

—No sé qué pensarán otros hombres, pero a mí no me disgustaría salir con usted.

Ella lo miró fijamente.

—No, no necesito de su compasión.

—Estoy de acuerdo. Y no es compasión lo que le estoy ofreciendo. Usted tiene suficiente autocompasión como para necesitar la de nadie.

Ella lo miró furiosa.

—No es autocompasión. Es realismo.

El se encogió de hombros.

—Lo que sea. ¿Qué tal si fuéramos al cine? Me gustan las películas de ciencia-ficción, de aventuras y de investigaciones policíacas. ¿Qué le gusta a usted?

Ella empezó a sonreír.

—A mí me gustan esas películas, también.

—¿Tiene el periódico de hoy?

—No —gimió ella—. Sólo recibo un semanario. No puedo darme el lujo de suscribirme a un diario.

Él lanzó un leve silbido.

—Yo no he tenido tiempo de suscribirme. Bueno, podemos ir en la camioneta y ver qué anuncian en las marquesinas.

Ella se sintió brillante y resplandeciente.

—Bagwell, te vas a dormir temprano esta noche —dijo al perico.

—Manzana —contestó Bagwell y lanzó un grito de guerra cuando ella lo metió en su jaula.

—Vamos, vamos —lo calmó, mientras limpiaba la jaula y le daba agua fresca, semillas y un aditivo de vitaminas.

—Es un pájaro muy bonito —comentó Jake.

—Yo opino lo mismo. Es un gran compañero para mí, de cualquier modo —contestó ella al tiempo que cubría su jaula—. No sé qué haría sin él. Es mi mejor amigo.

Eso conmovió a Jake profundamente. Frunció el ceño, mientras Maureen iba de un lado a otro del departamento, antes de disculparse porque se iba a cambiar.

Él había sospechado desde el principio que ella podía estar involucrada en los problemas del jet Faber, y todavía no estaba

convencido totalmente de su inocencia. Pero su imagen no correspondía a la de una saboteadora. Entonces se recordó que raras veces los saboteadores tenían la apariencia que correspondía a su profesión. El no podía aún mantener una relación última con ella. Primero, tenía que descubrir algunas cosas más. ¿Y qué mejor manera de hacerlo que introducirse en su vida privada?

—Estoy lista —anunció ella, casi sin aliento, cuando volvió.

Se veía bastante atractiva en un vestido blanco de verano, con un recatado escote redondo, zapatos blancos de tacón alto y el pelo atado con una cinta blanca también. A pesar de las gafas estaba bastante bien. Maureen sonrió al pensar en su buena fortuna. Era la oportunidad perfecta para averiguar más cosas sobre él. Hacer el papel de súper espía la estaba haciendo vibrar como si fuera un resorte. Era la primera cosa peligrosa que hacía. Tuvo un instante de temor, pero él sonrió y ella se tranquilizó.

—Vámonos.

Él la ayudó a subir al vehículo. Enseguida advirtió que no se quejaba de los asientos rotos, ni del tablero cuarteado.

—¿No te molesta que vayamos en la camioneta? —preguntó él, ya con más confianza, tratando de averiguar su verdadera opinión.

Ella se echó a reír.

—¡Oh, no, de ninguna manera! Mi padre tenía una como esta. Íbamos a pescar en ella. Acomodábamos detrás nuestros avíos de pesca —sus ojos brillaban profundamente—. Recuerdo muchos días de verano que pasé en los bayous con él y mi madre. No teníamos mucho dinero cuando yo era niña, pero nunca pareció importar eso, porque nos divertíamos mucho juntos. Ellos eran profesores los dos —añadió—. Eso debe darte una idea de cuánto ganaban.

—Sí —él puso la colilla de su cigarrillo en el cenicero—. ¿No es paradójico que paguemos más a los barrenderos de lo que pagamos a la gente que educa a nuestros hijos y forja su futuro. Los jugadores de fútbol americano reciben millones por dar patadas a una pelota o correr con ella a través de un estadio.

—No me pareces un fanático del fútbol americano.

—Me gusta el hockey sobre hielo.

—Pero tienes la figura de un jugador de fútbol americano —murmuró ella con timidez.

Él le dirigió una sonrisa.

—Aunque no lo creas, la escuela a la que asistí no tenía equipo de fútbol americano. Mi padre se negó a dejarme participar en lo que él consideraba un desperdicio educacional.

—¿No participaste en ningún deporte?

—Me uní al equipo de lucha libre —contestó él en tono sarcástico—. Fui campeón de la escuela dos años seguidos y me gradué invicto.

Los ojos de ella recorrieron su musculoso cuerpo.

—Puedo imaginármelo —dijo.

—No tengo nada en contra de los deportes —añadió él—. Son buenos para los chicos, además. Les enseñan el espíritu deportivo.

Ella titubeó un poco al preguntar:

—¿No estás casado?

Él frunció el ceño.

—No he tenido tiempo para eso —contestó con aparente sinceridad—. Hasta que vine aquí, había estado trabajando en dos empleos

—Oh. Por la forma en que has hablado de los niños, pensé que tal vez tendrías hijos.

Él movió la cabeza de un lado a otro.

—No he encontrado a nadie con quien quisiera tener hijos —contestó—. Todas las mujeres que he conocido eran esbeltas y sofisticadas y sus estilos de vida no incluían niños.

—¡Qué tristeza!

—¿Qué me dices de ti? —preguntó él.

—Los niños me gustan mucho. No creo que vaya a tener hijos nunca, pero me gustan los de otras personas.

—¿Y por qué no vas a tener hijos?

—Se tiene uno que casar para tener hijos.

—No necesariamente.

Ella lo miró a los ojos, antes de decir.

—Tal vez otras personas piensen así. Yo no. Mis padres eran muy religiosos. Y siempre me inculcaron que el matrimonio era antes que los niños.

—Y que cualquier otra cosa —comentó él, con una mirada maliciosa.

Maureen se encogió de hombros.

—Es evidente que no parezco de este siglo.

—Las llamadas actitudes modernas no son tan modernas como se pretende —levantó la mirada hacia Maureen—. Haz lo que desees, sin importarte lo que los demás piensen.

—Es una buena filosofía —apuntó ella con suavidad.

—¿Tú crees? —se detuvo en un pequeño centro comercial que tenía dos cines—. Si quieres ser rebelde, deberías empezar haciendo algo escandaloso.

—¿Cómo qué? —preguntó ella, sonriendo.

—Ya pensaremos en algo —contestó él con sequedad, mientras estacionaba la camioneta—. ¿Ves algo que te guste? —añadió, señalando hacia la cartelera.

—Hay una película de ciencia-ficción. A menos que prefieras ver la película de espías —señaló con una sonrisa, ruborizándose al pensar en su investigación.

Él movió la cabeza de un lado a otro.

—Prefiero la de ciencia-ficción.

Bajó y abrió la puerta de ella. Hizo una mueca cuando la media de Maureen se enganchó en un resorte que salía del asiento y se rasgó.

—Caramba —dijo con aspereza—. Lo siento mucho...

—Rompo un par de medias todos los días en el trabajo, así que no importa demasiado.

—De cualquier modo, te compraré otro par.

—No. Bastante tienes con pagar todas tus cuentas —dijo ella con voz suave—. Un par de medias no va a arruinar mi presupuesto.

Su comportamiento le hizo sentirse más culpable cada minuto que pasaba, porque él estaba haciendo que ella pensara que era lo que en realidad no era. Pero él tenía que averiguar la verdad sobre el jet. Era su trabajo.

—¿Quieres palomitas de maíz? —preguntó él después de que pagó las entradas y se dirigieron al vestíbulo.

—Sí, por favor. Podríamos compartir un paquete.

—Pero sin mantequilla —él se echó a reír—. Acabo de adelgazar veinte kilos. No quiero recuperarlos.

—Por mi parte, puedes pedirlo sin mantequilla. Y quiero una soda pequeña, por favor.

Después de comprar las palomitas, la condujo a través del oscuro pasillo para ocupar asientos en la sección central, en mitad

de la sala. La película estaba empezando.

Maureen mordisqueó el maíz tostado y dirigió tímidas miradas al hombre sentado junto a ella. Era nuevo y emocionante que alguien la hubiera invitado al cine, sobre todo alguien que realmente le gustaba y con quien deseaba estar. Iba a ponerse muy triste si ese hombre resultaba ser saboteador.

Por otra parte, se sentía preocupada. ¿Y si él había sentido remordimiento por las cosas que le había dicho al principio y esta era su forma de disculparse? Dio vueltas a este pensamiento, hasta que él se terminó el maíz tostado y de pronto deslizó su mano en la de ella. Maureen dejó de preocuparse. La sensación de su piel áspera y tibia contra 1a suya le impedía pensar.

4

MÁS tarde no pudo recordar una sola escena de la película. Él la acompañó hasta la puerta de su apartamento, después de comer una hamburguesa.

—La película ha sido interesante y divertida —comentó ella con timidez—. Gracias por llevarme al cine.

—Yo he disfrutado también —contestó él. Lo decía con sinceridad. No recordaba una cita en la que se hubiera divertido tanto—. ¿Te gusta jugar boliche?

—Yo... bueno, nunca he jugado —confesó.

—Iremos el próximo sábado.

El rostro de ella se iluminó. Casi no podía creer lo que él había dicho. Era como un sueño convertido en realidad. Ella debía simpatizarle, pues de lo contrario no la habría invitado a salir de nuevo. Los hombres generalmente la dejaban en la puerta, hacían vagas promesas y corrían como si los persiguiera el diablo. Ella olvidó su misión de espía debido a la oleada de satisfacción que la invadió.

—Me encantaría —dijo, casi sin atreverse a respirar.

Él le sonrió, acariciándole la mejilla.

—No había ido al cine desde hace tiempo —dijo—. He pasado los últimos años trabajando duro.

—Mientras que yo últimamente he tratado de escapar de la prisión en la que vivo —suspiró ella—. Tengo una gran vida mental, ¿sabes? En mi interior soy alegre, ingeniosa, arriesgada y aventurera —levantó y dejó caer los hombros—. Es sólo en el mundo real donde tengo problemas.

—El mundo real no es tan malo así. En cuanto a salir de tu rutina, es más fácil de lo que piensas. Puedes ser lo que quieras ser.

Todo lo que tienes que hacer es dar el primer paso.

—Con mi suerte, lo daré hacia arenas movedizas —murmuró.

—Nada de pensamientos negativos —protestó él—. Ese es un error que comete mucha gente. Si esperas que sucedan cosas malas, sucederán. Tienes que empezar viendo las cosas de una forma optimista.

—No me siento muy optimista, la mayor parte del tiempo. Tal vez yo traje conmigo la mala suerte al entrar a trabajar en la compañía.

—No seas absurda —dijo él, pero sus ojos la miraron con curiosidad.

Ella lo miró a su vez.

—No dejo de preguntarme por qué el señor MacFaber no inicia una investigación, o algo así.

—Bueno, MacFaber ya ha contratado un detective privado. Al menos, eso oí. Supongo que debe estar preocupado.

El corazón de ella dio un vuelco. Así que el viejo no estaba de brazos cruzados, sin hacer nada. Se preguntó quién sería el detective privado, y si su amigo estaba realmente en peligro.

El advirtió su preocupación y la mal interpretó. Así que estaba nerviosa. Muy bien, se dijo. Tal vez cometiera un error en cualquier momento y cayera en la trampa.

—Bueno... te veré el lunes —empezó a decir ella, evitando despedirse de él.

—¿Por qué no mañana? —preguntó él—. ¿Vas a salir a alguna parte?

—Sólo a la iglesia.

—¿Puedo acompañarte?

Ella no debía haberse sentido asombrada, pero se sintió. De algún modo, él no le parecía un hombre que frecuentara la iglesia.

La expresión de ella lo hizo sonreír.

—Tienes razón —confesó—. Hace mucho tiempo que no voy a la iglesia. Pero será un cambio bueno para mí. ¿A qué fe perteneces?

—A la episcopal —respondió ella.

Él asintió.

—Yo fui educado como presbiteriano, pero los dos somos protestantes. ¿A qué hora debemos salir de casa?

—Yo me voy siempre a las diez y media. Eso me da tiempo para

ir caminando. La iglesia está al final de la calle —agregó, radiante de excitación.

—Me parece muy bien... —él la observó a la luz de la lámpara porque ella había abierto la puerta y se había quedado de pie en el umbral—. ¿Tienes mucha prisa por entrar?

—No...

—Entonces... ¿por qué no vienes aquí y me dejas besarte? —preguntó Jake, sorprendiéndose a sí mismo, ya que no había sido su intención decir eso.

Maureen sintió un ligero temblor que recorrió todo su cuerpo.

—¿Be... besarme? —preguntó.

—Es la costumbre establecida, según creo —murmuró él, acercándose más. Deslizó su mano alrededor de la cintura de ella y la atrajo hacia él—. ¿O hablabas en serio cuando dijiste que era yo demasiado viejo para ti? —añadió, con los ojos entrecerrados.

Ella apenas si podía mantenerse de pie.

—No lo dije en serio —murmuró con voz trémula—. Estaba tratando de convencerte de que no te estaba persiguiendo.

—Tú no eres el tipo de mujer que persigue a los hombres —murmuró él con suavidad. La rodeó con las dos manos y la sostuvo con delicadeza mientras inclinaba la cabeza hacia ella.

—Lo sé —sintió el aliento cálido de él en sus labios—. ¡Nunca he tenido suficiente confianza en mí misma para hacer una cosa así!

—Chitón —murmuró él contra sus labios, besándolos lenta y suavemente. Después de un minuto, sintió que la tensión desaparecía del cuerpo de ella. Maureen tenía las manos apoyadas contra su pecho y él sentía sus movimientos rápidos y nerviosos.

Levantó la cabeza para mirar sus ojos grandes y brillantes. Su nerviosismo no era fingido. Él hubiera podido apostar su vida a que no lo era. Hasta parecía tenerle un poco de miedo.

—No sabes cómo, ¿verdad? —preguntó él.

—No... —confesó ella con expresión triste.

—Está bien —dijo él y sonrió un poco al inclinar su cabeza hacia la de ella otra vez—. Yo te enseñaré cuanto necesitas saber, Maureen.

Las palabras penetraron en ella con un impacto de placer. Sintió la boca masculina mordisqueando con suavidad la suya de forma provocativa, mientras que las fuertes manos descendían hacia sus

caderas. A Maureen no le quedó la menor duda de que ese hombre era un gran experto con las mujeres.

—Jake —susurró Maureen, en un tono casi inaudible.

—Cede —la interrumpió él—. No corres peligro. Yo no haría nada que te lastimara. Devuélveme el beso, Maureen. Abre la boca un poco y levántala contra la mía... sí, pequeña, así... Más fuerte esta vez... más fuerte...

Ella sintió la fuerte presión de la boca de él con asombroso placer. Jake sabía a café y a tabaco, y sus labios eran devastadoramente expertos. Ella metió sus brazos bajo los de él, para rodearlo con ellos.

Cuando Jake levantó la cabeza, los labios de Maureen siguieron a los suyos, pero él la detuvo por los brazos y se quedó mirándola con una expresión que ella no pudo descifrar.

—Estás temblando —dijo en voz baja.

—Yo... nadie me había... besado nunca... de ese modo —tartamudeó ella, turbada ante su propia falta de experiencia.

Los ojos de Jake se oscurecieron. No habría podido imaginar, ni siquiera una semana antes, que hubiera una mujer en todo el país que no hubiera tenido al menos un amante. Le sorprendió descubrir que a él le importaba que Maureen no lo hubiera tenido. Deslizó su mano con lentitud entre su espalda y su cintura y disfrutó la suavidad del cuerpo femenino. El trabajo era lo último que ocupaba su mente cuando bajó la mirada hacia ella.

—No quiero aprovecharme de la situación —dijo él, y su voz sonó muy profunda en medio del silencio—. Tú me complaces —agregó con voz ronca, rozando la frente de ella con la boca, de forma muy suave—Me complaces mucho.

Ella suspiró y se acurrucó más contra él.

—Debo parecerte terriblemente ignorante —murmuró—. Lo siento,

Él unió sus manos detrás de ella y la balanceó de manera ligera de un lado a otro.

—¿Por qué vas a sentirlo? —preguntó—. ¿No se te ha ocurrido pensar que la inocencia puede ser muy excitante para un hombre?

Ella hizo una mueca.

—No para los pocos con los que he salido alguna vez. Me consideraron un caso perdido.

—Peor para ellos, mejor para mí.

Maureen levantó la mirada y estudió cuidadosamente el rostro masculino, en el que se reflejaba cierta fuerza y autoridad. No parecía precisamente el rostro de un mecánico.

—¿Siempre has sido mecánico? —preguntó distraída.

Él la miró y se sintió incómodo por un momento. Sus manos se quedaron inmóviles en la cintura de ella.

—No. No siempre —la soltó—. Será mejor que duermas un poco. Te veré por la mañana.

—Muy bien.

Jake encendió un cigarrillo y se detuvo en la acera para volver la mirada hacia ella.

—¿Cocinas el desayuno o comes cereales? —preguntó en forma inesperada.

Ella titubeó.

—Hago bistec, huevos y salchichas, generalmente. ¿Tú cocinas?

Él movió la cabeza de un lado a otro y sonrió con tristeza.

—Estoy viviendo con base en horribles cereales.

—Podrías desayunar conmigo —se ofreció ella precipitadamente, hablando con rapidez para no tener tiempo de arrepentirse.

—¿Me invitas de verdad?

—Siempre hago bastante. Y Bagwell no come mucho —contestó ella, riendo.

—¿A qué hora?

Ella había estado conteniendo la respiración y en ese momento la dejó escapar, sintiendo como si flotara en el aire.

—A las nueve.

Él asintió.

—Te veré entonces.

Maureen lo vio irse. Aquello no era un sueño. Era verdad. Jamás habría podido imaginarse, ni siquiera una semana antes, que su peor enemigo se convertiría en su amigo. Pero eso parecía estar sucediendo.

Se levantó a las seis de la mañana siguiente, sólo para asegurarse de no quemar los bistecs. Los metió en el horno para que quedaran esponjosos y suaves. Frió tanto salchichas como tocino, por si acaso, y tuvo que hacer un esfuerzo para no preparar los

huevos con demasiada anticipación.

Pero cuando estaba todavía en la cocina con su larga chaqueta azul de pijama, descalza, con el largo pelo suelto sobre los hombros, pensando en lo que debía hacer, llamaron ligeramente a la puerta posterior.

Temblando corrió un poco la cortina hacia un lado y se asomó. Era él. Iba vestido con un traje gris, un poco viejo pero todavía elegante, con la chaqueta colgando de forma descuidada de uno de sus dedos. Llevaba camisa blanca y corbata. Maureen se preguntó por qué no se había puesto el traje muy costoso que le había visto unos días antes. ¿Era posible que él supiera que ella sospechaba algo y, por lo tanto, estaba tratando de tranquilizar sus sospechas?

Abrió la puerta sin pensar y se ruborizó cuando los ojos de él se dirigieron hacia sus bronceadas piernas, antes de subir hacia sus turgentes senos.

—Yo... yo no tengo bata —tartamudeó, llena de turbación.

—Tienes un cuerpo precioso —observó en voz baja—. Está lo suficiente cubierto y yo no soy de pensamientos obscenos.

—Oh, no lo he dicho por eso —contestó ella con expresión desventurada—. Es sólo que...

Él entró y cerró la puerta, arrojó su chaqueta en una silla y se acercó a ella sin desviar la mirada de su rostro. Maureen estuvo a punto de retroceder, pero él subió las manos para enmarcar el rostro de ella con las palmas.

—No hay necesidad de que huyas de mí —dijo en voz baja, mirando sus grandes ojos verdes—. Yo jamás te haré daño.

—No tengo miedo de ti.

El se inclinó, sonriente y posó sus labios en los de ella. Embriagado por la tímida sumisión de esa mujer, Jake le rodeó la cintura y la atrajo hacia él. Era intensamente excitante sentir los senos de ella contra su pecho, a través de la tela delgada de su camisa.

—Acércate más —murmuró contra los labios entreabiertos de Maureen—. Rodéame con tus brazos.

—No estoy... vestida —gimió ella, tratando de recobrar la lucidez.

—¡Cielos, ya lo sé!

Las manos de Jake la asieron por los hombros y la atrajeron

hacia él, de modo que pudo sentir sus senos oprimidos con suavidad contra su estómago, porque él era mucho más alto que ella. El sentirlos le hizo gemir.

—¿Qué pasa? —murmuró ella, retirándose para mirar sus ojos oscuros y brillantes—. ¿He hecho algo malo?

Jake apretó los dientes y guardó silencio. Ella no era como las mujeres que él había conocido. No podía decirle que estaba tan excitado que tenía deseos de arrojarla sobre el sofá y hacerle el amor en esos momentos. Los ojos de ella se veían grandes y brillantes de excitación. Su boca estaba levemente hinchada por el violento contacto que había tenido con la de él. Jake deseaba con desesperación ser el hombre con quien tuviera su primera experiencia sexual. El primer hombre. El único hombre.

Las manos del supuesto mecánico retuvieron la cintura de ella mientras observaba con visible curiosidad sus erectos pezones. Ella ni siquiera parecía darse cuenta de ese pequeño y enloquecedor detalle revelador.

—Creo que será mejor que te vistas —sugirió con voz baja—. Sus ojos subieron hacia los de ella y los miraron con enigmática intensidad—. No puedes imaginarte lo tentadora que resultas en estos momentos.

El rostro de ella cambió, se iluminó de felicidad.

—¿Lo dices en serio? —preguntó, sonriendo cuando él la soltó.

El hombre se dio media vuelta, con el rostro rígido, y alcanzó un cigarrillo.

—¿Ya has hecho el café? —preguntó en tono formal.

Ella no comprendía su cambio repentino de actitud. Tal vez estaba todavía medio dormido.

—Sí. Sírvete el que gustes. Yo vuelvo en un momento.

Se dirigió hacia el escritorio y cerró la puerta, todavía sintiendo el cosquilleo que le había producido el abrazo cálido y hambriento de él. Era muy agradable ser besada de ese modo, aunque le daba un poco de miedo, también. Se sentía mareada, débil, y había experimentado un nuevo tipo de dolor palpitante en su interior.

Maureen se dispuso a vestirse. Se puso un par de medias y un vestido blanco. Se aplicó un poco de maquillaje y se peinó el pelo hacia arriba. Se veía fresca, joven y limpia, pero no hermosa. Suspiró al ver su imagen en el espejo, se colocó las gafas sobre la

nariz y volvió a la sala, llevando en la mano sus zapatos blancos de tacón alto y su bolso de mano. Los arrojó en una mesita lateral y entró en la cocina, caminando con los pies descalzos.

Jake estaba bebiendo café en la mesa. Sonrió al verla. Resultaba demasiado limpia y fresca para su gusto. Le hubiera gustado soltarle el pelo y arrugarle el vestido. Y ese deseo se reflejó en su mirada.

Ella se ruborizó y sonrió.

—¿Estoy bien?

—Oh, sí —contestó él—. Muy bien.

—Sólo me falta preparar los huevos.

Maureen fue a buscar un delantal. Él observó sus rápidos movimientos, con perezosa admiración, asombrado del aire incómodo que parecía rodearla. Nunca había visto a una mujer cocinar antes. Era fascinante. Ella lo era también.

—Este es como otro mundo para mí —comentó él de pronto—. Nunca en mi vida me había sentido tan relajado, ni disfrutado tanto de la compañía de una mujer.

Ella se volvió a mirarlo.

—¿De verdad?

—De verdad. Tú me haces mucho bien.

Ella bajó los ojos con timidez y volvió a concentrarse en preparar los huevos.

—A mí también me gusta mucho estar contigo, Jake.

El se sintió incómodo al oírlo usar su apodo. Se movió en su silla.

—¿Te gusta trabajar para Blake? —preguntó de pronto.

—Me gusta mucho —confesó ella—. Aunque el pobre señor Blake se preocupa demasiado —añadió—. Esta semana ha sido un manojo de nervios. Y eso no es natural en él... —se encogió de hombros, sin darse cuenta de la intensidad con que la miraba su compañero—. Tal vez sea por este problema del jet Faber. Nos ha puesto nerviosos a todos —miró hacia él—. ¿Crees que alguien podría estar tratando de sabotearlo? ¡Oh! ¿Te has quemado? —exclamó Maureen.

Corrió a buscar toallas de papel, mientras Jake rechinaba los dientes para resistir el dolor que le había producido la repentina caída del café caliente en su mano.

Su pregunta sobre el sabotaje le había tomado desprevenido. Sin

embargo, olvidó el ardor que le había producido el líquido caliente, cuando observó el rostro preocupado de ella y los movimientos rápidos y diestros de sus manos esbeltas, que secaban su mano y su muñeca.

Hacía años que nadie se preocupaba por él. Ella no parecía estar haciendo eso porque quisiera impresionarlo. Parecía sinceramente angustiada por lo que acababa de ocurrir.

—Lo siento mucho —dijo—. Debo haber empujado la mesa. Soy tan torpe...

—Yo volqué la taza con mi mano —la corrigió él—. ¿Qué es eso que me estás poniendo? —preguntó, frunciendo el ceño mientras la veía frotárselo.

—Es ungüento antibiótico —murmuró Maureen—. Es sobre todo para cortaduras y picotazos de abeja, pero es todo lo que tengo y tal vez te sirva.

—¿Siempre te preocupas por la gente? —preguntó él, con voz ligeramente seca.

Ella lo miró.

—Pues, sí —afirmó en tono de disculpa—. Yo quería ser enfermera, pero me enferma el ver sangre —suspiró y se sentó junto a él—. ¿A quién trato de engañar? Nunca he tratado de ser otra cosa más que lo que soy. Sólo tengo un espíritu aventurero. El resto de mí es pura cobardía.

—Yo diría que se trata de falta de oportunidad —murmuró él, sonriéndole—. Cuando tenía tu edad, me contrataron en un barco carguero y me fui en él a las Islas Canarias, a las Fidji y a Hawaii —agregó con aire reminiscente—. Trabajé en una plantación de caña de azúcar en la isla más grande de Hawaii, y después trabajé como dependiente para una de las compañías aéreas más pequeñas. Aprendí windsurf ahí. Lo hacía bastante bien, además, a pesar de mi tamaño —añadió con tono seco, al notar que ella escuchaba embelesada—. Entonces uno de los pilotos empezó a enseñarme a volar y desde ese momento me convertí en amante de los aviones.

—¿Fue allí donde aprendiste a trabajar en los aviones? —preguntó ella, con mirada suave y curiosa.

Él titubeó un momento.

—Sí. Por supuesto.

—Debe haber sido muy emocionante. ¿Y tus padres no se

preocupaban por ti?

—Pusieron el grito en el cielo —recordó él—. Pero yo estaba acostumbrado a salirme siempre con la mía. Quería ver qué era capaz de hacer por mí mismo. Creo que los sorprendí a ellos tanto como me sorprendí yo mismo —su expresión era seria—. Como ves, Maureen, no es suficiente con desear las cosas. Tienes que salir a conseguirlas. Los sueños están bien, pero sólo si conducen a soluciones.

—Quieres decir que tengo que correr riesgos de vez en cuando, ¿no es así?

—Eso es parte del asunto. Tienes que estar dispuesta a hacer sacrificios, también —añadió en tono sombrío—. Algunas veces pueden ser realmente duros los sacrificios. Yo he pasado la mayor parte de mi vida haciendo... aviones. Entonces un día desperté y descubrí que los aviones eran mi vida. Había renunciado a llevar una vida privada —se encogió de hombros—. Traté de cambiar eso. De darme tiempo para hacer las cosas que había dejado de hacer por culpa del trabajo. Pero aun entonces me faltaba algo —la miró con tranquilidad—. Las cosas no sustituyen a la gente, ¿sabías?

—Sí —asintió ella con suavidad.

Sus ojos descendieron hacia el pecho de él y pudo ver la espesa sombra oscura que había bajo su camisa. Entreabrió los labios y se preguntó qué habría bajo la tela blanca.

Él percibió esa curiosidad y sonrió para sí. Era evidente que esa mujer lo deseaba. Lamentó de pronto no poder darle lo que buscaba. Un romance era imposible con ella; ni temporal ni permanente. Aun después de que terminara todo, había muy pocas posibilidades de que ella encajara en su mundo.

—Soy muy velludo —dijo en voz baja, inclinándose hacia ella—. Tengo todo el cuerpo cubierto de vello, Maureen.

Maureen se ruborizó sin poder evitarlo. Desvió la mirada y empezó a levantarse.

—Voy a lavar los platos...

Él la detuvo mientras luchaba contra sus remordimientos. El sarcasmo y una burlona arrogancia eran parte de su personalidad. Pero no había sido su intención lastimar a Maureen.

—Eso ha sido un golpe bajo —dijo—. No quería perturbarte —respiró hondo—. Mira, nena, me molesta cuando me miras así,

¿entendido? —añadió con sinceridad—. Tú no eres el tipo de mujer a la que puedo llevar al dormitorio para divertirme un rato con ella. Así que no me provoques. Sé la niña buena que eres siempre y guárdate esas miradas tentadoras para ti misma.

—¿Tentadoras? —ella frunció el ceño.

Él lanzó una carcajada, sin poderse contener, ante la expresión de ella.

—No me hagas caso, Ricitos de Oro. Lava tus platos. Yo tomaré mi café con Bagwell. ¿Quieres que le dé algo de comer?

—Yo lo haré, pero gracias por el ofrecimiento.

Maureen limpió la jaula de Bagwell, cambió el agua y le dio de comer, mientras su mente se regocijaba al recordar lo que Jake acababa de decir. Casi no pudo contener una sonrisa de satisfacción. Tal vez él no quería complicar las cosas, pero le producía una enorme alegría saber que la consideraba una mujer atractiva.

5

FUERON a la iglesia y después de la celebración, se sentaron en un McDonald's cercano a comer hamburguesas y papas fritas.

—Me ha gustado —dijo él—. Me refiero a ir a la iglesia. No he asistido mucho a este tipo de ceremonias durante los últimos años. He estado demasiado ocupado.

—¿En dónde trabajaste entre Hawaii y MacFaber? —preguntó ella.

Era una pregunta lógica, pero él tuvo que pensar un poco antes de contestar.

—Trabajé en la Lockheed en Georgia —contestó—. Son gente sensacional. Están al norte de Atlanta, en Marietta.

En realidad, él había estado en la compañía Lockheed, en Georgia, para el lanzamiento del avión de carga C-5A Galaxy. Por fortuna, recordaba un poco cómo era la fábrica.

—Yo tenía un primo que era dibujante allí —dijo Maureen de pronto y él tuvo que morderse la lengua—. Pero fue trasladado a la fábrica de California el año pasado —añadió y él descansó—. Supongo que no debes haberlo conocido. Sólo trabajó un año allí.

—Sí, supongo que no —reconoció él.

—¿Por qué yo no te había visto antes? —murmuró Maureen, sonriéndole—. La mayor parte de los mecánicos comparten la sala de descanso con nosotros, a la hora de la comida.

—He estado en la planta de construcción, en Kansas City, hasta este mes —le explicó. Y era verdad—. Es donde se está realizando la renovación del jet Faber —añadió.

—Sí, nosotros sabemos todo sobre las otras secciones, aunque nunca las hayamos visto. Es una compañía enorme, ¿verdad? Está la planta de ingeniería, donde estamos nosotros, y la planta de

construcción, la planta electrónica... ¿Cómo supones tú que puede el señor MacFaber controlar todo?

—Tiene ejecutivos capaces y probablemente él delega mucha autoridad. He oído a algunos de los hombres hablar sobre él —dijo para reducir las sospechas de ella.

—Charlene dice que es gordo —murmuró Maureen—. Y viejo. Yo me pregunto cómo será. Charlene dice que había un retrato de él, pero que alguien lo perdió.

El cerró los labios y recordó con demasiada claridad lo que había sido de esa poco favorecedora fotografía de Joseph MacFaber, pero no pudo decírselo.

—¿Qué piensa Charlene de él? ¿Le simpatiza? —preguntó.

—En realidad, ella no lo conoce. Ella es su secretaria sólo desde hace cuatro meses y él ha estado fuera del país casi un año. Viene en ocasiones, dicen, pero la mayor parte de su contacto con la compañía es a través de memos y llamadas telefónicas —frunció el ceño con la vista fija en su café—. A mí me parece una forma arriesgada de manejar un negocio. Quiero decir, él es el hombre clave de la empresa. Si hay problemas en el diseño de su avión, cualquiera pensaría que debía estar aquí armando la tremolina sobre lo sucedido. ¿No piensas tú lo mismo?

Levantó la mirada y descubrió una extraña expresión en el rostro bronceado de Jake.

—Tal vez no confía en nadie —sugirió él.

Ella se encogió de hombros.

—No se le puede culpar por eso. Si alguien está realmente tratando de sabotear su nuevo diseño, haría muy bien en no confiar en nadie —cerró los labios—. Supongo que él sospecha del señor Peters, ¿no crees? —y añadió con aire pensativo—: Pero yo dudo que el señor Peters fuera capaz de una cosa así.

El se quedó muy sorprendido al oír eso.

—¿Lo conoces?

—¿No lo has visto esta mañana? Va a la misma iglesia que voy yo.

El no pestañeó siquiera, aunque sentía que la cabeza le daba vueltas.

—¿Nos ha visto?

—No, no creo. Estaba en la primera fila y nosotros salimos muy

pronto. Me habría gustado presentártelo —añadió con una sonrisa —. Es muy amable.

Vaya presentación que habría sido esa!, Pensó él con alivio. Sin embargo, la situación planteaba dudas terribles. ¿Acaso la gente que iba a la iglesia se involucraría realmente en algo tan poco piadoso como el sabotaje? Él había aprendido a través de los años que los rostros más dulces algunas veces encubrían una enorme codicia.

—Pareces preocupado —observó Maureen—. ¿Sucede algo?

—No. Termina tu café. Será mejor que nos vayamos.

Ella no entendía lo que pasaba. Él la llevó de regreso a su apartamento, murmuró algo sobre verla al día siguiente, y se marchó sin decirle una sola palabra más, ni dirigirle una sonrisa.

Era un hombre extraño y su comportamiento imprevisible. ¿Habría dicho ella algo que lo hubiera molestado? ¿Pensaba que estaba siendo desleal a la compañía al hablar bien del señor Blake? Sin duda debía ser ambicioso, pero era un buen hombre. Entonces empezó a plantearse otras preguntas. ¿Conocía al señor Peters él, y temía que lo hubiera reconocido? Eso la dejó preocupada. Todo lo relacionado con Jake la preocupaba.

Pasó el resto del día viendo películas con Bagwell, preguntándose si su nueva amistad seguiría el camino de las otras y acabaría enseguida.

El lunes por la mañana, Jake ya se había ido cuando ella salió en dirección al trabajo. Había tenido la esperanza de que la invitaría a irse con él, pero no había sido así. De hecho, no había visto ninguna luz en su apartamento, el domingo por la noche, aunque su camioneta seguía allí.

Era un hombre extraño, pero ella empezaba a sentir algo profundo y perturbador por él. La atraía como ningún otro hombre la había atraído nunca y no podía imaginar cómo iba a sobrevivir si cancelaba la cita que tenían para el sábado.

Entró en la oficina del señor Blake con una forzada expresión alegre, sólo para descubrir que su jefe estaba totalmente pálido.

—¿Buenos días? —convirtió el saludo en una pregunta.

—No tienen nada de buenos —murmuró él—. Ese tonto de mi cuñado me va a llevar a la tumba.

—¿Ha empeorado? —preguntó ella titubeante, ya que él se había mostrado en otras ocasiones renuente a hablar de su cuñado.

El señor Blake lanzó un suspiro de furia y se pasó la mano por lo poco que quedaba de su pelo oscuro.

—No, no está peor. Al menos, todavía no —añadió. Levantó la mirada—. ¿Le ha comentado algo Charlene sobre una investigación?

—Bueno... Charlene no ha sido quien me lo dijo —contestó Maureen, tratando de proteger a Jake—. Pero he oído que el señor MacFaber ha contratado a un investigador privado.

Blake asintió con la cabeza. Se reclinó en su silla y se aflojó la corbata.

—Sí, yo he oído lo mismo. Me imaginaba que no descansaría hasta llegar al fondo de este asunto. Dicen que MacFaber seguiría a un enemigo hasta al infierno mismo para echarle el guante. Y ya empiezo a creerlo. Puede ser implacable, cuando su empresa está en peligro.

—No se le puede echar en cara eso, señor. Debe ser muy costoso que algo salga mal en un nuevo diseño.

—Más costoso de lo que pensamos —tocó su escritorio con un gesto descuidado de la mano—. Van a terminar por descubrir que el problema está en los mecánicos, recuerde lo que le digo —murmuró con aire distraído.

Maureen sintió que el corazón le daba un vuelco. ¡No, no podía ser Jake! No soportaría verlo arrestado, humillado, encarcelado.

—Será mejor que nos pongamos a trabajar —dijo Blake de pronto.

—Sí, señor.

Maureen estuvo preocupada toda la mañana por Jake, preguntándose qué iba a ser de él, cuando el detective privado lo descubriera. Sin duda le parecería muy sospechoso, sobre todo si lo veía vestido con su ropa elegante.

El no apareció por la compañía en todo el día, y cuando ella llegó a su apartamento, con la esperanza de encontrarlo en casa, tampoco estaba allí. Pasaron dos largos días, durante los cuales Maureen se sintió más y más convencida de que él no quería volver a saber nada de ella. No se le veía en ningún momento en la compañía y a pesar de que su camioneta seguía en el estacionamiento, ella no tenía la menor duda de que él no estaba trabajando.

El miércoles por la noche había en la televisión una película de misterio que ella tenía muchos deseos de ver. Se instaló en el sofá, con palomitas de maíz tostado hechas en casa, que compartió con Bagwell, y se concentró en la película. Estaba tan metida en la trama, que tuvieron que llamar dos veces a la puerta para que ella oyera. Su corazón dio un vuelco, se levantó de un salto y corrió a abrir. Había una sola persona capaz de visitarla a esa hora de la noche. Se alisó el pelo suelto y maldijo su falta de elegancia. Tenía puestos unos viejos vaqueros y una blusa azul todavía más vieja. No había el menor rastro de carmín en su boca. Oh, bueno. Ella se sentía tan feliz de que él hubiera vuelto que no le importaba cómo la viera.

Abrió la puerta, con el rostro radiante y los ojos muy brillantes. Era Jake, vestido con pantalones de pana color marrón y una camisa de puntó. Se veía cansado, demacrado, como si llevara varios días sin dormir.

—¿Tienes café? —preguntó con una sonrisa cansada.

—Oh, sí —contestó—. ¡Pasa!

Él entró y se dirigió a la cocina. Sus ojos oscuros brillaron de placer al percibir la excitación en el rostro de ella, su evidente alegría de verlo. Maureen podía ser una saboteadora, pensó él, pero era una delicia estar en su compañía. Hacía salir a la luz cualidades que él no sabía que poseía. Una tendencia protectora. Un deseo posesivo. Una conversación fácil y un placer tranquilo con las cosas sencillas. Él había estado esperando, contra toda esperanza, en los últimos días, que fuera tan inocente como parecía. En una semana más tendría la respuesta.

—¿Me has echado de menos? —preguntó. Necesitaba oír que ella lo admitía de viva voz, aunque podía verlo reflejado en su rostro.

—Sí —confesó ella. Sus ojos lo miraron con ansiedad—. Yo pensé que había sido... pensé que habías dejado tu empleo —corrigió.

—Me enviaron a otra planta por unos días —explicó él. Eso era casi cierto—. No esperaba quedarme tanto tiempo.

—¿Y has vuelto para quedarte? —ella necesitaba saberlo—. No estarán pensando en trasladarte, ¿verdad?

El se echó a reír.

—No creo que haya ninguna probabilidad.

Ella sonrió.

—Me alegra saber eso.

—¿En dónde está Bagwell? —preguntó Jake, mirando hacia la jaula vacía.

—Viendo la televisión. Le encantan las películas de crímenes. Grita junto con las víctimas —dijo Maureen, riendo.

Él miró hacia la sala.

—Es asombroso que se quede en un mismo lugar. La mayor parte de las aves andan de un lado para otro.

—Los pericos del Amazonas son aves trepadoras, no voladoras. Bagwell no es muy aventurero. Le tiene miedo a las cosas rojas. Jamás se acerca a mis platos navideños.

—Eso debe ser una ventaja, de vez en cuando.

—Supongo que sí —le sirvió el café que había estado calentándose y le entregó la taza—. ¿Quieres tomarlo aquí o prefieres ver la película con nosotros?

—¿Qué película es?

Ella se lo dijo.

—Ya la vi, pero no me molestaría verla otra vez.

La siguió hacia la sala y se sentó junto a ella en el sofá.

Bagwell saltó a los cojines y empezó a hacer piruetas en honor de recién llegado.

—Cuidado que pica —advirtió Maureen al ver que el perico se acercaba a Jake.

Pero Jake se limitó a extender el brazo y dejar que Bagwell subiera a él. Luego lo pasó al brazo del sofá.

—Quédate ahí —dijo con tono autoritario.

Bagwell obedeció. Se quedó en el brazo del sofá, mordisqueando una mazorca de maíz tostado, pero silencioso y tranquilo.

—¿Cómo haces eso? —preguntó Maureen, fascinada.

El se recostó en el respaldo y rodeó los hombros de ella con un brazo, como si se conocieran de toda la vida.

—Tengo alguna experiencia en gritar a mis subordinados —murmuró—. He sido capataz y jefe de mecánicos en varias ocasiones —añadió, para evitar que ella siguiera preguntando.

—Oh.

—¿Cómo van las cosas en la oficina? —preguntó Jake.

—Bien, supongo.

—¿No hay nuevos chismes? —insistió él.

—Charlene me dijo que uno de los vicepresidentes piensa que el señor MacFaber llegará en cualquier momento. Supongo que va a presionar al detective privado.

Jake la miró pensativo.

—Creo que es una buena idea.

—Y el señor Blake piensa que podría ser... alguien relacionado con la mecánica —dijo titubeante, porque no quería declarar abiertamente que sospechaban de los mecánicos.

Él la miró con curiosidad.

—Eso mismo pensé yo.

Ella se aclaró la garganta.

—¿Quieres más café?

—Sólo si no tienes que hacerlo de nuevo —reconoció él, bajando la mirada hacia su muñeca—. Tengo que irme a las diez y media. Estoy esperando una llamada telefónica.

Eran casi las diez y cuarto, comprobó Maureen mirando el reloj de Jake. Se levantó, tratando de no parecer tan inquieta como se sentía, y sirvió el café en las tazas. Pero su mente no estaba en el café. Estaba en la joya que acababa de ver. Ella conocía un Rolex cuando lo veía y sabía lo que costaban. Jake no podía haber comprado ese reloj con el sueldo de un mecánico.

Era casi una confirmación a su teoría de que él estaba a sueldo de alguien más que la compañía MacFaber. Por un momento, se preguntó si sería el detective privado de MacFaber. Los detectives ganaban mucho dinero.

Se dio la vuelta y vio que estaba mirando el programa de misterio con interés. Si era detective debían gustarle ese tipo de programas.

Le entregó su taza de café y se sentó junto a él. Maureen empezaba a ver las cosas de una forma completamente distinta.

—¿Te gustan las películas de misterio?

—Mucho —confesó él, sonriendo—. Y me gusta resolver misterios.

—A mí también. Siempre quise ser agente secreto.

Él entrecerró los ojos.

—¿De veras?

—Por supuesto, aunque nunca lo he sido. Fue un sueño más.

Él la observaba con atención, mientras intentaba ordenar sus pensamientos. Tenía que averiguar la verdad sobre ella, pues era la única persona que le hacía sentirse bien.

Ella trató de concentrarse en el programa, pero era demasiado consiente del poco tiempo de que disponía para estar con él. Hasta era posible que se hubiera olvidado de que había prometido llevarla a jugar al boliche el sábado siguiente. Tal vez ya no deseaba hacerlo.

De pronto, él le tomó la mano y la oprimió con suavidad, mientras sus ojos seguían la acción de la pantalla.

—¿Por qué nunca contestas el maldito teléfono por las noches?

Maureen lanzó inconscientemente una exclamación ahogada. Ella desconectaba su teléfono a las nueve, para poder ver la televisión e irse a la cama cuando quisiera, sin recibir molestas llamadas. Era el único tipo de llamadas que recibía, después de que sus padres murieran. No se le había ocurrido pensar que Jake podía tratar de comunicarse por teléfono con ella.

—Lo desconecto a las nueve —respondió con leve incredulidad.

—Te he estado llamando todas las noches a las once —contestó él—. Era imposible llamarte mientras estaba trabajando.

—¿Has tratado de ponerte en contacto conmigo? —preguntó ella sorprendida.

—¿Por qué te sorprende tanto? ¿No tienes siquiera suficiente experiencia como para saber cuándo un hombre está interesado en ti?

Maureen bajó los ojos.

—Puede ser desagradable construir castillos de arena en la orilla de mar —murmuró.

La mano de él, grande, cálida y gentil, acarició la de ella.

—Tienes que correr riesgos en esta vida si quieres lograr algo —continuó él.

—Eso dicen —sus ojos, que brillaban profundamente, buscaron lo de él—.Pero tengo miedo de correr riesgos.

—¿De veras? —preguntó, expresando en voz alta sus pensamientos

Jake dejó libre la mano de Maureen y le agarró la nuca para acerca la boca femenina a la de él.

Ella cedió casi inmediatamente. Jake la hacía sentir algo que jamás había experimentado hasta entonces con ningún otro hombre.

—Bagwell... —empezó a decir ella.

—¡Al diablo con Bagwell! Ven aquí —la levantó y la colocó en su regazo con un solo movimiento.

Su boca cubrió la de ella para acallar cualquier protesta adicional.

Los brazos masculinos la envolvieron por completo, oprimiéndola con fuerza. Cuando Maureen intentó separarse, él se lo impidió.

Ella nunca había sentido tal excitación en el cuerpo de un hombre antes, y eso la llenó de turbación. Pero al tratar de forcejear se sorprendió aún más, cuando Jake lanzó un gemido de placer.

Con un leve suspiro, Maureen cedió. No quería lastimarlo. Además, pensó con amargura, era posible que nunca volvieran a abrazarla de ese modo. Y ella empezaba a encariñarse mucho con ese misterioso hombre.

Presionó una de sus esbeltas manos contra la camisa de Jake, cuyo corazón empezó a latir con fuerza ante ese provocativo movimiento.

—Desabróchala —dijo él contra su boca.

Ella sintió una mezcla de sensaciones. ¿Lo decía en serio? ¿Le estaba dando autorización para explorarlo, para tocarlo? Ella nunca antes había deseado tocar a un hombre. Pero Jake no era un hombre cualquiera.

Maureen se reclinó contra él. Sentía el cuerpo palpitante de Jake, mientras ella se preguntaba si sería sensato hacer lo que él le pedía. Sin embargo, estaba descubriendo placeres nuevos. Disfrutaba del aroma de su colonia, de los fuertes latidos de su corazón, de la sensación de su cuerpo, que la envolvía en una febril intimidad. Ella detuvo la mirada en los tormentosos ojos negros, en un rostro que parecía tallado en piedra. El ni siquiera se movió.

Sus dedos temblorosos se dirigieron a los tres primeros botones y los fue desabrochando uno a uno. De pronto, titubeó. Cuando levantó una vez más la vista hacia él, ella descubrió cierta preocupación en su intensa mirada.

—No te detengas ahí —dijo él en voz baja—. No puedo imaginar nada que me diera mayor placer, que sentir tus manos sobre mi

cuerpo.

6

MAUREEN sonrió agradecida. Jake había sido muy agradable con ella y se sentía una verdadera mujer cuando la besaba. Pero la estaba apresurando a una intimidad para la que todavía no estaba preparada. Ella era muy indecisa y necesitaba tiempo.

Jake percibió su titubeo, y cuando ella se disponía a desabrocharle el cuarto botón de su camisa, dijo:

—No te pido que te entregues a mí. Sólo quiero que me toques. Pero no lo hagas a menos que lo desees tú también.

Maureen se apoyó contra él, más relajada, aunque no menos preocupada que antes.

—No puedo acostarme contigo —declaró ella en un susurro.

Él acarició su pelo con gentileza.

—Lo harás, tarde o temprano —dijo él—, pero iremos con calma. Acércate a besarme. Me tengo que ir dentro de cinco minutos.

—¡Qué pena! —logró decir ella con una risa nerviosa.

—Tengo que hacerlo. Soy un hombre de negocios por encima de todas las cosas —murmuró él con sequedad.

Se inclinó y posó su boca sobre la de ella, obligándola a echarle los brazos al cuello y levantar más la cabeza para unir más sus bocas.

—¿Es esto lo que quieres? —preguntó él con voz ronca.

El beso fue largo y lento y terriblemente excitante. Jake no trató de desnudarla, ni de tocarla en forma íntima. Lo más íntimo que hizo fue colocar la mano de ella contra su propio pecho y presionarla con fuerza contra su corazón, mientras su boca besaba la de ella con creciente ardor.

Cuando él se retiró y se puso de pie, Maureen se quedó tendida,

con Bagwell medio dormido al pie del sofá. Miró cómo Jake se alejaba para encender un cigarrillo, de espaldas a ella.

—Tengo que irme —dijo con brevedad.

Ella tuvo que realizar un gran esfuerzo para evitar que las lágrimas se deslizaran por sus mejillas.

Él se dio la vuelta. Entonces, reflejada en el rostro masculino ella vio una pasión frustrada.

De pronto, Maureen se alegró de que él fuera un simple mecánico y no un hombre rico. Cuando menos, aunque resultara estar también a sueldo de Peters, él era un hombre común y corriente.

—¿Pensamientos profundos, Maureen? —preguntó él en voz baja.

—Me alegra que seas un simple mecánico —contestó ella con suavidad—. Un hombre común. Me gusta lo que eres.

El rostro de él se endureció.

—Tal vez no soy lo que parezco ser —dijo.

Maureen se preguntó entonces si ella había estado en lo cierto y él era realmente un saboteador. Pero eso no parecía importar.

—No me importa lo que seas —contestó precipitadamente—. No tiene ninguna importancia.

—Podrías descubrir que puede importar muchísimo —le dijo él, con un brillo profundo en sus ojos. Consultó su reloj y lanzó una maldición entre dientes—. Tengo que irme. Te veré mañana en el trabajo.

—Muy bien —ella se levantó, con las piernas temblorosas, el pelo alborotado, sus labios ligeramente hinchados, pero todavía hambrientos de los de él.

Jake la tomó de la mano y la llevó hasta la puerta. Se detuvo para bajar la cabeza y besarla una vez más.

—Me gusta besarte —murmuró, mordisqueando su labio inferior con ardor—. Vete a acostar. Buenas noches.

—Buenas noches.

El se había ido antes que ella pudiera decir otra palabra. Maureen se acostó. Pero no durmió. Del otro lado de la pared podía oír la voz profunda de Jake. No sabía lo que estaba diciendo, pero parecía enfadado y la conversación se prolongó durante mucho tiempo. Ella continuaba escuchándola, cuando por fin se quedó

dormida, aún preocupada por el futuro de Jake. De algún modo, tenía que protegerlo de MacFaber, si Jake era realmente un saboteador. No sabía cómo iba a hacerlo, pero se le ocurriría algo. Tenía que hacerlo. No podía permitir que le sucediera nada.

A la mañana siguiente, todo parecía patas para arriba en el trabajo El señor Blake, que jamás llegaba tarde, no estaba en su escritorio Maureen se encargó de la correspondencia, como de costumbre, y contestó el teléfono, pero no pudo contestar las cartas técnicas. A final de cuentas, se quedó sentada en su escritorio, esperando, con la sensación de estar sentada sobre una bomba que podía explotar en cualquier momento.

Cuando llegó la hora de la comida y su jefe continuó sin aparecer, empezó a preocuparse. Ella no hacía más que pensar en Jake. ¡Tal vez había sido descubierto! ¡Tal vez lo habían apresado!

Se fue al salón de descanso a comer, con la esperanza de verlo allí, pero no estaba por ninguna parte. Llena de desesperación, Maureen se detuvo en la oficina de MacFaber, para ver si su secretaria sabía algo de lo que estaba sucediendo.

—¿Sabes algo? —murmuró Maureen.

Charlene levantó la mirada de la pantalla de su computadora.

—Desde luego. Todo lo que aprendí en la escuela —sonrió.

—Te odio.

—Yo también, algunas veces. ¿Por qué esa expresión tan preocupada?

—El señor Blake no está en su oficina.

—Por supuesto. MacFaber lo debe tener muy ocupado —murmuró Charlene en tono confidencial—. Está en la ciudad y anda buscando sangre. Supe que tiene a todos los ejecutivos de alto nivel en un motel de las afueras de la ciudad, y les está aplicando el tercer grado.

—¿Ya han encontrado al culpable? —preguntó Maureen, con admirable control.

—¿Qué culpable? —Charlene frunció el ceño.

—El que saboteó el jet Faber.

—Oh, ese culpable —Charlene sonrió—. Creo que sí, pero no han dicho quién es. Sin embargo, de fuente confidencial sé que van a tener otro vuelo de prueba dentro de una semana. Entonces lo sabremos.

Maureen sintió que el corazón se le iba a paralizar en cualquier momento.

—Supongo que no han mencionado nombres, ¿o sí?

Charlene movió la cabeza de un lado a otro.

—Ninguno, en absoluto. Y parece que no es sabotaje, exactamente. Todo lo que puedo decirte es que el señor Blake andaba buscando anoche a MacFaber, según dicen los chismosos, y esta mañana hay una junta secreta de alto nivel... —bajó la voz—. En apariencia el detective privado de MacFaber hizo una magnífica labor, y estuvo por aquí de incógnito, mientras averiguaba la causa de la falla. Por lo que he oído hubo un culpable. Era alguien de la sección mecánica, que trabajaba aquí.

Maureen se sintió enferma. Pero al oír que el detective privado había estado allí de incógnito pareció tranquilizarla. ¿Era posible que Jake pudiera ser el detective privado de MacFaber? Ese pensamiento la llenó de esperanza. Al menos, había cierta posibilidad de que no fuera el espía que ella había pensado que era. Él le dijo que era algo diferente a lo que parecía.

—¿Estás bien? —preguntó Charlene—. Te veo muy pálida.

Maureen volvió con brusquedad al presente.

—Estoy bien —sonrió un poco, ajustó sus gafas y volvió a su oficina.

Pasó el tiempo allí sentada hasta media tarde, preocupada por Jake. No fue sino hasta que llegó el señor Blake que ella apartó sus pensamientos de Jake.

—No quiero contestar más preguntas —el señor Blake dijo, levantando la mano, cuando ella empezó a hablar—. Así que traiga su libreta, Maureen y vamos a contestar correspondencia.

Se dejó caer frente a su escritorio y Maureen hizo lo que él le pidió, aunque tenía muchas preguntas que deseaba hacerle y que quedaron sin respuesta.

Volvió a su casa, todavía sin haber visto a Jake por ninguna parte. ¿Y si había sido arrestado?

Se preparó varios emparedados de jamón, que compartió con Bagwell, tratando de no llorar. Su vida había terminado. Nunca volvería a ver a Jake. Lo habían llevado a prisión...

Llamaron con fuerza a la puerta. Ella corrió a abrirla, y allí estaba él. Parecía muy cansado y deprimido. Pero para Maureen,

era el espectáculo más bello que había visto nunca.

Sollozando, se arrojó en sus brazos.

—¿Por qué lloras? —preguntó él con los labios pegados a la sien de ella—. ¿Qué sucede?

—¿No fuiste tú? —preguntó ella, levantando sus ojos de expresión trágica hacia él—. Tuvieron una junta, y no podía encontrarte. Yo pensé... pensé que tal vez te habían arrestado por sabotaje... o algo así.

Jake se quedó inmóvil. Sus manos apretaron los hombros de Maureen.

—¿Pensabas que era yo? —preguntó asombrado.

—Bueno, tú eres nuevo —gimió ella—. Y dijeron que tal vez era un mecánico, y yo no sabía si estabas trabajando para el señor Peters... —retrocedió y levantó la mirada hacia el rostro escandalizado de él—. Lo siento. Estoy avergonzada de haber pensado eso sobre ti. Y también he llegado a pensar que tal vez eras el detective privado de MacFaber.

Lo miró a los ojos, esperando alguna reacción. Pero no sucedió nada. Parecía tan tranquilo como si estuviera viendo el programa sobre el estado del tiempo en la televisión.

Jake se preguntó qué diría Maureen si le confesara que había pensado que la culpable era ella, aunque ahora estaba seguro de que era inocente. De cualquier modo, todo se resolvería dentro de una semana, cuando se probara el nuevo jet.

Él le acarició el pelo y añadió:

—¿Crees que soy un saboteador? —preguntó con una leve y tímida sonrisa—. ¿Y no te importa?

—Tú eres mi amigo —dijo ella, haciendo una mueca—. Anda, vete y no vuelvas nunca. Es lo que me tengo merecido.

El no se movió. Se limitó a entrecerrar los ojos.

—¿Por qué has seguido viéndome? —preguntó.

—Al principio, trataba de vigilarte —murmuró ella con una sonrisa tímida—.Y entonces... —la sonrisa se esfumó, mientras sus ojos buscaban los de él—. No estás en problemas, ¿verdad? —preguntó con voz ronca—. Yo podría hacer declaraciones en tu favor, si las necesitas. Haría cualquier cosa por ayudarte.

—¿De veras? —le tiró de un mechón—. ¿Es esta preocupación real, o has descubierto algo más que el problema del jet? —

preguntó, porque siguió el impulso de su vieja desconfianza de las mujeres.

Ella lo miró sin comprender.

—¿Qué quieres decir con eso?

Él suspiró. Era evidente que ella no comprendía y era muy posible que no supiera quién era él, realmente.

—No te preocupes. ¿Qué vamos a cenar? Me estoy muriendo de hambre.

La pregunta le provocó un profundo placer. Dio por supuesto que él se estaba invitando a compartir su comida. Era tal felicidad tenerlo en su apartamento, en su vida, que nunca se le ocurrió que la actitud de ese hombre fuera presuntuosa.

Maureen sonrió:

—Vamos a comer emparedados de jamón y gelatina.

El hizo un gesto.

—Ponte algo encima y te llevaré a comer crepas y pastel.

—Es demasiado tarde —replicó ella—. Y no puedo permitir que gastes en mí lo que ganas... —se acurrucó en sus brazos con un profundo suspiro, inhalando la deliciosa fragancia de su colonia—. Me alegra mucho que no estés en problemas.

Las manos de él se extendieron sobre la espalda de ella. Era extraño el deseo que sentía de proteger a esa mujer. No era hermosa. No tenía dinero. No era sofisticada, ni venía de una familia renombrada. Ni siquiera era el tipo de mujer que él solía tener de compañera. Así que, ¿por qué se sentía tan cómodo con ella?

—El señor Blake no quiso decirme nada y Charlene no pudo hacerlo —dijo ella—. Pero algo está sucediendo, puedo sentirlo. Dicen que el detective privado del señor MacFaber ha descubierto algo sucio.

—Eso me han dicho.

—Me alegro por él y por el viejo señor MacFaber...

—¿Qué te hace pensar que es viejo? —preguntó él con sequedad.

—Oh, Charlene dice que tiene cuarenta años, al menos —murmuró ella—. Que es gordo y canoso. Supongo que se ha consumido con tantas herederas sudamericanas y tantos deportes solitarios.

El se echó a reír.

—Tal vez. Yo no prestaría mucho crédito a la cuestión de las herederas sudamericanas, en realidad. No creo que MacFaber esté muy interesado en las mujeres. Por lo que he oído, no es de ese tipo de hombres.

—¿De veras? —ella levantó la cabeza y lo miró—. Eso va a romper muchos corazones en la oficina —sonrió con suavidad—. Todas las muchachas lo esperan conteniendo el aliento. Su publicidad lo ha precedido y todas piensan que es su Príncipe Azul. ¡Hasta dos de las chicas que están comprometidas en matrimonio! Va a haber un escándalo cuando él haga su aparición.

—No lo dudo —la soltó y se alejó—. Hola, Bagwell.

El perico le dirigió una mirada indiferente y continuó mordisqueando su pan con jamón.

—¿Cuántos puedes comerte? —preguntó Maureen, abriendo el pan.

—Si hablas de pericos, no estoy seguro —dijo—. ¿Me estás ofreciendo a Bagwell en salsa de queso?

—No... —ella sonrió alegremente—. Emparedados. De jamón, con queso, lechuga y mayonesa.

—Y mostaza —agregó él—. Dos.

—Muy bien.

Ella los preparó, encantada de verlo sentado con tanta naturalidad en su cocina. Mientras ella hacía los emparedados, él se quitó la chaqueta y la corbata y las arrojó en una silla vacía, fuera del alcance de Bagwell. Cruzó sus largas piernas y desabrochó el cuello de su camisa blanca. Maureen advirtió que era una camisa cara. Parecía de seda pura. Se preguntó a donde habría ido tan elegantemente vestido. Pero no se atrevió a preguntárselo.

—Me gusta esto —murmuró él, asintiendo con la cabeza cuando ella se ofreció a servirle una taza de café—. No recuerdo la última vez que una mujer me preparó la cena.

—Apuesto a que tu madre lo hacía.

Él frunció el ceño y la miró con desconfianza.

—¿Qué sabes sobre mi madre?

—Bueno, ¿qué puedo saber, cuando casi acabo de conocerte? —preguntó ella—. Pero mi madre solía hacer cosas para mí, así que supongo que tu madre te las hacía a ti.

—Por supuesto —se llevó el café a la boca—. Mi madre no cocinaba. No era nada aficionada a las tareas domésticas.

—¿Tienes hermanos, o hermanas?

Él movió la cabeza de un lado a otro.

—No tengo a nadie. Ya no.

—Lo siento.

—¿Por qué? Tú tampoco tienes a nadie.

—Es verdad —Maureen se sentó frente a él, ofreció otro pedazo de emparedado a Bagwell y después empezó a comer el suyo. Se dio cuenta de la camiseta, demasiado ceñida, que llevaba puesta con sus gastados vaqueros. Sin embargo, su invitado no pareció notarlo, ni preocuparle, hasta ese momento en que clavó la vista en sus senos.

—¿Por qué te has atado el pelo de ese modo? —preguntó él, indicando con un movimiento de cabeza su cola de caballo—. No te sienta nada bien.

—Muchas gracias.

—Me gusta cuando lo llevas suelto —dio otro bocado a su emparedado. Sus ojos oscuros se encontraron con los de ella y él le sonrió, divertido—. Suéltate esa cola de caballo y tal vez te haga el amor.

El corazón de Maureen dio un vuelco.

—No —dijo con un ligero humor—. Tú no practicas el sexo con vírgenes, según declaraste.

—He dicho hacer el amor —murmuró él, con la mirada fija en los ojos verdes de ella, sonriendo—. No practicar el sexo.

Maureen se ruborizó, pero no bajó los ojos.

—¿Cuál es la diferencia?

—Sólo una mujer muy inocente podría hacer una pregunta así —terminó su segundo emparedado y se reclinó en el respaldo del asiento, para beberse el café—. Estaban muy buenos.

—Gracias —dijo ella y se preguntó cómo podía un hombre mezclar el sexo con los emparedados de jamón, en una misma conversación.

Él mordisqueó una papa mientras la observaba.

—¿Cómo has visto a tu jefe hoy? —preguntó él de pronto.

—¿El señor Blake? —contestó ella en tono distraído, mientras ofrecía a Bagwell una papa frita—. Lo vi bastante preocupado.

Quería preguntarle qué sabía sobre el saboteador, pero era evidente que no deseaba hablar. Creo que el señor MacFaber debe haberlo hecho picadillo —agregó con una sonrisa—. Charlene me contó que estaba aplicando a sus ejecutivos el tercer grado.

—Lo cual tenían bien merecido —contestó él. Todo el maldito proyecto podría fracasar por el error de un hombre.

Ella frunció el ceño.

—¿Qué sabes tú sobre lo que está pasando?

—Los mecánicos lo sabemos todo —contestó él con tranquilidad.

—¡Oh! —Maureen se levantó y sirvió más café—. Pareces cansado.

—Estoy cansado —se puso más cómodo y cerró los ojos con un suspiro—. Me estoy volviendo demasiado viejo para mi estilo de vida, ¿sabes, Maureen? Creo que voy a tener que aminorar el paso.

—Tonterías. Tú eres sólo tan viejo como crees que eres —tocó su espeso pelo negro con cierto titubeo—. Deberías irte a casa y acostarte —dijo con gentileza.

La mano de él aprisionó la de ella. Jake levantó la vista y la miró a los ojos.

—Acuéstate conmigo.

Ella se ruborizó.

—No.

—Sólo vamos a dormir —murmuró él con una sonrisa suave—. Estoy demasiado cansado para cualquier otra cosa.

—No sería una buena idea —insistió ella.

—¿Por qué no? —persistió Jake.

—Porque podría pasar cualquier cosa —sus ojos lo miraron fijamente y después se desviaron—. Jake, yo no sé siquiera cómo tomar precauciones.

Él frunció el ceño mientras la observaba en silencio. Maureen pertenecía a otra época. Y sin embargo, había algo muy vulnerable y profundamente amoroso en ella.

—Tienes razón. Algo podría suceder, y es demasiado pronto —se puso de pie y se estiró con aire perezoso—. Siento mucho que no hayamos podido ir a jugar al boliche —dijo de pronto—. ¿Qué te parecería mañana por la noche? Podemos ir a cenar a un restaurante chino y después a jugar boliche.

Ella sintió que el corazón le daba un vuelco.

—¿Mañana por la noche?

—Sí.

El rostro de ella se iluminó.

—Me encantaría.

—Te recogeré a las seis —curvó su mano sobre la cabeza del somnoliento Bagwell y la acarició con afecto—. Se está acostumbrando a mí.

—Así parece —sonrió ella.

Jake bajó la mirada hacia Maureen.

—Y tú, ¿te estás acostumbrando a mí también?

—Me temo que sí —contestó ella, con la voz ronca.

El se movió y le rodeó la cintura atrayéndola hacia sí.

—No te preocupes por las cosas que están sucediendo en la oficina —le dijo, inclinando la cabeza—. Todo va a salir bien. Bésame.

Ella lo hizo. Le encantaba la sensación que producía la boca dura de él moviéndose contra la de ella. Había estado deseando sentirla desde el momento mismo en que él cruzó el umbral. Pero no fue un beso ardiente apasionado. Fue un beso breve y casto. Jake se retiró con rapidez, dejándola muy triste, pues había deseado que la besara con la intensidad con que lo hizo la última vez que estuvo en su apartamento. Quería que la tocara, que la mirara. Pero él se limitó a sonreírle con gentileza y a alejarla. Maureen necesitó de toda su fuerza de voluntad para no implorarle que la besara de nuevo.

—Espero que te guste la comida china —observó mientras se dirigía hacia la puerta.

—Me encanta —repuso ella sin aliento.

—Muy bien.

Maureen parecía frustrada, como si deseara algo más que aquel beso juguetón. El también lo deseaba, pero no era el momento oportuno para aquello a lo que podía conducir.

No entendía, en realidad, el efecto que ella le producía. Era muy tímida y no muy guapa. No sabía besar y probablemente se desmayaría si él trataba de desnudarla. Su corazón empezó a latir con fuerza ante ese pensamiento. Ella era virgen y todas sus respuestas a él serían nuevas. Se sintió un poco mareado al pensar en el placer de iniciarla. Abrió la puerta, con la esperanza de que el

aire fresco de la noche lo hiciera recobrar el sentido. Pertenecían a mundos distintos. No podía darse el lujo de seducirla. Ella era el tipo de mujer para la que el sexo equivalía a un anillo de bodas, y él no deseaba casarse.

—Cierra con llave la puerta cuando yo salga —dijo Jake, con un profundo deseo de protegerla.

—Lo haré. Buenas noches —contestó Maureen con voz muy suave.

Él salió sin decir nada más.

Maureen no sabía qué hacer cuando Jake se marchó. Tenía un loco deseo de correr tras él. Ese hombre iba a seducirla. Ella lo sabía y no estaba segura de cómo iba a poder vivir consigo misma. Lo deseaba con desesperación. Era increíble que, a su edad, fuera tan tonta respecto a los hombres.

Se puso su pijama y se metió en la cama, pero todo lo que hizo fue dar vueltas, aun mucho después de que Bagwell se durmiera.

Por fin, desesperada, se levantó y se dirigió a la cocina para prepararse una taza de chocolate caliente. Pero incluso después de beberla seguía inquieta y nerviosa. Por fin, se fue a la cama agotada, y se quedó inmediatamente dormida.

Sin embargo, no pudo olvidar a Jake ni siquiera dormida. En sus sueños, él la desnudaba con mucha lentitud, a la vez que la besaba. Sintió la mirada de él en las partes más íntimas de su cuerpo y se estremeció de placer.

Sus imágenes oníricas eran tan claras, que podía sentir sus grandes manos recorrer su cuerpo con gentileza. Maureen se puso rígida y lanzó un grito de satisfacción. El sonido de ese grito la despertó. Se sentó en la cama, empapada en sudor y temblando.

Se levantó y se dirigió a la cocina para mirar el reloj. Eran apenas las cinco, pero sabía que no podía volver a dormirse. Había olvidado sus gafas y sin ellas no podía siquiera hacer café. Sin embargo, cuando empezó a caminar de regreso a su dormitorio, un fuerte golpe en su puerta la detuvo.

Se quedó de pie junto a ella, titubeando.

—¿Quién es? —preguntó con nerviosismo.

—¡Oh, por Dios santo! ¿Quién crees que puede ser? —preguntó una voz profunda y gruñona.

Ella quitó la cadena y dio vuelta a la llave, olvidándose de que

sólo llevaba puesta la camisa larga y sexy del pijama masculino. Abrió la puerta.

Si ella estaba casi desnuda, también lo estaba él. A pesar de que no llevaba las gafas puestas, podía verlo con toda claridad porque se encontraba a unos centímetros de ella cuando entró en la cocina y cerró la puerta tras él. Maureen se quedó allí, mirándolo, sin poder hablar, ni moverse siquiera.

Él vestía unos pantalones finos y nada más. Iba descalzo y tenía el torso descubierto. Era el hombre más viril y atractivo que había conocido en su vida.

Jake notó su mirada y la atribuyó al hecho de que no llevaba puestas las gafas.

—¿Y bien? —preguntó.

—¿Bien qué? —murmuró ella, desorientada.

—Te oí gritar.

Maureen se ruborizó. Levantó la mirada y se quedó muy sorprendida al descubrir la fría expresión de Jake.

—Yo, pues... estaba soñando —tartamudeó. El se dio cuenta de que se había ruborizado.

—Debe haber sido un sueño muy especial.

Maureen se sonrojó aún más.

—Por supuesto.

Bajó los ojos hacia el pecho de él, pero eso sólo empeoró las cosas, Deseaba acercarse más, abrirse el pijama y frotar su piel contra la suya. Ese pensamiento la escandalizó.

—Pensé que tenías pesadillas —murmuró él, observándola—. Pero la pasión y el miedo son cosas muy parecidas, ¿no?

—Yo no sé nada de pasión...

Jake se acercó más, de modo que quedó junto a ella. Maureen deseaba con desesperación apoyar la cabeza contra él y acercarse todavía más, de modo que sus senos se oprimieran contra los músculos duros del estómago de él.

—Háblame de tu sueño —le susurró él al oído—. Dime por qué gritaste.

—Tú... estabas... tocándome —dijo ella con voz ahogada, ya que era incapaz de mentir en ese momento.

El corazón de Jake empezó a latir con fuerza. Sus dedos se extendieron, palpando la suavidad de su piel bajo la delgada tela.

—¿En dónde te estaba tocando? —murmuró.

Ella presionó su rostro contra el pecho de él, acariciando la espesura rizada de su vello.

—¡No... puedo!...

—Hueles a rosas, Maureen.

Las manos de él titubearon levemente, después descendieron un poco más, hasta encontrar las caderas de ella y empujarlas con gentileza hacia las suyas.

Ella lanzó una exclamación ahogada al sentir la excitación del cuerpo masculino. Trató de retirarse, pero las manos de él la retuvieron firmemente.

—Esto, en un hombre, revela su vulnerabilidad ante una mujer —dijo contra su frente—. No es tanto una declaración de capacidad masculina como una señal de irremediable atracción. Así que, ¿por qué te asusta sentirme así?

—Yo nunca... había sentido a ningún otro hombre de este modo —contestó ella, poniéndose un poco rígida.

—¿Ni siquiera en ese sueño candente que tuviste? —murmuró él con voz ronca.

Ella cerró los ojos con fuerza.

—Nunca había tenido un sueño como ese antes —confesó.

—Te he oído a través de la pared del dormitorio —murmuró él —. Gritaste —sus manos levantaron las caderas de ella con suavidad, en un abrazo todavía más íntimo. Él sintió cómo temblaba su cuerpo—. Yo puedo arrancarte esos sonidos de nuevo, y de verdad. Puedo hacerte sentir el placer que sentiste en el sueño, con mis manos y con mi boca.

Maureen se estremeció al recordar el placer del sueño. Sus uñas se clavaron en los cálidos brazos de él.

—Es demasiado pronto —logró decir, aunque sentir sus caricias era lo que más deseaba en el mundo.

—¿Estás segura?

Ella tragó saliva y rechinó los dientes. Sus piernas temblaron contra las de él.

—Estoy segura —afirmó con voz ahogada.

Él permitió que ella se separara unos centímetros, para poder contemplarla mejor, al tiempo que añadía con una sonrisa en los labios:

—No, no lo estás. Pero te dejaré escapar esta vez —bajó la mirada hacia la camisa de su pijama—. Aunque sé con qué desesperación quieres que te toque.

Los ojos de ella se encontraron con los de él, llenos de timidez.

—¿Cómo... lo sabes? —murmuró, totalmente confundida.

—Por eso —dijo él a su vez. No dejó de mirarla, pero su pulgar frotó con gentileza uno de sus endurecidos pezones. Sintió cómo su cuerpo se estremecía mientras ella lanzaba una exclamación ahogada, de inesperado placer—. ¿Lo sientes? —preguntó con suavidad—. ¿Es esto lo que te hacía en tus sueños?

—Me... me quitabas la camisa... —dijo suspirando.

—¿Así? —preguntó él mientras le desabrochaba lentamente la prenda que llevaba puesta y que no tardó en caer al suelo, dejando sus pálidos senos al descubierto.

7

EL impacto de los ojos masculinos sobre su cuerpo fue devastador para Maureen, que tenía las mejillas encendidas ante su propia desfachatez, al permitir que ese hombre la viera de ese modo. Sus manos temblaban cuando trató de empujar el velludo pecho de él, y de recobrar su camisa.

Pero Jake la oprimió con fuerza hasta que sintió el contacto de sus turgentes senos.

—Puedo retenerte así toda la mañana sin perder la cabeza —dijo en voz baja, mirándola a la cara—. Así que no te dejes invadir por el pánico, ni empieces a luchar por tu honor. Yo sé que tú no deseas solamente sexo y no te lo estoy ofreciendo. Rodéame con tus brazos. Quiero sentir la suavidad de tus senos contra mí durante unos minutos. Después me iré.

Ella se ruborizó ante esa declaración. Jake la hacía sentirse aún más inexperta de lo que era. Deslizó sus brazos temblorosos alrededor de él y se oprimió contra su cuerpo, tal como había deseado hacerlo en tantas noches solitarias. Gimió con suavidad y se estremeció de placer.

—¡Jake! —gritó la joven, temblando.

Las manos de él se deslizaron desde la cintura de ella a sus axilas para acariciar el contorno de sus senos.

—Nos detendremos en un minuto —le prometió Jake para tranquilizarla—. No te desmayes...

Al decir eso, sus manos se movieron, al mismo tiempo que inclinó la cabeza.

—Mírame, nena —murmuró, con la boca abierta.

Él sintió los movimientos torpes y temblorosos de ella. Entonces se apoderó de su boca con febril placer haciendo que se

estremeciera de nuevo al experimentar sensaciones con las que ni siquiera había soñado.

Su resolución de no dejar que las cosas salieran de su control se volvía menos firme a cada minuto. Aunque pareciera sorprendente, era la primera vez que le ocurría algo así, a pesar de haber tenido en sus brazos a otras mujeres.

Levantó la cabeza para ver un rostro que casi no reconoció. Maureen tenía la cabeza echada hacia atrás, los ojos entrecerrados, el rostro encendido y la boca hinchada y vulnerable.

En los ojos de él se reflejaba un profundo deseo y sus manos temblaban ligeramente cuando la rodeó por la cintura para decir:

—Te necesito. Y tú me necesitas a mí. Déjame llevarte a la cama.

—Podría quedarme embarazada, Jake —murmuró ella presa de temor—. ¡Suéltame!... Por favor, no puedo...

—¡Quédate quieta, caramba! —gimió él enfurecido ante la inconsciente provocación de ella. Luego la retuvo con firmeza, obligándola a permanecer inmóvil.

—Lo siento —murmuró la muchacha.

El se estremeció de nuevo. Levantó la cabeza y sus ojos se clavaron implacables en los de ella.

—Puedo evitar que tengas un hijo —dijo él con aspereza—. Tengo algo en mi cartera.

Maureen quería hacerlo. Era lo que más deseaba en el mundo. Pero su moral, producto de una estricta educación, no se lo permitía. Jake no quería ningún tipo de compromiso; ella lo sabía y no podía irse a la cama con él en esas condiciones. Una relación de una sola noche era lo último que deseaba, aun tratándose de Jake.

Su testarudo titubeo lo enfureció. Respiró hondo y le dirigió una mirada amenazadora.

—Vas a esperar hasta que te ofrezca un anillo de compromiso, ¿no es así? —sonrió con frío cinismo y la empujó con brusquedad. Se inclinó para recoger el pijama de ella y se lo arrojó—. Bueno, estás perdiendo el tiempo, querida. Ya han probado eso también. Nunca he deseado a una mujer lo suficiente como para sacrificar mi libertad por pasar unos cuantos minutos con ella en la cama.

Lo que ese hombre acababa de decir era la mayor grosería que ella había oído. Ignorando totalmente la presencia de Jake, se puso la prenda de dormir y se la abrochó con dedos temblorosos. Se

alegraba de no tener las gafas puestas. No podía soportar ver el desprecio reflejado en los ojos de él. Jake estaba equivocado. Ella no pretendía burlarse, ni forzarlo a que le propusiera matrimonio. Ella se había excitado tanto como él. Era sólo que tenía demasiados escrúpulos para entregarse sin que los dos estuvieran seguros de su amor.

El se sintió furioso. Ella tenía los hombros caídos, en actitud de derrota y parecía como si la hubieran abofeteado. No debía haber permitido que las cosas llegaran tan lejos. Hasta le había prometido que podía controlar sus caricias. Sin embargo, al verla con esa camisa de pijama había enceguecido de pasión. Solamente su olor a rosas lo excitaba.

—Tengo que vestirme —dijo Maureen en un tono ronco, avergonzado. Se dio la vuelta y se dirigió al dormitorio. Cerró la puerta y se apoyó contra ella, permitiendo que las lágrimas corrieran por sus mejillas. No quería volver a verlo nunca. El sólo deseaba su cuerpo, no su mente ni su corazón. ¡Era un seductor y nada más!

—Maureen.

Ella sorbió, para contener el llanto y dio una vuelta a la llave de la puerta del dormitorio. No le contestó, porque no quería que descubriera lo alterada que estaré.

—Te veré esta noche —dijo—. Tengo que irme.

Ella consiguió controlar el temblor de su voz.

—No voy a salir contigo esta noche, Jake —respondió con orgullo—. Muchas gracias... de todas maneras. Adiós.

El se detuvo, temblando de furia y de frustración.

—Si eso es lo que quieres, por mí está bien. Creo que tengo mejores cosas que hacer, que perder mi tiempo con una virgen de piedra.

Ella cerró los ojos, mientras oía que se alejaba. Cuando él cerró la puerta con fuerza empezó a sollozar desesperadamente, odiando no sólo a él sino también a sí misma.

Al día siguiente se vistió tratando de mirarse en el espejo, mientras se recogía el pelo en un moño apretado y se aplicaba un mínimo de maquillaje para complementar su sencillo vestido de punto color azul. Hizo el desayuno y dio de comer a Bagwell. Se fue a trabajar con el corazón destrozado.

Jake no apareció por la oficina ese día y no llegó a dormir esa noche a su casa. Ella miró desolada hacia la parte posterior de la casa para ver si su camioneta se encontraba allí, pero no estaba. Sin embargo ¿qué podía esperar? Ella misma lo había despedido. Debía tener un tipo especial de talento para mantener a distancia a los hombres atractivos, porque había hecho una labor magnífica con Jake.

El sábado llegó, por fin, y al menos fue un día soleado y despejado, de modo que pudo salir al jardín posterior a sembrar unas hortalizas! Pero no podía concentrarse en el trabajo. Se sentía culpable por haber dejado que Jake la tocara de la forma en que lo había hecho. Probablemente, lo había llevado demasiado lejos y eso había conducido a aquel enfrentamiento.

Con un profundo suspiro, levantó su pala. Tenía el pelo recogido en un moño. Llevaba puestos unos pantalones vaqueros y una vieja camisa de algodón, demasiado grande, con un estampado celebrando los 150 años de independencia de Texas. Parecía joven y vulnerable, nada sexy... tal como ella deseaba. Tenía que aprender a controlar esos sentimientos depravados, se dijo. Entonces, tal vez la próxima vez... si había una próxima vez... no terminaría en tan miserable maraña emocional. Había querido portarse como una mujer sofisticada, sin serlo.

Estaba tan hundida en su desdicha que no oyó a Jake hasta que estuvo de pie junto a ella. Su corazón empezó a latir con fuerza, pero no pudo levantar la mirada. Se sentía demasiado avergonzada.

Él la miró fijamente, pero también muy avergonzado. Sabía, sin que se lo dijeran, por qué se había peinado y vestido así. Con su educación estricta, lo que le había hecho debía parecerle un pecado capital. El no había dormido una noche completa desde lo sucedido, a pesar de que los negocios lo habían mantenido alejado de ella. Tenía remordimientos, no sólo por haberla acorralado de la forma en que lo hizo, sino sobre todo por las cosas que le dijo.

—¿Podemos hablarnos ya? —preguntó con forzada tranquilidad —, ¿O tengo que comer de nuevo esta noche lo que yo mismo cocine?

Maureen, que calzaba sandalias, miró sus dedos llenos de tierra.

—Pensé que no querrías volver a hablarme nunca —dijo en voz baja—. ¡Lo siento tanto, Jake!

Él lanzó un juramento en voz baja. De pronto, la estrechó rodeándola con los brazos. Nunca se había sentido tan protector respecto a una mujer. Detestaba verla llorar y sentir que él era responsable de sus lágrimas.

—Te he echado de menos —le susurró al oído mientras le acariciaba suavemente la espalda—. ¡Dios mío, yo también estoy arrepentido! No sentía nada de lo que te dije esa mañana.

A ella le dio un vuelco el corazón. Él tenía que quererla un poco, puesto que había vuelto. Cerró los ojos, suspiró y se acurrucó contra su pecho. Al menos, ya no la odiaba.

—Fue culpa mía, también —dijo—. No debí haber... actuado nunca de la forma en que lo hice contigo. ¡Me porté como una prostituta!

—¡No! —él levantó el rostro de ella hacia el suyo, escandalizado por lo que acababa de oír—. ¡Dios mío, no hiciste tal cosa!

—Dejé que me miraras... —bajó los ojos y se ruborizó con intensidad.

Él contuvo el aliento. Nunca se había enfrentado a este tipo de trauma emocional. Las mujeres de su mundo eran tan sofisticadas que no podía concebir que ninguna de ellas se sintiera avergonzada de dejar que un hombre la viera desnuda. Jamás había conocido a nadie como Maureen.

—¿Ninguno de tus padres habló contigo sobre el sexo? —preguntó él con gentileza.

Ella cerró los ojos.

—Practicar el sexo antes del matrimonio es pecado —murmuró —. Mis padres eran personas muy religiosas, Jake, y yo también lo soy —levantó la mirada—. No voy a pedir disculpas por mis creencias. Y no debo tener que defenderlas.

Él sonrió.

—No, y yo no te pido que lo hagas —suspiró y tocó el rostro femenino con la punta de los dedos—. Lo que sentiste cuando te toqué es muy natural. El sexo es la base de nuestra especie, pequeña. Sin él, ni tú ni yo estaríamos siquiera aquí.

A ella le costaba trabajo hablar de esas cosas.

—No sabía que hacía que la gente se sintiera tan indefensa —confesó ella con timidez.

—¿O tan caliente? —sonrió él con malicia.

—Eso también.

—Todo lo que tienes que recordar es que los hombres estamos hechos de tal modo, que nos excitamos con frecuencia y no nos calmamos muy fácilmente. Yo pensé que podía mirarte sin volverme loco y descubrí que no era verdad —frotó su nariz contra la de ella —. Por primera vez en mi vida, no pude detenerme cuando deseaba hacerlo —murmuró—. Me excitaste tanto, que pensé que iba a enloquecer

Ella abrió los ojos, fascinada.

—¡Cielos! —exclamó, tratando de alejarse de él.

Jake le impidió moverse.

—Eso te ayudará a ver la vida de un modo más realista —dijo él sin pena alguna. Sus ojos se clavaron en los de ella sin la chispa de humor que habían reflejado sólo unos segundos antes—. Necesitas saberlo porque no me voy a marchar otra vez. No puedo estar lejos de ti. Puesto que no quieres una relación íntima conmigo, haremos las cosas a tu manera. Y si no me tientas otra vez, presentándote ante mí con esa maldita camisa de pijama, nos llevaremos muy bien.

—¿Eso fue lo que sucedió? —preguntó ella, casi sin aliento.

Él asintió con la cabeza.

—Yo he tenido sueños también respecto a ti —confesó en voz baja—. Y si quieres saberlo, te diré que yo no me excito fácilmente, pero que tú puedes conseguirlo con sólo caminar a través de la habitación.

Ella bajó los ojos con rapidez.

—Sería mejor que te buscaras alguien que no tuviera todos mis traumas —añadió.

—No quiero a alguien sin tus traumas —Jake suspiró—. Te quiero a ti.

—Haces que me sienta culpable —murmuró ella, entristecida.

—No ha sido esa mi intención —se inclinó y la besó suavemente en los labios—. Creo que ahora puedo manejar las cosas sin perder el control, como lo hice la última vez, así que déjame demostrarte cuánto te he echado de menos.

La lenta y experta penetración de la lengua de él hicieron que Maureen se pusiera tensa; sin poderlo evitar, lanzó una exclamación ahogada, cuando sus manos la atrajeron con brusquedad hacia sus

caderas, demostrándole lo que le había explicado minutos antes.

Él abrió los ojos y levantó la boca con lentitud, pero no la soltó.

—Tranquila —murmuró—. No voy a lastimarte.

—Me llena de turbación —gimió ella.

—Sólo porque eres una niña tímida —susurró Jake, que posó su cara en la de ella—. Respóndeme. Este es el momento más inocente que he pasado con una mujer desde que me convertí en adulto y no creo que haya sentido nunca tanta ternura. No lo estropees todo.

Ella tuvo que controlar el deseo de correr. Poco a poco se fue relajando y dejó que él la sostuviera en vilo. Le sorprendió descubrir con qué facilidad se amoldaba a ese hombre, lo flexible que podía ser su cuerpo cuando él lo estrechaba de esa forma tan íntima.

—Esto es el paraíso —murmuró—. El verdadero paraíso.

Maureen asintió con la cabeza. Experimentar lo que estaba experimentando en ese momento ya no la asustaba porque él no le exigía nada. Se sentía como si él le perteneciera.

—Supongo que todo esto es muy natural para ti —dijo en voz baja.

—En algunos sentidos —le besó la frente con ternura—. ¿Quieres saber cuánto tiempo hace que no tengo a una mujer en mis brazos?

Ella se ruborizó.

—Hace dos años, Maureen.

Eso la sorprendió tanto, que levantó el rostro. El no bromeaba. Lo revelaban sus ojos oscuros, las duras líneas de su rostro.

—¿De veras?

Él asintió.

—He estado muy ocupado. Las mujeres habían empezado a perder su atractivo. Me cansé de que me usaran.

Ella frunció el ceño.

—¿Por qué iban a querer las mujeres usarte?

El no podía contestar a eso, así que prefirió besarla una vez más.

—Eres muy suave —murmuró—. Recuerdo el contacto de tu piel esa mañana...

Ella ocultó su rostro en el pecho de él.

—No, por favor.

Jake acarició su mejilla.

—La suavidad que sentía en mis manos... —gimió, buscando de nuevo la boca de ella.

Maureen sintió el beso como una marca de fuego en su boca. Nunca había experimentado nada tan íntimo. Era como tocar un alambre con corriente eléctrica. Ella gritó y clavó sus uñas en él, cuando empezó a moverse rítmicamente sobre su cuerpo.

El se estremeció de pronto y se separó de ella. Se alejó un poco y encendió un cigarrillo con dedos temblorosos.

El estar alejado de ella había sido una experiencia intensamente dolorosa. Maureen no tenía cabida en su vida, se seguía diciendo a sí mismo, y no aceptaría nunca un idilio temporal. Pero él se sentía indefenso ante ella. La deseaba demasiado para olvidarla.

—¿Qué vamos a hacer, Maureen? —preguntó en voz alta, todavía de espaldas a ella.

—No sé —contestó ella con voz temblorosa—. ¡No es justo para ti!

El se volvió en esos momentos, con el rostro un poco más pálido que antes. Se acercó a ella con el cigarrillo humeante en una mano.

—Le tengo miedo al matrimonio —dijo con suavidad—. Mis padres pasaron veinte años juntos, y pocos de ellos fueron felices. Siempre decían que en un principio habían estado enamorados, pero que durante los últimos años todo había cambiado entre ellos —levantó y dejó caer sus grandes hombros—. No sé si podría adaptarme a otra persona en mi vida. O a más de una —sus ojos oscuros se encontraron con los de ella—. Por otra parte, me encantaría tener hijos —añadió con voz ronca—. Y eso me asusta terriblemente, ¿sabes?

Ella sintió temblar su cuerpo ante lo que él había dicho. Jake no hablaba como un hombre que deseaba un idilio temporal. Hablaba como alguien que estaba pensando muy seriamente las cosas.

—¿Te escandalizo? —preguntó él con una leve sonrisa—. Yo también estoy escandalizado. Nunca en mi vida había dicho nada semejante a una mujer.

Ella levantó la mirada hacia él, con una sonrisa en los labios.

—Me alegro —murmuró.

Él suspiró. Era inevitable, suponía.

—¿Qué tal si guardas esa pala y te pones algo elegante? —preguntó—. Podemos volar a Galveston a comer mariscos.

Ella se echó a reír.

—Estás loco —dijo, acurrucándose contra él—. Me encanta tu sentido del humor. Pero me conformaré con ir a comer pescado a cualquier lugar económico. Puedes sentarte a conversar con Bagwell mientras yo me visto.

Maureen se alejó y Jake la siguió con la mirada y el ceño fruncido. Esto iba a ser más complicado de lo que él había imaginado. Después de ese vuelo de prueba del viernes, él no podría seguir guardando el secreto. Todo se haría público, incluyendo su identidad. Maldijo entre dientes. Ella era la mujer con la que él había soñado toda la vida, y tendrían problemas si no le revelaba la verdad a tiempo.

La llevó a uno de esos lugares baratos, de comida rápida, y comieron pescado mientras él observaba a su alrededor con interés. Jake conocía lugares como este, desde luego, pero normalmente no formaba parte de su estilo de vida.

Había obreros, campesinos, costureras, secretarias y jóvenes ejecutivos. Los miró y sintió de pronto que había estado viviendo al margen del mundo real.

—¿Piensas en algo trascendente? —preguntó Maureen con suavidad.

—Muy trascendente —bebió el café que tenía frente a él—. ¿Vienes aquí con frecuencia? —preguntó, con sincera curiosidad.

—Más o menos una vez a la semana... los fines de semana, por supuesto. En los días de trabajo como en la oficina... las cosas que venden en la sala de descanso o lo que llevo de casa. Trato de ser puntual —dijo con una sonrisa—. Creo que todos debemos trabajar por lo que nos pagan, aunque eso suene anticuado.

Él sonrió.

—Oh, yo lo apruebo de todo corazón —murmuró—. Y estoy seguro de que MacFaber estaría también de acuerdo.

—Pobrecillo —dijo ella, con ojos tiernos—. Debe estar muy solo. No tiene familia, ¿sabes? Y su madre murió el año pasado.

Él bajó la mirada hacia el café.

—Es endemoniadamente rico. Me imagino que puede comprar el amor.

—No el verdadero amor. Sólo una imitación cara de él —deslizó su mano hacia la de Jake y la tocó de forma ligera, titubeando. Los

ojos de ella se encontraron con los de él y se estremeció ante la intensidad que vio reflejada en ellos—. Yo nunca había conocido el amor... hasta ahora —dijo.

El no percibía el zumbido de la conversación que los rodeaba. Sólo oyó su voz, sólo veía su rostro. Sintió que la cabeza le daba vueltas ante lo que ella acababa de reconocer. Sus dedos rodearon los de ella y se contrajeron con ansiedad.

Había palabras que él nunca había pronunciado y nunca había sentido. Le sorprendió que en ese momento hubiera podido decírselas a ella, con tal sinceridad. Pero guardó silencio. Tenía un cierto presentimiento respecto al viernes. Debía encontrar una forma de decirle la verdad antes de entonces.

Después de comer, fueron al cine, recorrieron el centro comercial dos veces y por fin terminaron en el boliche. Sin embargo, todas las mesas estaban ocupadas, así que se sentaron a beber café y a ver jugar. Él la llevó a su casa tarde. Se detuvo en la puerta de su apartamento y la besó apasionadamente.

—No, no entro contigo —murmuró, poniendo un dedo en los labios de ella—. Es demasiado arriesgado.

Ella lo miró, preocupada.

—Jake, yo podría...

—Sería como violarte, ¿no comprendes? —preguntó él—. A menos que tú sintieras que es lo correcto, tendría yo que forzarte. Y jamás podría hacerte eso. Ahora, vete a la cama. Vendré por ti por la mañana e iremos a la iglesia, ¿te parece?

Ella sonrió.

—Muy bien.

Él le tocó la punta de la nariz, le guiñó un ojo y se alejó silbando. Los siguientes días fueron mágicos. Iban a todas partes juntos, excepto al trabajo y ella no lo veía allí ya para nada, lo cual la sorprendió. El jueves por la tarde, él estaba en el jardín cuando ella llegó.

—¿Por qué ya no te he vuelto a ver en la fábrica? —preguntó al bajar del automóvil.

Él sonrió.

—Estoy de vacaciones, ¿no lo sabías? —la besó con suavidad—. Y no, no soy el culpable al que pescaron haciendo cosas al jet MacFaber, por si te queda todavía alguna duda.

Ella movió la cabeza de un lado a otro.

—Oh, no —dijo con suavidad—. Ya me enteré de eso hace varios días. No estoy segura de cómo lo supe, pero así es... —lo miró con profunda admiración—. No me importa quién seas, ni lo que hagas.

Eso era evidente y lo hizo sentirse como un gigante. Al mismo tiempo, lo hizo sentir un terrible remordimiento. Él sabía ahora muchas cosas sobre ella. La más importante era que ella jamás había sido una espía y que nunca había engañado a nadie. La miró y notó su frente sudorosa.

—¿No te quieres acostar conmigo al sol unos minutos? —preguntó—. Todavía faltan varias horas para que oscurezca, pero ya es lo bastante tarde para que no nos quememos. Ella sonrió alegremente.

—Me encantaría. Tengo un bikini que nunca me he puesto —se ruborizó—. Es demasiado pequeño para mi gusto... —su sonrisa se desvaneció—. Pensándolo bien, tal vez sea mejor que no me lo ponga, ¿verdad?

Él frunció el ceño y sonrió.

—Creo que deberías ponértelo. No me gusta decirte esto, pero yo no me pongo nada cuando tomo el sol. No me gustan las rayas blancas.

Ella comprendió que había dejado de respirar. Se limitó a mirarlo, asombrada.

—No tienes que mirarme —le prometió él con malicia—. Y saldré envuelto en una toalla. ¿Será eso suficiente para tu exagerada vergüenza?

—Nunca he tomado el sol con un hombre desnudo.

—Hay una primera vez para todo —se echó a reír al ver la expresión de ella, antes de entrar en su apartamento—. Nos vemos aquí dentro de diez minutos.

8

ELLA no estaba muy segura de que debía hacer eso, pero la intimidad entre ellos había aumentado desde que confesara sus sentimientos hacia él.

Él le habló de sus aventuras antes de llegar a MacFaber, sobre los lugares que conocía y las cosas que había hecho en ellos. Maureen escuchaba fascinada.

Se preguntaba de vez en cuando cómo podría un hombre con ese tipo de experiencia sentar cabeza y quedarse en un solo lugar. Eso la preocupaba. A menos que él la amara, su relación estaba destinada al fracaso, pensó, con tristeza. Su amor por él no sería suficiente a la larga.

Se puso el diminuto bikini negro que había comprado obedeciendo a un impulso y se miró en el espejo. Tenía un buen cuerpo, al menos, aunque no fuera hermosa. Se ruborizó al recordar que Jake la había visto prácticamente desnuda aquella mañana. No había realmente razón para que ella sintiera timidez... excepto que él iba a quitarse la ropa y eso la hacía estremecerse.

Levantó la vieja manta que usaba para tomar el sol y la llevó afuera. Se quitó las gafas en el camino, para que no le quedaran marcas alrededor de los ojos.

Extendió la manta y se sintió agradecida de nuevo de que su pequeño jardín posterior estuviera tan aislado. Estaba rodeado por una alta valla y más allá de ella había una vasta arboleda. Nadie se acercaba nunca por allí... probablemente porque el conjunto más cercano era un complejo de viviendas para personas jubiladas, de edad avanzada, y no se permitía a niños en él.

Se tendió boca abajo y, minutos más tarde, Jake salió con una toalla beige envuelta alrededor de sus esbeltas caderas.

Maureen cerró los ojos con fuerza. Escuchó la suave risa de él cuando soltó la toalla, la extendió y se recostó boca abajo junto a ella.

—¿Estás planeando someterte a terapia psiquiátrica después de tu noche de bodas? —preguntó con sequedad.

La inquietó que él hubiera dicho "tu" noche de bodas, en lugar de "nuestra" noche de bodas. Abrió los ojos, pero veía todo borroso, excepto el rostro moreno de él.

—No sé —contestó con voz suave—. ¡Lo siento!

—Te acostumbrarás a mí. Anda, déjame ayudar a quitarte eso.

Antes que ella pudiera hablar, los largos dedos de Jake habían soltado las cintas del bikini, con toda naturalidad. Segundos más tarde se encontraba tan desnuda como él. Ella se puso tensa, pero cuando él se tendió de nuevo y suspiró, cerrando los ojos, sintió que la tensión desaparecía.

—¡Caramba! —murmuró ella, sintiéndose lánguida y extrañamente sensual.

—Es una delicia, ¿verdad? Yo solía tener muchas reservas. Pasé un tiempo en la Riviera, y simplemente no te puedes dar el lujo de practicar el recato en un yate, cuando todos los demás ocupantes toman el sol desnudos.

Ella volvió la cabeza hacia él y abrió los ojos, llenos de curiosidad.

—¿Qué estabas haciendo en un yate en la Riviera? —preguntó.

Se produjo un tenso silencio durante el cual él permanecía inmóvil, maldiciéndose a sí mismo y preguntándose cómo iba a salir de esa tonta trampa que él se había tendido sin darse cuenta.

—¡Oh, ya entiendo! —dijo Maureen con una sonrisa—. ¡Trabajabas como mecánico en el yate!

—Exacto —asintió él en la mayor tranquilidad que pudo.

—¿Te ha gustado siempre la mecánica? —insistió ella, tratando de no fijarse en las duras y perfectas líneas del cuerpo masculino tendido junto a ella.

—Me gustaba desbaratar las cosas cuando era muy joven —murmuró.

—Apuesto que a tus padres les encantaba eso.

Él frunció el ceño un poco.

—¿Cómo dices?

—Bueno, me refiero a que debes haber desarmado relojes, lámparas y cosas así.

El se movió un poco.

—Yo no vivía en casa. Estaba en la escuela.

Los ojos de ella se clavaron en el rostro de él.

—¿En un internado? —preguntó, titubeando.

—Estaba en una escuela para chicos delincuentes. Me metí en problemas con la ley cuando tenía unos trece años y mis padres me echaron de casa.

—¡Oh, Jake! —murmuró ella con suavidad, extendiendo una mano hacia él.

—¡Dios mío, tú haces que yo me abra de capa contigo! —murmuró él—. Nunca había dicho esto a nadie.

—Entonces, debo sentirme muy orgullosa, ¿no? —preguntó con una sonrisa.

Él suspiró y se volvió de lado para mirarla a la cara. A pesar de que Maureen intentaba desviar la vista, no lo consiguió. Sus ojos descendieron hasta la parte inferior de su cuerpo aunque enseguida volvieron a clavarse en el rostro masculino.

—Anda, mírame si quieres —dijo él con gentileza—. No soy vergonzoso... al menos, no lo soy desde que adelgacé más de veinte kilos.

—No puedo imaginarte gordo.

—Pues era realmente gordo, nena —se volvió boca arriba y se estiró con movimientos perezosos, disfrutando del sol que bañaba su cuerpo. Cerró los ojos, para dar a Maureen la oportunidad de mirarlo sin timidez.

Y así ocurrió. Sus ojos se fijaron en él sin que ella pudiera contenerse. Jake tenía una hermosa figura. El espeso vello negro cubría su cuerpo bronceado hasta sus fuertes y largas piernas.

Su evidente masculinidad hizo que ella se sintiera débil de pies a cabeza. Él estaba lo bastante cerca de ella como para que no lo viera borroso, y descubrió algo que la escandalizó, cuando su cuerpo viril empezó de pronto a reaccionar ante su mirada.

Jake la estaba observando, incorporado sobre los codos, de tal modo que podía ver el rostro de ella. Lo miró a los ojos y comprendió entonces que ella se había dado la vuelta también y él podía contemplar todo su cuerpo.

Lo extraño fue que ella no sintió deseos de ponerse de nuevo boca abajo o de cubrirse. Le pareció lo más natural estar así con él.

—Ven aquí, pequeña —dijo Jake con suavidad—. Deja que suceda.

Ella tembló cuando las manos de él la colocaron con gentileza sobre cuerpo. Sintió que todo el cuerpo le cosquilleaba cuando notó los músculos cálidos y el áspero vello contra su piel suave, pero cedió sin una sola protesta.

Jake bajó la boca de ella hacia la suya y la besó como nunca lo había hecho, con ternura, con dolorosa calidez. Sus manos se deslizaron sobre ella para colocarla entre sus muslos, en un abrazo que era escandalizante, dulce y glorioso.

—Oh, sí —suspiró él con voz ronca.

Sus manos se dirigieron a la base de la espalda de ella y la retuvieron contra él en total intimidad, mientras su boca acariciaba la suya con enloquecedora lentitud.

Maureen posó sus manos sobre el rostro masculino y le devolvió los besos con la misma intensidad.

Jake la puso boca arriba y la miró a los ojos mientras la acariciaba. Se quedó durante unos momentos tocando sus firmes senos en completo silencio. Maureen se aferró con una mano a la muñeca de él y lanzó una exclamación ahogada.

—Vas a pertenecerme dentro de unos cuantos minutos —murmuró él con gentileza—. Tengo que saber cómo debo actuar contigo. Relájate... —ella lo hizo, temblando en tanto él la besaba y la exploraba cuidadosamente—. No quiero lastimarte mucho —murmuró.

Los ojos de ella se abrieron cuando la boca masculina descendió hacia sus senos y la hizo retorcerse con el más dulce tormento sensual. Gimió y se mordió el labio para reprimir el sonido.

Él la besó con lentitud al tiempo que sus caderas empezaban a moverse contra ella. Maureen gimió de nuevo, porque él estaba usando no sólo su boca, sino su cuerpo entero... sus manos, sus piernas, sus caderas... como instrumentos de placer.

Ella, inconscientemente empezó a moverse al mismo ritmo que él. Al darse cuenta, apretó los labios con fuerza. Entonces lanzó una leve exclamación ahogada y se estremeció.

—Sólo unos segundos más, pequeña —murmuró él, y su mano

oprimió con suavidad su cabeza—. No te resistas... ¡eso es, así!...

Maureen tragó saliva y respiró con rapidez.

—No estoy... protegida —logró decir, mientras la primera oleada de placer empezaba a invadirla.

—Lo sé —murmuró él. Sus dientes apresaron el labio inferior de ella y lo mordisquearon con gentileza. Su boca se movió contra la suya entreabriendo los labios—. Quiero un hijo —agregó.

Ella comenzó a ver todo de un modo distinto, al tiempo que oía penetrantes sonidos, murmullos feroces, respiraciones agitadas, leves gritos que escapaban de su garganta cuando el nuevo y creciente placer empezó a ascender dentro y alrededor de ella.

Maureen, inconscientemente, gritó su nombre y entonces empezó a sollozar, porque las grandes olas de deseo no le permitían ocultar sus verdaderos sentimientos durante más tiempo.

Él dijo algo que ella no alcanzó a oír y se puso rígido, mientras exhalaba el aire y se hundía en ella.

Maureen percibió el peso de él, la humedad del cuerpo de ambos las gotas de sudor que corrían por su rostro. Percibió también el agotamiento y un placer exquisito, que era lo más maravilloso que le había pasado hasta ese momento.

La boca de él rozó con ternura su oreja, al murmurar:

—Juntos producimos realmente música. El sonido de dos almas unidas en el éxtasis.

Maureen le acarició el rostro y abrió los ojos para mirarlo.

—Te amo —murmuró con aire cansado.

—Lo sé —añadió él y se inclinó y la besó en los labios una vez más—. Ahora tienes que casarte conmigo —dijo en tono suave—. Me has comprometido. Un hombre tiene que proteger su reputación. No puedo permitir que las mujeres me señalen con el dedo y murmuren a mi espalda que soy un hombre fácil.

Ella rió de puro deleite y lo abrazó con fuerza, hundiendo la cara en su cuello húmedo.

—Me casaría contigo en este mismo momento, si pudiera.

—Nos casaremos el lunes —sugirió él—. Nos haremos análisis de sangre y obtendremos todos los papeles...

—Tendré que pedir permiso en la oficina.

—No, no será necesario —la besó de nuevo, con ansiedad. Su sangre empezó a correr con fuerza por sus venas. Levantó la cabeza

y la miró con seriedad—. Vamos a bañarnos. Después te quiero en una cama. Ella se estremeció ante la perspectiva.

—¿Otra vez?

—Sí.

Él se levantó y se puso de pie. Se agachó y la levantó también a ella.

Después la tomó en brazos con ternura, con mirada de adoración, la llevó a su apartamento y cerró la puerta.

Se durmieron al fin, pasada la medianoche. Maureen despertó a la mañana siguiente con los músculos doloridos y claros recuerdos de la larde y la noche anterior. Apenas si pudo sentarse, de tan temblorosa que estaba. Sus ojos se fijaron en un pedazo de papel que había sobre la almohada, y en el cual estaba escrito algo.

No hay problema si llegas tarde a trabajar. A tu jefe no le importará. Te veré después del vuelo de prueba. Búscame en la oficina de MacFaber. Jake.

Ella sonrió y se llevó el papel a los labios. Vio algo más al reverso y dio vuelta al papel. Lo que había escrito allí hizo que contuviera el aliento.

Si no estás embarazada esta mañana, no es culpa mía.

Ella se echó a reír. Así que lo había dicho en serio. No había sido una declaración nacida de la pasión, o hecha para hacerla bajar la guardia. Se estiró y fue a mirarse en el espejo, para comprobar que no había cambiado. Era la misma, excepto por sus sentimientos. Se ruborizó y tomó prestada una bata de él, para volver a su propio apartamento y vestirse para ir a trabajar.

Ella siempre había pensado que su conciencia no la dejaría vivir tranquila, si se acostaba con un hombre con el que no estaba casada. Pero Jake quería casarse con ella. Y ella lo amaba, aunque él no hubiera sido muy explícito respecto a sus sentimientos.

Se iban a casar dentro de tres días y él quería tener hijos con ella. Todo saldría bien. Iba a ser la esposa de Jake Edwards.

Abrazó ese pensamiento contra su pecho y corrió adentro para vestirse. Dirigió una mirada triste a la manta que estaba todavía sobre el césped, donde habían hecho el amor por primera vez. Salió

a recoger la manta, la toalla de él y su bikini, y los llevó adentro.

El vuelo de prueba estaba ya en plena realización cuando llegó a la fábrica. Habían llevado el jet Faber, a las principales oficinas administrativas, para su segundo vuelo de prueba, y la gradería del patio estaba repleta de visitantes. Entre ellos, sabía Maureen, debía estar el evasivo señor MacFaber en persona.

—¿Cómo va? —preguntó Charlene casi sin aliento, colocándose junto a ella.

—Hasta ahora, muy bien —Maureen cruzó los dedos.

—Pareces muy primaveral y alegre esta mañana —sonrió Charlene mirando con aprobación el vestido verde que se había puesto y su pelo largo y suelto—. Estás absolutamente radiante.

Maureen sonrió.

—Estoy locamente enamorada de uno de los mecánicos —confesó—. Vamos a casarnos.

—¿Uno de los mecánicos?

—Es un hombre encantador y no me importa que gane poco dinero —aseguró a su amiga.

—No lo decía por eso —Charlene sonrió con dulzura—. Es que fue uno de los mecánicos el causante del problema y arrastró con él al señor Blake. MacFaber estuvo en su oficina esta mañana y llamó al señor Blake. Yo no estaba escuchando, ¿sabes? Pero la puerta de la oficina se encontraba entreabierta y...

—¡Bueno cuéntame!

—El cuñado del señor Blake decidió no hacer un cambio indicado por el nuevo diseño. Él trabajaba en la fábrica donde estaban armando el jet Faber —hizo una mueca—. El señor Blake tuvo que decírselo a MacFaber antes que algo terrible sucediera. Él ha sido depuesto de su cargo y su cuñado despedido.

—¡Caramba! —exclamó Maureen, con una mezcla de pena por el señor Blake y de alivio porque Jake no había sido el responsable del problema—. Con razón veía yo tan preocupado al señor Blake —eso la hizo pensar en su propia situación—. Bueno, ¿y ahora con quién voy a trabajar yo? —preguntó—. ¿No me han despedido a mí?.

—Claro que no. Pero no vas a saber con quién vas a trabajar hasta que MacFaber contrate a alguien para sustituir al señor Blake,

—¿Ya conociste por fin a MacFaber? —preguntó y añadió en tono de broma—: ¿No es un simple nombre... un hombre de paja?

—¿Que si lo he conocido? —Charlene levantó los ojos al cielo y lanzó un silbido—. ¡Caramba, si no estuviera ya comprometida en matrimonio!...

—Pero tú dijiste que era viejo y feo —protestó Maureen con el ceño fruncido.

—Así me pareció cuando lo vi en la otra ocasión. Pero ha adelgazado y se ha bronceado.

—Parece fascinante, por lo que dices —sonrió Maureen.

—Es fascinante, excepto por su genio —dijo la otra chica con tristeza—. Puedes oírlo a dos oficinas de distancia cuando se enfada,

—Bueno, es su compañía. Supongo que lo habrá alterado mucho lo que sucedió al jet Faber.

Señaló hacia el cielo, donde el pequeño jet privado se movía como una graciosa ave plateada, esbelta, elegante y muy maniobrable en las experimentadas manos de su piloto.

—Vaya, vaya... —suspiró Maureen—, parece que tenemos un triunfador en las manos.

—Así parece —convino Charlene, sonriendo con alivio—. Gracias a Dios. Tal vez esto calme un poco al viejo.

—¿Es realmente viejo?

—Poco menos de cuarenta años, supongo.

—¿Viste al detective? —preguntó Maureen de pronto.

—Sí, claro que lo vi —suspiró—. Otro hombre guapísimo. Es alto moreno y muy, muy sexy. Se me erizó el cuerpo cuando habló conmigo. Desde luego, soy una mujer comprometida —añadió muy seria.

—Eso no te quita el derecho de mirar —comentó Maureen, sonriendo.

—Así es, exactamente. ¿Por qué quieres saber cómo es el detective?

Maureen no contestó. No podía decirle a Charlene que pensaba que iba a casarse con él. No era una cosa segura todavía que Jake fuera el detective, pero Maureen tenía sospechas definitivas al respecto.

Charlene se fue cuando el jet empezaba a descender. Maureen observó el ave plateada aterrizar y suspiró al notar su gracia y su belleza. Gracias a Dios había funcionado esta vez.

Volvió a entrar con la esperanza de que no fueran a despedirla en vista de que el señor Blake había sido depuesto de su cargo. Tuvo la repentina y aterradora idea de que el señor MacFaber podía culparla a ella también. Podía pensar que Blake había confiado en ella y que hizo muy mal en no comunicar eso a un superior.

No había mucho que ella tuviera que hacer en la oficina. Jake le había dicho que lo buscara en la oficina de MacFaber, pero ella no se atrevía a hacerlo. Todos parecían estar afuera, felicitándose unos a otros por el éxito obtenido en el vuelo. ¿No estaría Jake con MacFaber?

Se arregló un poco en el tocador, con el corazón palpitante. Después de la noche anterior, temía no poder mirar a Jake a la cara sin ruborizarse. Sin embargo, se recordó que iba a cumplir veinticinco años esa semana, y era una mujer autosuficiente.

Se preguntó si Jake se sentiría igual. Debía ser así, porque quería casarse con ella y que tuvieran hijos. Su mente se nubló de sueños deliciosos. Podían vivir en el apartamento de él e ir al trabajo juntos. Irían al cine y él podía observar cómo trabajaba en su pequeño jardín. Sería un padre maravilloso. Él había estado solo durante mucho tiempo.

Llamó a la puerta de la oficina de MacFaber y oyó a Charlene decir:

—¡Adelante!

Entró y miró con timidez el ceño fruncido de Charlene.

—Se supone que debo encontrarme con él aquí —murmuró, mirando hacia la puerta cerrada que conducía a la oficina privada del jefe de Charlene.

—¿Con quién? —preguntó Charlene.

—Con mi prometido. Dijo que nos veríamos en la oficina del señor MacFaber después del vuelo de prueba.

—Oh —Charlene parecía todavía desconcertada—. ¿Estás segura?

Maureen se acercó más al escritorio, sintiéndose nerviosa.

—¿Está el detective con él? —preguntó titubeante.

Charlene sonrió.

—Pues no sé. Tuve que salir por unos momentos. Así que ese es tu gran secreto. El detective, ¿eh?

—Ha sido muy buen espía —le aseguró Maureen, con los ojos

centelleándole tras las gafas—. Y una persona maravillosa. Puedes venir a la boda. Va a ser el lunes. ¡Vamos a tener varios hijos y a vivir siempre felices!

—Parece un cuento de hadas —comentó Charlene, sonriendo—. Sé cómo te sientes, Maureen —añadió—. Así fue para mí los primeros días después de comprometerme. Pensé que nunca iba a suceder. Espera un segundo.

Tocó el botón del intercomunicador.

—¿Señor MacFaber? Aquí hay una joven que quiere ver al detective. Dice que le pidió que se encontrara con él aquí.

—Que pase.

La voz era profunda y ahogada. Maureen tomó una gran bocanada de aire y cruzó los dedos al mirar a Charlene.

—No muerde —le aseguró Charlene. Le sonrió tranquilizadora —, Te va a simpatizar. Ahora, entra ahí y ve por tu chico. ¡Vamos, muchacha, debes tener valor!

—Eso es lo que me falta, pero lo intentaré. Deséame suerte.

—Claro que lo haré.

Maureen alcanzó el picaporte de la puerta y le dio la vuelta con lentitud. Entró titubeante en la amplia y elegante oficina de Joseph MacFaber. Fue como entrar en otro mundo. Todo en el interior hablaba de riqueza y posición. Desde el escritorio de roble pulido y los grandes sillones de piel, hasta la espesa alfombra y la decoración en beige y marrón, que mostraba el toque peculiar de un decorador profesional.

Más allá del escritorio se veía una enorme silla de piel, mirando en ese momento hacia los anchos ventanales que daban al campo de pruebas. Ella no podía ver al hombre que estaba sentado en ella.

—Yo... pues... lo siento, pero debía encontrarme con Jake Edwards aquí, señor MacFaber —dijo con lentitud.

Era más difícil de lo que él había imaginado. Siguió mirando por la ventana. Ni siquiera reconocía la voz de la mujer que él conocía. Era como si su posición lo hubiera elevado hasta dejarlo fuera de su alcance, hasta hacerlo inaccesible.

—¿Señor MacFaber? —preguntó ella de nuevo, más nerviosa que nunca, porque él no parecía darse cuenta de su presencia.

—Sí —dijo con voz cansada y familiar desde la silla—. Yo soy MacFaber.

E hizo girar la silla.

9

MAUREEN sintió que la sangre desaparecía de su rostro. Debía estar soñando, pensó. El hombre que estaba sentado en la gran silla se parecía a Jake Edwards, pero vestía un traje muy costoso azul marino con rayas muy pequeñas y una camisa de seda blanca, con una corbata estampada, también de seda. Parecía un hombre autoritario y rebosante de dinero.

—Sabía que esto iba a producirte una fuerte impresión —reconoció él en voz baja, sin sonreír—. Pero creo que podemos hacer frente a la realidad.

—¿A la... realidad?

Él sacó un cigarrillo de un estuche metálico y lo encendió con un encendedor de oro.

—Siéntate.

Ella lo hizo, porque estaba a punto de caer al suelo. El corazón le palpitaba con fuerza. Tenía los ojos muy abiertos, con expresión de asombro y en ellos sé reflejaba un profundo dolor.

—Tú no puedes ser él —murmuró.

—¿Por qué no? —se encogió de hombros—. Alguien estaba tratando de sabotear mi maldito avión. Pensé al principio que tú podías saber algo, así que te invité a salir y empecé a cortejarte —aspiró el humo de su cigarrillo—. Pero pronto se hizo evidente que tú no eras el tipo de mujer capaz de hacer algo tan deshonesto.

—Entonces, ¿por qué seguiste viéndome? —preguntó ella.

Su mundo se estaba derrumbando a pedazos y quería gritar. Se había entregado a un hombre que tenía todas las mujeres que deseaba y sus sueños de un futuro con él se habían convertido en cenizas. Este hombre no querría a una mujer como ella ni en un millón de años.

—Me había acostumbrado a ti —repuso él con voz suave—. Me gustaba estar contigo. Me diste lecciones de honestidad, de orgullo y de compasión. Hasta ahora nadie me había aceptado por lo que soy sino por lo que tengo.

—Yo no sabía quién eras —dijo ella con trémula sonrisa—. Podías habérmelo dicho.

—Quería hacerlo, pero no podía correr el riesgo. Era posible que dijeras algo a Blake antes que tuviera oportunidad de acorralar a su cuñado.

Ella levantó el mentón.

—No confiaste en mí.

—Nena, yo no suelo confiar en nadie —dijo él, torciendo los labios—. Es algo que no hago desde que estuve en el reformatorio. Sin embargo, tú me has puesto una venda en los ojos.

Ella cerró los ojos para que él no viera su dolor.

—Espero que haya valido la pena el tiempo que ha invertido en mí, señor MacFaber.

—No soy el señor MacFaber para ti.

—Tampoco Jake Edwards.

—Me llamo Joseph. Jake es un apodo que me puso el único amigo que tengo en el mundo. Edwards era el apellido de soltera de mi madre.

Maureen no pudo llorar. No se atrevió a llorar. El se levantó de la silla y se sentó en el escritorio.

—En cuanto a que valgas la pena —prosiguió con una voz fría como el acero—, eso suena vulgar y no me gusta. Nunca te he usado, ni ha sido mi intención hacerlo. Todavía tengo intenciones de casarme contigo.

Ella se quedó con la boca abierta durante un segundo.

—No puedes hablar en serio —murmuró—. ¡Caramba, tú eres!...

—Soy un hombre —replicó él en voz baja, con sus ojos oscuros clavados en los de ella—. Estoy solo y no me gusta. Tú también estás sola. ¿Por qué no íbamos a casarnos?

—¡Porque tú no me amas!

—¿No? —murmuró—. ¿Se te ocurre alguna otra razón para que haya seducido a una virgen?

Ella se puso roja y desvió la mirada.

Cuando llegaron al restaurante, se encontraba realmente

cansada y le dolía todo el cuerpo, a pesar del placer que él le había hecho sentir la noche anterior. Ella se aferró a él, pero él la retiró con gentileza, con una sonrisa triste. No parecía afectado.

—Arregla tu maquillaje, nena —murmuró y sonrió al ver la expresión de abandono que ella tenía—. Supongo que no desearás llamar la atención, ¿verdad?

—Eres... increíble —dijo ella con voz temblorosa, mientras trataba de retocar su maquillaje, mirándose en un pequeño espejo de mano—. Ni siquiera te avergüenza haberme hecho caer en la trampa, haberme engañado...

—A ti no te importa un comino lo que haya hecho —murmuró él, mirándola con expresión perezosa—. Me amas demasiado como para que te preocupe lo que he hecho. Y te casarás conmigo por la misma razón.

—Eres un vanidoso y un... —empezó a decir.

Él tocó su boca con un dedo.

—¿Crees eso? ¿Qué tal si te obligo a tumbarte en este asiento y mando a Harry a caminar por un buen rato?

—¡No te atreverías! ¡Delante de un restaurante!

—Tenemos cortinas —comentó él, indicándolas. Sus ojos se empequeñecieron con expresión juguetona—. Desde luego, vas a tener que morderte la lengua para contener esos excitantes ruiditos que haces cuando te poseo.

El rostro de ella se encendió.

—¡Jake!

El se echó a reír.

—No. No te haría eso. No aquí. Pero muerdes el anzuelo divinamente, pequeña —se inclinó y le besó la nariz—. Ahora, deja de preocuparte. Ya hemos avanzado más que la mayor parte de las parejas comprometidas. Vamos a tomar champaña y a brindar por nuestro futuro.

—¿Crees realmente que tenemos un futuro? —preguntó ella con tristeza—. No soy la mujer adecuada para un hombre como tú.

—¡Tonterías! Vamos...

Harry abrió la puerta y Jake la ayudó a bajar. Cuando la llevó al restaurante, Maureen sintió todos los ojos clavados en ella. Probablemente la mitad de la gente que había allí conocía a MacFaber y se estaba preguntando qué hacía con aquella mujer tan

corriente. La mayor parte de las mujeres llevaban puestos vestidos de conocidos diseñadores y carísimos diamantes. Maureen no necesitaba que nadie le dijera que en un restaurante como aquel, no se preguntaban los precios antes de pedir.

Los condujeron a una buena mesa, donde MacFaber procedió a pedir para ella con asombrosa tranquilidad. Sentía como si él ya se hubiera apoderado de su vida totalmente, y que estaba destinada a ser nada más que una posesión durante el resto de sus días.

Cuando había soñado en casarse con él, esto no formaba parte de su sueño. Ella había construido sus sueños en torno a un hombre que trabajaba en un empleo ordinario, le gustaban las mismas cosas que a ella y llevaba una vida normal. Pero no iba a casarse con Jake Edwards. Iba a casarse con un potentado acostumbrado a dar órdenes a todo el mundo. ¿Cómo iba ella a sobrevivir a eso?

—Deja de estar malhumorada —dijo él, en tanto ella daba vueltas con el tenedor a la comida que había en su plato—. No me han salido colmillos en la última hora.

—Lo siento —murmuró con voz apagada—. Ha sido una impresión muy fuerte. Al principio, estaba segura de que eras el saboteador; después me convencí de que eras el detective que trataba de sorprenderlo. Jamás se me hubiera ocurrido que fueras el propio señor MacFaber.

Él tomó un sorbo del excelente vino que le habían servido con el pescado y la miró por encima de su copa.

—Mi familia era muy rica —dijo él—, pero el dinero nunca me ha hecho feliz. Mis padres se odiaban entre ellos y me odiaban a mí, y tuve una niñez que no le desearía ni a mi peor enemigo. Si no hubiera sido por un policía particularmente comprensivo, que me tomó bajo su protección, ni el dinero habría bastado para salvarme.

Ella movió los hombros y bebió su café.

—Pero yo tenía una imagen completamente diferente de ti. Y de lo que sería el estar casada contigo —le dirigió una trémula sonrisa —. Yo no me llevo muy bien con la gente. No sé cómo usar los cubiertos en una cena elegante. Me veo como lo que soy: una mujer común y corriente, de clase media. Tus amigos se preguntarán si te has vuelto loco. Yo no encajo en tu mundo.

Era lo mismo que él se había preguntado al principio, y todavía tenía algunas dudas. Pero le gustaba estar con Maureen. Ella lo

llenaba como ninguna otra mujer lo había hecho, era buena compañera y lo bastante saludable como para darle un heredero. Se reclinó en la silla y observó el rostro de ella.

—Tengo sólo un amigo —comentó—. Se llama John Abernathy y vive en Phoenix. A él le simpatizarás mucho —su boca sensual se curvó en una sonrisa—. En cuanto al resto, vas a aprender pronto una lección. Soy endemoniadamente rico, como sabes. La gente suele no ver los defectos de la gente que puede hacerle favores.

—Hablas como un cínico.

—Soy cínico —afirmó él. Acabó el contenido de su copa y dejó ésta sobre la mesa—. La vida me ha hecho así. Tú eres el único ser humano que conozco, aparte de John, a quien en ningún momento le ha importado mi dinero.

—Yo no sabía que eras rico. Tal vez habría sido diferente si te hubiera conocido como te veo ahora.

Él frunció el ceño.

—¿Tratando de asustarme? —preguntó al comprender su temor —. No vas a lograrlo. Lo que me diste anoche me transformó por completo. No podría vivir sin seguir disfrutándolo, y es evidente que tú no estás educada para vivir en pecado con un hombre.

Ella se ruborizó.

—Podría volver a Louisiana...

—Hazlo. Tengo una oficina importante allí. Podría cambiar la matriz —sonrió ante la evidente irritación de ella—. Me gustan los mariscos frescos.

—No estás siendo razonable.

—El serlo nunca me ha llevado a ninguna parte —hizo una pausa y cuando el camarero se acercó con el carrito de los postres, añadió—: Toma un postre.

Ella eligió un pastelillo francés y lo comió mientras él disfrutaba de una sabrosa tarta de cereza.

—¿Lo ves? —suspiró Maureen—. Ni siquiera nos gustan los mismos postres. Casarme contigo sería un desastre. Terminaríamos divorciándonos.

—No, no será así. Yo no creo en el divorcio, así que si te casas conmigo, es para siempre.

—Me sentiré muy extraña conduciendo un Rolls-Royce.

—Nena, tú no vas a conducir el Rolls. Harry se encarga de eso.

Una vez choqué contra dos postes de teléfono, así que mis directivos me rodearon y amenazaron con renunciar en masa si volvía a hacerlo. Así que contraté un chofer.

—Entonces, deben de quererte bien —sugirió ella.

—No, lo que quieren es que siga manejando la compañía... —corrigió él—. Ha producido muchos beneficios desde que está en mis manos, y he hecho algunas innovaciones de éxito en los diseños existentes.

—¿Tú mismo haces el cambio en los diseños? —preguntó ella con curiosidad.

El se echó a reír.

—Desde luego que no. Tengo un excelente grupo de diseñadores y algunos genios de la electrónica. Todo lo hacemos en conjunto. El resultado final se debe a todos nosotros, no a una sola persona.

Ella comprendió ahora cómo había crecido su compañía y por qué. Era un hombre que trabajaba en equipo, no un autócrata.

—¿Por qué te alejaste de la compañía tanto tiempo?

Él suspiró.

—¿No te han contado que mi madre se mató en un accidente automovilístico y que yo iba conduciendo?

—Oí algo de eso. Lo siento mucho.

—Hasta entonces, yo estaba seguro de que odiaba a mis padres. Mi madre era una snob. Ella no tenía tiempo para la gente ordinaria y detestaba cualquier cosa que no fuera lo mejor en su clase. Por supuesto, yo no le gustaba nada, tampoco. Fuimos a una fiesta juntos y ella bebió más de lo que estaba acostumbrada a beber. Respiró profundamente y continuó:

—Discutimos sobre el vuelo de regreso a casa que íbamos a tomar al día siguiente. Ella se apoderó del volante. Estaba oscuro y dábamos la vuelta en ese momento en una curva muy cerrada —dejó caer sus amplios hombros—. Yo desperté en un hospital francés, con tres costillas rotas y algunas lesiones internas de poca gravedad. Cuando me dijeron que ella había muerto, creo que me volví un poco loco. Pasé el año siguiente haciendo las cosas más peligrosas y arriesgadas. No podía evitar sentirme responsable.

Ella deslizó su mano, titubeante, hacia las de él, y su contacto le produjo un cosquilleo.

—Tú no podías saber que ella iba a apoderarse del volante —la

mano de él rodeó los dedos de ella. Era una mano fuerte y tibia.

—Tal vez no —rió con amargura—. Solía pasarme las noches despierto, cuando era niño, tratando de explicarme a mí mismo qué había hecho para que mis padres me odiaran tanto. Jamás me prestaban mucha atención, a menos que hiciera algo terrible, o los avergonzara. Constantemente me preguntaba qué se sentiría al ser amado y deseado.

—Nuestros hijos lo sabrán —dijo ella, en voz baja y seria—. Y tú también.

Él tuvo que controlar con fuerza sus emociones para que no se desbordaran. Nunca había contado con tener a alguien a su lado que lo amara de forma abierta y que no se avergonzara de admitir ese tipo de debilidad. El todavía no podía hacerlo. No verbalmente. Había aprendido que la vulnerabilidad era fácil de atacar.

—¿Cuántos hijos vamos a tener? —preguntó él con sequedad, tratando de eludir el momento sentimental.

Ella sonrió con timidez.

—¿Cuántos quieres? —preguntó mientras Jake le acariciaba los dedos.

—Dos o tres, supongo —frunció el ceño—. Necesitamos ir a comprar los anillos.

Ella contuvo el aliento.

—¿Anillos?

—Un anillo de compromiso y dos argollas. ¿Has terminado ya?

Cuando ella asintió con la cabeza, él levantó una mano y el camarero apareció inmediatamente con la cuenta. Él la pagó y salieron al Rolls. Harry parecía estar siempre esperando con paciencia. Se dirigieron al joyero más famoso que había en la ciudad.

Maureen se fijó en un diamante pequeño, incrustado en aro de oro. Vio, por el ceño fruncido de Jake, que no iba a comprarle eso.

Con un profundo suspiro de resignación, Jake la colocó frente a un gran estuche donde estaban los juegos de boda más caros que había en la tienda.

—Nada de discusiones —dijo—. Tengo millones. Puedo comprar un buen diamante, y tú vas a lucirlo —agregó con testarudez—, aunque tenga que sentarme encima de ti, mientras el señor Tyler te lo prueba.

El señor Tyler, un hombre de edad que llevaba muchos años casado, sonrió expresando así su aprobación. El señor MacFaber era uno de sus mejores clientes, aunque esta vez era, ciertamente, la primera que el magnate de la aviación había comprado algo para una jovencita.

Maureen continuaba titubeando, pero él se impuso. Ella terminó con un diamante de dos quilates y un aro cubierto también de diamantes. El juego costó miles de dólares, pero Jake no parpadeó siquiera cuando entregó su tarjeta de crédito dorada al feliz joyero.

El anillo de Jake era un sencillo aro de oro.

—No sabía que te gustara este tipo de joyas —dijo ella en tono titubeante.

Él bajó la mirada hacia Maureen, en tanto el señor Tyler pulía y guardaba el juego de ella.

—¿Por qué no? —preguntó él con una leve sonrisa—. Es mi primer matrimonio, también.

Ella se encogió de hombros, pensando en algo que quería preguntarle, desde el momento en que supo quién era realmente.

—Jake, ¿qué me dices de la dama de América del Sur? —preguntó en voz baja, ruborizándose.

El señor Tyler volvió antes que él pudiera contestar. Les ofreció sus felicitaciones, junto con el talón de ventas y las joyas. Jake le dio las gracias, salió con Maureen del brazo y la ayudó a subir en el asiento trasero del Rolls.

—¿De regreso a la oficina, señor MacFaber? —preguntó Harry, una vez que estuvieron adentro.

—No —MacFaber aflojó su corbata con un profundo suspiro—. Tenemos media hora antes de volver. Llévanos por ahí, a dar una vuelta.

—¿Por las afueras de la ciudad? —preguntó Harry con expresión esperanzada.

—Por las afueras me parece muy bien, Harry —asintió MacFaber. Cerró la cortina con una sonrisa—. Detesta el tráfico —explicó a Maureen en voz baja—. En los años cincuenta era chofer de una banda de ladrones.

El rostro de ella se iluminó.

—¿De veras?

El se echó a reír.

—Cualquiera de las personas con las que estoy asociado se sentiría horrorizada si lo supiera.

—Oh, a mí me gustan los delincuentes. Siempre me han protegido tanto que no he conocido a ninguno, excepto al señor Dunagan, allá en Louisiana. Pasó dos años en prisión por falsificación. Pero no era un delincuente de poca monta, comparado con Harry, supongo.

El se apoyó contra el respaldo. Se sentía descansado y muy satisfecho. Abrió el estuche de las joyas y dijo:

—Dame tu mano.

Maureen deslizó su mano en la de él y vio cómo ponía el anillo de compromiso en su dedo. Era precioso, pero ese no era el lugar más apropiado para entregárselo. Se llevó la mano de ella a los labios y la besó con gentileza.

—Eres mía ahora —dijo, mirándola a los ojos—. Desde ayer por la tarde, tú me perteneces, y jamás te dejaré ir.

—Me alegro —murmuró ella casi sin aliento—. Trataré de ser la esposa que quieres..

—Tú sé solamente tú, nena —dijo él, sonriendo—. Con eso basta

Él olía a colonia cara. Ella hubiera querido acurrucarse en su regazo, cerrar los ojos y dormir, pero eso no resultaba elegante. Las mujeres no se acurrucaban en el regazo de los magnates de la aviación para dormir. No en el asiento trasero de un Rolls—Royce, durante las agitadas horas de trabajo, al menos.

—¿Qué estás pensando? —preguntó él.

—Que me gustaría recostarme en tus brazos y dormir —respondió y rió con timidez—. Ha sido una larga mañana.

—Y una noche corta —murmuró él, sonriendo con ternura al ver cómo se ruborizaba—. Ven aquí —abrió los brazos—. No puedo imaginarme algo que me guste más que eso.

Ella se apoyó en el regazo de él, aspirando su delicioso aroma con los ojos cerrados, mientras él le acariciaba el pelo.

—¿Jake?

—¿Huuum? —murmuró.

—¿Qué me dices de la dama de América del Sur?

Él rió con suavidad.

—No quitas el dedo del renglón, ¿eh? —levantó el rostro de ella hacia el suyo—. ¿Recuerdas lo que te dije acerca de los años que

hacía que no tenía relaciones íntimas con una mujer? —preguntó en tono gentil—. No estaba bromeando. Si quieres saber la verdad, hasta que tú apareciste en escena empezaba a temer que me había vuelto impotente. Nadie me excitaba... ni siquiera esa dama de América del Sur, aunque hizo grandes esfuerzos.

El rostro de ella se iluminó.

—¿De veras?

Él rió y se inclinó para besarla suavemente en la boca.

—De veras. Y ahora, no quiero a nadie más que a ti —suspiró—. Lo que haces conmigo en la cama es casi sagrado. Me haces desear tener una familia y una casa... ¡Dios mío, no tengo ninguna! —exclamó y se incorporó con tanta rapidez que casi la hizo caer.

—¿Una casa? —repitió ella.

—¡Una casa! Vendí la que tenía cuando me fui a Europa. El apartamento es el único lugar que tenemos para vivir —se separó de ella—. No, ese lugar no es suficiente. No podemos vivir en él. Los niños necesitan mucho espacio para jugar.

—Jake, no vayas a comprar nada terriblemente caro —dijo ella.

—No, claro que no —contestó él en tono indiferente—. No me gustan tampoco los lugares demasiado grandes y lujosos. Podemos quedarnos por el momento en el apartamento. Pero empezaremos a buscar casa mañana mismo.

—¿No te molesta Bagwell? —preguntó ella.

—Claro que no. Le haremos construir un gran aviario en el jardín, para que pueda pasar los meses del verano al aire libre. Eso va a gustarle.

Ella suspiró con alivio.

—¿En qué apartamento vamos a quedarnos antes de casarnos?

Él bajó la mirada hacia ella, con expresión solemne.

—Tú en el tuyo y yo en el mío —tocó la boca trémula de ella con un dedo—. Todavía me siento mal por la forma en que han sucedido las cosas, aunque no lamento ni por un segundo que nos hayamos entregado el uno al otro. Creo que debemos portarnos bien hasta que estemos legalmente casados.

—Eres muy convencional en algunos aspectos —murmuró ella, secretamente aliviada, porque su conciencia le había estado remordiendo, a pesar de la proposición de matrimonio.

—Siempre lo he sido. En algunos aspectos —reconoció él,

mirando su reloj—. Aunque detesto hacerlo, tengo que volver. Voy a estar ocupado toda la tarde y buena parte de la noche. Espérame despierta, para que pueda darte un beso de buenas noches cuando llegue a casa.

—Te tendré preparado algo de comer, si quieres.

Él negó con la cabeza.

—Cenaré fuera —frunció el ceño—. Cocinar es algo que no tendrás que hacer una vez que nos casemos. Me gusta tener un chef francés en la cocina. Tendremos doncellas, también, y un ama de llaves. Tendrás tiempo para disfrutar de la vida y hacer lo que quieras. No vas a seguir trabajando. Puedes escribir tu renuncia hoy mismo.

Maureen empezó a hablar, pero él ya estaba dando instrucciones a Harry. Ella se reclinó en su asiento, preocupada.

10

CHARLENE salió de la oficina de MacFaber y se dirigió a la de Maureen mientras su jefe estaba ocupado con el hombre al que había citado a la una. Lo hizo con el pretexto de ir a buscar una taza de café.

Cerró la puerta con rapidez tras de ella y se quedó de pie, moviendo la cabeza de un lado a otro.

—¿Conque era el detective, no? —recordó a su amiga, dirigiéndole una mirada de curiosidad.

Maureen tenía la cabeza apoyada en las manos y casi no levantó la vista.

—Tú no estás más sorprendida que yo. Primero pensé que era un espía industrial. Después creí que era un mecánico. Por último pensé que era el detective privado —miró a Charlene con expresión desolada—. No parecía un millonario.

—Con razón te pusiste pálida —observó Charlene, sonriendo—. ¡Caramba, el propio MacFaber, ni más ni menos! Te has convertido en la novena maravilla del mundo esta tarde, y yo soy una celebridad porque soy tu amiga —se echó a reír.

Maureen sonrió.

—Así parece a primera vista, pero es mucho más difícil vivir con el Príncipe Azul de lo que podrías imaginarte. Me llevó a comer a uno de esos restaurantes de lujo y la gente lo miraba como si se hubiera vuelto loco...

—MacFaber no está loco. Vuelve locos a los demás —le aseguró Charlene—. ¿Puedo ver tu anillo?

Maureen extendió la mano.

—Es increíble —exclamó Charlene con un suspiro.

—Mi vida es increíble —murmuró Maureen moviendo la cabeza

de un lado a otro—. No sé qué va a ocurrir. Lo amo, pero lo nuestro va a ser un verdadero choque de culturas.

—Todo lo que tienes que hacer es sonreír y gastar dinero —le aseguró Charlene.

Pero cuando se fue Charlene, la sonrisa de Maureen desapareció Tenía la impresión de que las esposas de los millonarios eran las personas más solitarias de la tierra.

Escribió su renuncia y, como no tenía a quién dársela, la dejó sobre el escritorio que fuera del señor Blake, y se fue a casa. Dio unas cuantas palmadas a su pequeño Volkswagen cuando subió en él. La invadió el repentino y helado pensamiento de que esa sería una de las bajas en su nuevo estilo de vida porque a Jake Edwards no le hubiera importado tenerlo en la cochera, pero estaba segura de que Joseph MacFaber no iba a quererlo junto al Rolls—Royce.

Era casi la medianoche cuando Jake llamó a la puerta de su cocina. Ella tenía puestos todavía los vaqueros y la camiseta. Estaba acurrucada en el sofá viendo la última película de la noche, puesto que al día siguiente era sábado.

—Tienes un aspecto horrible —dijo al cansado hombre que apareció en su puerta.

—Me siento terrible —contestó él, con voz ronca—. Acabo de salir de la última junta. No puedes imaginar lo complicado que es un error de producción que no se descubre en las primeras etapas de prueba.

Maureen retrocedió para dejarlo entrar en el apartamento. Llevaba la corbata aflojada y su chaqueta colgaba de su hombro en un dedo, la camisa estaba entreabierta.

—¿Quieres café, o prefieres recostar tu cabeza en mi regazo y dormir? —preguntó ella con gentileza.

Él la atrajo hacia su pecho y la besó con ternura.

—¿Puedo tener ambas cosas?

—Con mucho gusto.

Le sirvió una taza de café solo y lo vio recostarse junto a ella en el sofá. Tenía el pelo alborotado y en el rostro principio de barba. Parecía como si hubiera sido arrollado por un camión, y así se lo dijo. Él se echó a reír.

—Me imagino que me ves así, porque así me siento —bebió el café con los ojos apenas ligeramente abiertos—. Los análisis de

sangre son a las diez de la mañana. No debemos olvidarlo.

—No lo haremos —ella acarició su pelo alborotado y disfrutó de la libertad de tocarlo—. ¡Pobrecito mío!

Él tomó su mano y se la llevó a los labios.

—Nunca había tenido a alguien que me esperara al volver a casa —sus ojos oscuros buscaron los de ella—. Esto es maravilloso, Maureen.

—Me alegro. Yo tampoco había tenido nunca a nadie a quien esperar que llegara a casa. También para mí es maravilloso —dijo ella sonriendo—. Pensé que iba a vivir y morir sola —bajó los ojos hacia el cuello de la camisa de él y se asombró de lo fácil que era hablarle. No la turbaba la intimidad que compartían, porque le parecía correcta y natural—. Puedo ponerme lentes de contacto, si quieres —se aventuró a decir—. Mejorarían mucho mi aspecto.

—No necesitas mejorar —contestó él sonriendo también—. Me gusta cómo eres, incluso con gafas.

Eso animó a Maureen.

—¿Qué te parece, entonces, si me hago permanente y me tino el pelo de verde y rosa? Podría hacer fiestas alocadas, al estilo punk y lograr que tu nombre apareciera en los periódicos.

El se echó a reír.

Le sorprendía la facilidad con que reía con Maureen, cuando él casi nunca había reído antes de conocerla.

—No me importa lo que hagas —contestó—. Pero no me voy a teñir el pelo de rosa y verde como tú.

—Eso haría que tus empleados sintieran que estás más cerca de ellos.

—Por supuesto... y me devorarían en un abrir y cerrar de ojos.

Ella apoyó la cabeza contra el brazo de él, suspirando profundamente.

—Soy una persona diferente cuando estoy contigo —comentó en voz baja—. Haces salir a la luz cualidades que no sabía que tenía. En realidad, soy muy tímida con la gente, por regla general.

—Fuiste muy tímida anoche, gatita —le susurró al oído—. Al menos, la mayor parte del tiempo.

Ella se ruborizó y ocultó el rostro contra él.

—No hables de eso —volvió a levantar la mirada—. ¿Cómo pudiste ser tan tierno después de dos años sin una mujer? —

preguntó ella con voz ronca.

—Tú eras virgen —añadió con sencillez, rozando su boca con suavidad—. No podía poner mi propio placer por encima del tuyo, ¿no crees?

—Por lo que he leído, algunos hombres lo hacen.

—Yo soy muy cariñoso —murmuró él—. ¿No era lo que esperabas?

—En realidad, no —confesó ella con timidez—. Jamás me imaginé que pudiera ser una cosa así, y menos a la luz del día. .

—No había ningún peligro. Nadie nos visita nunca y no hay vecinos curiosos ni niños por aquí. Estamos muy aislados, en realidad. Disfruté más de lo que puedas imaginar. Pero quiero que sepas que no había planeado que eso sucediera entre nosotros. Nunca intenté llegar tan lejos, pero una vez que sentí tu cuerpo contra el mío, sin nada entre los dos, fue imposible detenerme.

Ella sonrió.

—Cada vez que recuerdo lo que hicimos anoche, te deseo de nuevo —murmuró.

Él le acarició el pelo, a la vez que la besaba suavemente en los labios.

—Yo te deseo, también —murmuró—. Pero esto es todo lo que vamos a hacer hoy. Si quieres poseerme de nuevo, vas a tener que casarte conmigo primero.

—Eso es chantaje —gimió ella.

—Llámalo como quieras —su boca mordisqueó la de ella un momento, antes que él se sentara y terminara su café—. No recuerdo haberme sentido nunca tan cansado como hoy. Tengo que dormir —bajó la mirada hacia ella con una sonrisa triste—. No quiero irme a casa, pero si me quedo aquí, vamos a estar juntos antes que amanezca. No puedo sentarme a medio metro de ti, sin sentirme como si ardiera.

—Eso es muy halagador.

—Y muy agotador también —sonrió él.

Ella se echó a reír, él se levantó y se estiró con aire perezoso.

—Puedes dormir hasta las nueve —le dijo—, y entonces te llamaré por teléfono. Iremos a hacernos los análisis y a solicitar licencia.

—Es sábado —le hizo notar Maureen.

—Soy millonario —le recordó él—, el dinero abre las puertas.

—Me lo imagino.

—Además, el sábado no es fiesta nacional. Ella le hizo una mueca.

—No esperes que yo piense. He tenido un día con demasiadas impresiones.

—Y una noche también bastante impresionante antes de eso, ¿no?

Ella lo miró furiosa.

—Tú no has sido siempre muy experimentado en eso.

—No, no lo he sido. La primera vez, me asusté tanto que salí corriendo —confesó él, echándose a reír—. No sé quién se sintió más escandalizado, si la mujer o yo.

—Es evidente que hubo una siguiente vez —murmuró ella, bajando los ojos—. Sabes demasiado para que hayas sido un hombre muy casto.

—Soy hombre. Tuve que aprender a serlo. Pero nunca he dejado embarazada a ninguna mujer, ni he seducido vírgenes —sonrió con tristeza—. Hasta ayer, al menos.

—Lo siento. No quiero mostrarme celosa.

—Me gusta que seas celosa. Y si quieres saber la verdad, no ha habido muchas mujeres en mi vida. He sido muy exigente, y nunca he querido mantener una relación muy estrecha. No, hasta que llegaste tú.

—No soy bonita.

—Nena, eres una preciosidad —dijo él, con voz profunda y aterciopelada—. Es lo que hay dentro de ti lo que te hace hermosa. Tienes un corazón del tamaño de Kansas. Y cuando amas, lo haces con toda tu alma. No te cambiaría yo por Elena de Troya.

—Oh, Jake —murmuró ella. Él la besó con pasión y la empujó a un lado. —Deja de mirarme así. Estoy ya temblando de tanto que te deseo.

—Podríamos...

—No, no podríamos —la interrumpió él con brusquedad—. No me acompañes a la puerta. Vete a la cama. Nos espera un día pesado.

Se dio la vuelta hacia la puerta, pero titubeó arrepentido de la forma en que le había hablado.

—Los hombres nos volvemos gruñones cuando nos sentimos frustrados —dijo con incomodidad—. No era mi intención gritarte.

—Lo sé —contestó ella y le sonrió con gentileza—. Buenas noches.

Él contuvo el aliento al ver el rostro radiante de ella, y, antes de irse, la recorrió de arriba abajo. Recordó sus ojos mirándolo llenos de asombro y de placer, los sonidos que salían de su garganta, la sensación de sus manos suaves en los músculos tensos de su espalda...

—Buenas noches —dijo con voz ahogada y salió con rapidez.

Les hicieron los análisis de sangre a la mañana siguiente y obtuvieron el permiso. Se hicieron los arreglos para que la ceremonia tuviera lugar el lunes. Iba a ser un matrimonio civil, le dijo Jake, porque tenía que volver a Chicago esa noche para una junta.

Maureen se sintió escandalizada de que no pudiera disponer siquiera de un día completo para casarse.

—Va a ser el día de nuestra boda —señaló titubeante.

Él la miró con los ojos entrecerrados.

—Ya no soy un mecánico. Tengo una empresa gigantesca y casi se ha ido al diablo por pasar el último año delegando demasiada autoridad. He pasado las últimas semanas averiguando por qué mi jet se negaba a volar. Se me acabó el tiempo, Maureen. La luna de miel tendrá que esperar.

—Entonces, ¿puedo ir a Chicago contigo? —preguntó esperanzada—. No te molestaré...

El se acercó a ella y la tomó con gentileza de los brazos.

—Esto no me gusta más que a ti. Puedes venir si quieres, pero yo voy a ausentarme casi todas las noches. Nos veríamos muy poco. Y tengo que estar allí tres o cuatro días... ¿Qué harías con Bagwell?

Ella hizo una mueca.

—No tengo con quién dejarlo. Se morirá lejos de mí. Y no puedo llevarlo conmigo...

—Tenemos toda la vida por delante, nena —dijo él en voz baja —. Estos pocos días no importan nada. Especialmente... —añadió con tristeza—, cuando ya nos hemos adelantado y hemos tenido nuestra noche de bodas anticipada. Ella se ruborizó y bajó los ojos.

—Sí, lo sé. Todavía... me siento bastante culpable por eso.

—Tal vez no lo creas, pero yo también me siento así —declaró él —. Por eso he insistido en que esperáramos hasta casarnos. No exageres las cosas, ¿quieres? Son sólo unos cuantos días. Te llamaré en cuanto pueda. Sé una buena chica y usa el tiempo para dejar las cosas listas en la oficina y prepárate para el futuro. Cuando vuelva buscaremos juntos la casa en que vamos a vivir.

Ella cedió porque no podía hacer otra cosa. Sabía, cuando aceptó casarse con él, que su principal interés era su compañía. No podía pedirle que se olvidara de todo sólo por ella.

—Muy bien —aceptó tratando de sonreír—, no voy a armar ningún escándalo.

—Yo sabía que no lo harías. No eres una mujer exigente. Esa es una razón por la que me caso contigo. No quiero a una mujer que se aferré a mí y que no pueda vivir si no llego a casa todas las noches. Por eso no me había casado. Me gusta mi libertad.

Ella recordó esas palabras con un estremecimiento cuando se acostó. A él le gustaba su libertad y la compañía era primero que nada. ¿Qué papel iba a hacer ella en su vida?

Él la estaba colocando en una situación difícil. Quería casarse con él, porque lo amaba. Pero las cosas no estaban sucediendo como ella esperaba.

Se fue a la iglesia sola el domingo. El no la llamó y no contestó el teléfono cuando ella trató de ponerse en contacto con él. Pero la llamó después de salir de la iglesia, y aceptó, con cierto desgano, cenar con ella esa noche. Se mostró preocupado y se fue temprano porque tenía que hacer una llamada. Aun su beso de buenas noches fue diferente, como si apenas recordara que era normal besar a su prometida.

Maureen se sintió más y más nerviosa. No durmió esa noche, pensando en si debía o no casarse con él.

Un juez de paz los casó a las diez de la mañana, con Charlene y uno de los vicepresidentes de la compañía, prometido de Charlene, como testigos.

Maureen lloró ante la sencillez de la ceremonia. Se sentía muy orgullosa junto a Jake, vestida con un traje blanco y un sombrero también blanco con un diminuto velo. Cuando él puso el anillo de boda en su dedo y la besó, sus ojos seguían llenos de lágrimas, pero sonrió de alegría.

No hubo tiempo para una recepción, así que dieron las gracias a los testigos y se dirigieron a su casa para que Jake pudiera hacer su equipaje y volar a Chicago.

Maureen casi esperaba que una vez que estuvieran en su apartamento, él querría hacer el amor, puesto que ya estaban casados, pero él se limitó a sentarse en la mesa de la cocina, mientras ella preparaba café, y sus ojos parecieron perderse a lo lejos, como si estuviera pensando.

—Y bien, ya estamos casados —dijo ella, cuando puso el café y los bizcochos frente a él y se sentó al otro lado de la mesa.

—Así es —él bebió el café—. ¿Quieres buscar casa mientras yo estoy fuera o prefieres esperar a que vuelva?

—Quiero ir contigo. No sería justo que yo sola eligiera una casa.

—¿Por qué no? —preguntó él frunciendo el ceño—. Después de todo, tú serás la que pase allí la mayor parte del tiempo. Yo voy a estar ausente con frecuencia. La mayor parte de los días de trabajo hasta después de la medianoche. Los fines de semana tengo juntas de negocios y conferencias. Y aun cuando esté yo en casa, siempre tendré informes y documentos que leer, y decisiones que tomar.

Ella hubiera querido llorar. Era su día de bodas y él ya estaba hablando de dejarla sola la mayor parte del tiempo en el futuro.

—¿Vamos a pasar algunos momentos juntos, Jake? —preguntó, entristecida.

A él no le gustó ver el dolor reflejado en sus ojos, ni oír su tono quejumbroso. Nunca había considerado a Maureen como una mujer posesiva y no pensaba que podría vivir con ella si cambiaba. Era mejor, pensó, desengañarla desde el principio. La miró furioso.

—Yo no tengo la culpa. Una compañía tan grande como la mía necesita mi cerebro y mi atención constantemente. He pasado demasiado tiempo delegando responsabilidades, y he estado a punto de perder el negocio. No puedo caer en ese error otra vez. He tratado de explicarte que mi compañía es la parte más importante de mi vida. No esperarás que la sustituya con unas cuantas horas agradables en tu cama.

Ella se puso roja.

—No comprendo.

—Lo que quiero decir, señora MacFaber —dijo él con una sonrisa burlona—, es que tiene usted un hermoso cuerpo y disfruto

mucho de él. Pero el sexo es sólo una pequeña parte de mi vida, no mi vida entera.

El mundo de Maureen se estaba viniendo abajo. Lo estaba oyendo decir con toda claridad que sólo se había casado con ella porque disfrutaba de su cuerpo en la cama; más allá de eso, no le interesaba para nada.

—¿Por eso te casaste conmigo? —preguntó en tono titubeante—. ¿Porque te querías acostar conmigo?

Él respiró hondo. No era eso lo que había querido decir. Ella lo estaba acorralando.

—Tú sabes por qué me he casado contigo —dijo en tono cortante y autoritario—. Me gusta estar contigo... cuando no me estás aplicando el tercer grado —se puso de pie—. Será mejor que me vaya a hacer mi equipaje. Escucha —añadió, deteniéndose en la puerta para mirarla con ojos fríos e implacables—, no empieces a tratar de encadenarme. He hecho las cosas a mi modo durante demasiado tiempo. Lo último que necesito es una mujer posesiva. ¿Entendido?

Ella tuvo que apretar con fuerza los labios para no hacer una escena. Hacía una hora que se habían casado y él la estaba tratando ya como un mueble indeseado.

—Sí, comprendo —dijo, bajando los ojos al suelo—. Ni siquiera... ni siquiera me... deseas, ¿verdad?

Él tardó mucho en contestar.

—¿Te refieres a estos momentos?

Ella asintió con la cabeza, con las mejillas encendidas.

Él lanzó una carcajada.

—Eso no te va a servir de nada —dijo con frialdad—. De esta forma no vas a conseguir que te lleve a Chicago —vio entonces la expresión perpleja en ella.

—Jamás pensé tal cosa —respondió ella, con tristeza—. Acabamos de casarnos. Pensé que tú... olvídalo.

—No, no estoy invadido de deseo —dijo él, consultando su reloj —. Aunque lo estuviera, no tengo tiempo para eso. Nos vemos el jueves.

Ella empezó a hablar. Iba a preguntarle si no le iba a dar un beso de despedida, pero comprendió que en su estado de ánimo del momento, no serviría de nada. Sólo se pondría más furioso.

Ella lo vio salir, con el corazón encogido. Ahora era la esposa d Joseph MacFaber. No sabía absolutamente nada sobre los padres de él, excepto que lo habían llevado a un reformatorio. Ni siquiera sabía cómo se llamaban. No sabía dónde había nacido Jake, dónde había crecido, ni qué tipo de pasta dental usaba. No sabía absolutamente nada de su marido. No pudo menos que preguntarse por qué se había dejado convencer por él para aceptar ese matrimonio.

Era posible que fuera lo bastante anticuado como para sentir remordimiento por haberla seducido. Decía que la deseaba, pero ciertamente ni siquiera eso se lo había demostrado el día de su boda. Su mente estaba concentrada en el trabajo, no en ella. Iba a pasar una semana en Chicago, solo, y la iba a dejar a ella apenas unas horas después de haberse casado.

Miró furiosa la puerta cerrada. Bueno, si él esperaba que ella se quedara sentada allí cuatro días, esperando a que él terminara sus negocios en Chicago, le esperaba una sorpresa. Ella no iba a permitir que la pisoteara. Si quería una esposa de sociedad, iba a tenerla. Se sometería a un cambio total de apariencia, se compraría ropa y empezaría a ver casas. ¡Contrataría su propia servidumbre, y si no le gustaba, podía divorciarse de ella y vivir con su preciosa compañía!

Se sintió mucho mejor una vez que tomó su decisión. El único problema era que no tenían una cuenta bancaria conjunta y ella sólo disponía de sus ahorros en el banco. Sacó su libreta e hizo una mueca al ver la pequeña cantidad a que ascendían.

Adiós a la idea de una transformación total. Tal vez podía cortarse el pelo, o pintarse el cuerpo de verde y hacer una toga con una de sus sábanas de color, y esperarlo así en el aeropuerto. A los periodistas sin duda les encantaría eso. Y ella aparecería en todas las ediciones de la tarde.

Se rió de sus propias ideas absurdas. No, no podía hacerle eso, ni siquiera a MacFaber. Tendría que ser algo menos espectacular.

Decidió hacer pedazos su renuncia y continuar trabajando. Según iban las cosas, necesitaría su empleo mientras encontraba otro, en una compañía que no fuera la de él. Si MacFaber la iba a relegar al margen de su vida, necesitaba algo en que ocupar su tiempo.

—¡Zana... horia! —gritó Bagwell desde la mesa de la cocina.

—Te vas a poner anaranjado —le advirtió ella, al tiempo que le daba otra zanahoria y empezaba a preparar un estofado de carne—. Voy a tener que comerme esto yo sola, ¿te das cuenta? —dijo al pájaro verde—. Bagwell, ¿te gusta el estofado de carne?

Como se encontraba tan ocupado con la zanahoria que estaba comiendo, no le contestó.

Mientras estaba listo el estofado, se sentó a ver televisión. No tenía la menor duda de que de todos los días de boda en la historia del mundo, el suyo debía ser el peor.

Tal vez Jake volviera al apartamento a disculparse. Quizá le daría un apasionado beso de despedida y decidiera que no podía soportar estar sin ella unos días en Chicago, por pocos que fueran. Tal vez entraría, se pondría de rodillas y le declararía su amor apasionadamente.

Bagwell la miró, porque ella estaba riendo de manera un tanto histérica.

Logró controlarse, pero los minutos pasaron sin que hubiera señales de su flamante esposo. Por fin, sin poder resistir por más tiempo la espera, levantó el teléfono y marcó su número. Pero no contestó nadie.

Colgó y salió para ir al apartamento de él. Se encontraba cerrado con llave y todas las luces estaban apagadas. Se había ido sin decirle una sola palabra, como si ella no existiera para él.

Con toda probabilidad, pensó sintiéndose desventurada, ya no existía. Al casarse con ese hombre había cometido el mayor error de su vida. Pero no debía complicar las cosas sufriendo por él. Debía hacer lo posible por sacar el mejor partido a la situación, hasta que pudiera decidir a dónde ir. Por supuesto que no podía vivir con un hombre que era capaz de tratarla así.

Iría a trabajar al día siguiente, como de costumbre. Después se daría a sí misma unos días para decidir qué iba a hacer con su vida. De una cosa estaba segura: no aceptaría un solo centavo de MacFaber, así que él no tenía que preocuparse de tenerle que pagar pensión, ni cosas por el estilo.

Su única otra preocupación sería el embarazo. Ella no había tomado precauciones, él tampoco. Un hijo era una posibilidad definitiva y ella recordó que él había dicho que deseaba uno.

Entonces, ¿por qué la trató así, en el día de su boda?

Él había vivido solo durante mucho tiempo, recordó ella, y lo hizo por elección propia. ¿Qué ocurriría si no podía adaptarse a vivir con otra persona? ¿Y si no confiaba en ella como esposa de un magnate?

Antes de echarse a correr, demostraría a MacFaber que no era tan tonta como para no poder organizar una gran cena, motivar a la servidumbre o ser una anfitriona de éxito.

11

EL viaje de Jake a Chicago duró un día más de lo que él había creído. Era el sábado por la mañana, cinco días después de la boda y Maureen esperaba que Harry la recogiera en el Rolls Royce, tal como Jake había ordenado por teléfono, y la llevara al aeropuerto. Él había prometido llamarla por teléfono y así lo hizo. Una vez. Fue una conversación rápida e indiferente, en la que ninguno de los dos cedió ni un milímetro. Maureen casi no durmió esa noche.

Había roto su renuncia y continuó trabajando. Si ella y Jake iban a reñir, pensó, sería una muy buena pelea. Maureen se negaba a ser una amante. Si quería una esposa, tendría que tratarla como tal, en todo el sentido de la palabra... cocinera, ama de llaves y amante. Se negaba a ser un objeto de conveniencia. Y sólo porque era un magnate acostumbrado a hacer saltar a la gente, no iba a hacerla saltar a ella.

Harry llegó al aeropuerto en pocos minutos y enseguida encontró un lugar para estacionarse. Eso probablemente tenía que ver con que fuera un Rolls Royce, pensó Maureen con cierto sentido del humor. Harry entró con ella al aeropuerto y encontraron a Jake, que avanzaba por el corredor, hacia ellos.

Maureen sintió que el corazón le daba un vuelco al verlo. Jake vestía un traje de color gris, muy costoso, con una elegante corbata a rayas rojas y grises. Estaba terriblemente apuesto. Maureen, que llevaba puesto un vestido nuevo de color gris claro, con el pelo recogido en un elaborado peinado y el rostro cuidadosamente maquillado, se sentía más presentable de lo que se había sentido en mucho tiempo. Sin embargo, él le dirigió sólo una breve mirada y sus ojos se dirigieron hacia Harry.

—Espero que hayas encontrado un espacio cercano. Estoy muy

cansado —dijo al chofer, entregándole las etiquetas del equipaje. Harry asintió con la cabeza, se dio la vuelta y fue a recoger las maletas, dejando a su jefe y a su flamante esposa solos.

—¿Cómo estás? —preguntó Maureen con evidente frialdad. Él detestó el curso que las cosas habían tomado entre ellos. Deseó no haberle hablado con tanta frialdad el día que se fue a Chicago. Debió habérsela llevado con él y tratado de compensarla de algún modo por dejarla prácticamente al pie del altar, y dedicarse solamente a sus negocios. Maureen iba a mostrarse inquieta y desconfiada desde ese momento, y todo era culpa suya.

En realidad, se había sentido muy desdichado todo el tiempo que estuvo separado de ella. La había echado terriblemente de menos en los últimos días y en su expresión se reflejaba arrepentimiento cuando bajó la mirada hacia su rostro pálido y desventurado. La había obligado a casarse con él sin darle tiempo para respirar siquiera, y después esperó que siguiera adelante como si nada hubiera sucedido. Ni siquiera le había dado un beso de despedida y mucho menos le había hecho el amor.

No podía reprocharle la expresión triste de su rostro. Él era el único responsable. No se había dado cuenta de lo que el matrimonio significaba hasta que ya era demasiado tarde para retroceder. Tardó varios días en aceptar esos lazos, pero Maureen no lo sabía. Ahora iba a tener que demostrarle que ella era lo más importante en su vida, y no iba a ser nada fácil.

—¿Cómo estoy? Cansado —respondió en voz baja—. Pero me encuentro bien. ¿Cómo estás tú?

Ella no pudo mirarlo a los ojos.

—Estoy bien, también.

El se movió, deseando encontrar las palabras que pudieran destruir el daño que había hecho. Levantó la mano y le acarició la mejilla.

—¿Qué tal si tú y yo vamos a buscar una casa hoy?

Ella titubeó. No estaba segura de que tuvieran un futuro juntos, pero al menos era una especie de ofrecimiento de paz. Quizá podrían conseguir que las cosas marcharan un poco mejor.

—Está bien —contestó, retrocediendo al sentir el contacto de sus dedos.

El mal interpretó el movimiento y bajó la mano, sin decir nada.

Maureen tenía derecho a rechazarlo, pensó con amargura. Su rostro se volvió inexpresivo.

—Vamos a tener que pasar por la oficina —dijo él mientras empezaba a caminar por el corredor atestado de gente—. Tengo que dejar unos papeles allí.

Maureen decidió tratar de tranquilizar la atmósfera entre ellos.

—¿Qué clase de casa quieres? —preguntó.

El se encogió de hombros.

—Algo con puerta y ventanas, supongo.

Ella no pudo contener la sonrisa que apareció en su boca.

—¿Y una cocina? Yo sé cocinar, ¿recuerdas?

—No lo harás. Ya te dije que quiero un chef francés. Una casa del tamaño de la que vamos a comprar será demasiado grande para que la atiendas tú sola. Encontrarás muchas cosas que hacer y, antes que te des cuenta, tus días estarán muy ocupados.

"¿Y qué decir sobre las noches?", Pensó ella. No quiso provocar problemas.

Se echó hacia atrás un mechón.

—Así que voy a ser una figura decorativa, ¿no es eso? Muy bien. Entonces puedes comprarme un guardarropa nuevo, y hacer que mi pelo sea arreglado y...

—¡Oh, caramba! —murmuró él con aspereza—. No era eso lo que quería decir. Si quieres un guardarropa, ve y cómpralo. Puedes usar mi tarjeta cuando quieras.

—Gracias —contestó ella con dulzura. Caminó con rapidez para mantenerse al paso de él—. Pero no voy a dejar mi empleo.

El se detuvo en seco.

—¿Cómo dices?

—No me vas a intimidar con esa mirada de furia —protestó ella —. No voy a dejar mi empleo. Si no me dejas ser esposa, voy a ser una mujer de carrera.

—No puedes manejar tú sola una casa del tamaño de la que voy a comprar —dijo él rechinando los dientes.

—¡Claro que sí! Y si no me dejas hacerlo, continuaré trabajando y no viviré contigo.

Él dejó escapar la respiración con lentitud.

—¡Eres un verdadero fastidio!

—Mira quién lo dice.

La miró furioso y ella lo miró de igual forma. Ninguno de los dos cedió un ápice, hasta que lo absurdo de la situación hizo reír a Jake.

Maureen tenía carácter. No se había dado cuenta de que podía tener el genio vivo, porque hasta ese momento siempre se había mostrado tímida y reservada con él la mayor parte del tiempo. Pero el carácter no era un defecto. Era más una cualidad. Estaba convencido de que ella sería capaz de amoldarse a su mundo.

—No necesitas reírte de mí —replicó ella.

—No me río de ti. Muy bien, trata de mantener la casa tú sola, si es lo que quieres. Ya veremos si puedes lograrlo.

Ella sonrió, encantada de haberse salido con la suya.

—Lo voy a hacer muy bien, ya verás —dijo—. Me gusta cocinar y limpiar la casa.

—Te recordaré lo que acabas de decir —murmuró él y empezó a caminar de nuevo. Ella estaba acostumbrada a un pequeño apartamento, no tenía idea del tipo de casa en la que se iban a instalar. Pero él dejaría que lo descubriera por sí misma.

—De cualquier modo, si tuviéramos muchos sirvientes, tendrías que comprarme un gong. ¿No es eso lo que usan las anfitrionas de la alta sociedad para pedir cada nuevo plato? —sonrió para sí.

Jake sonrió. Había estado muy triste durante el tiempo que estuvo fuera. Maureen, sin embargo, lo hacía reír y sonreír. Era la única mujer que había logrado eso.

Harry los llevó a través de las mejores zonas residenciales. Pasaron varios letreros de "Se vende" hasta que uno atrajo la atención de Jake y ordenó a Harry que se detuviera frente a una casa de mármol gris, de dos pisos.

Estaba construida en medio de hermosos jardines y tenía una gran cochera y una cancha de tenis.

—Debe tener diez dormitorios al menos y la sección de sirvientes separada, si no me equivoco —comentó Jake—. ¿Te gusta?

Maureen se sintió desconcertada. De algún modo, nunca había considerado que diez dormitorios fueran una necesidad. Pero él, con toda probabilidad estaba acostumbrado a recibir visitas que se quedaban a dormir... gente relacionada con sus negocios. Empezó a tener una idea de la magnitud de los trabajos domésticos que había insistido en llevar sobre sus hombros, pero nunca retiraría su

promesa. La casa era muy agradable. Conocía esa zona de Wichita y sabía que era el barrio donde vivía la gente más rica. Ella estaba acostumbrada al sueldo de secretaria y a vivir con muchas limitaciones. El solo pensar en el estilo de vida de la alta sociedad le producía escalofríos, pero podía hacerlo. Tenía que hacerlo. El éxito de su matrimonio dependería de que se ajustara al modo de vida de él.

Levantó la mirada hacia Jake cuando se encontraron en el vestíbulo con la agente de bienes raíces que estaba a cargo de la casa. Era una pelirroja muy sofisticada que pareció muy impresionada por la apostura de Jake y su actitud autoritaria.

La gran chimenea de piedra que había en la sala fascinó a Maureen. Se imaginó a sí misma y a Jake sentados uno cerca del otro, hablando, ella con la cabeza en el hombro de él y él abrazándola a ella, al tiempo que contemplaban a su hijo. Suspiró profundamente al reconocer que lo que estaba pensando jamás se haría realidad.

—Es una sala preciosa, ¿verdad? —dijo la agente de bienes raíces con un suspiro, reuniéndose con ella, seguida por Jake—. Me encantaría poner una alfombra de piel blanca frente a la chimenea, con el hombre de mis sueños a mi lado y las llamas ardiendo enfrente —añadió con voz ronca.

El estaba observando con curiosidad el rostro de Maureen.

—¿En qué estabas pensando tú, Maureen? —preguntó de pronto.

Ella suspiró de nuevo mirando hacia la chimenea, sin sopesar la sabiduría de la respuesta que surgió inmediatamente de sus labios.

—Oh, estaba pensando en los niños —murmuró distraídamente.

El rostro de Jake sufrió un cambio notable. Se suavizó, al igual que sus ojos oscuros y la mirada que dirigió hacia su esposa hizo que la agente se aclarara la garganta y empezara a hablar de precios y de las ventajas de la localización de la casa.

Maureen se dio la vuelta, desconcertada por el repentino cambio de actitud de la mujer. Sus ojos se encontraron con los de Jake y sintió el impacto de su mirada. De pronto, comprendió lo que él estaba pensando. Se ruborizó y movió la cabeza. Jake se encogió de hombros y salió al vestíbulo en silencio.

Al terminar el recorrido, Jake dijo con decisión que compraría la casa, sin siquiera consultar a Maureen. Eso no contribuyó para nada

a disminuir la tensión que existía entre los dos.

De regreso a su apartamento, Maureen iba furiosa. Cuando llegaron, se sentía a punto de explotar.

Jake tomó la maleta de manos de Henry y le dijo que podía irse. Entonces se volvió hacia Maureen, quien empezó a caminar muy erguida hacia su propio apartamento.

—¡No harás eso! —le espetó Jake furioso. La asió del brazo, dejó la maleta a un lado y la retuvo allí, mientras abría la puerta de su apartamento y la empujaba hacia dentro.

—¿Me quieres decir?... ¡Oh!

Él la interrumpió buscando sus labios. Mientras la besaba, Jake extendió la mano hacia atrás para cerrar la puerta. Entonces la tomó en brazos y la llevó al dormitorio.

—¡Este es el paraíso! —suspiró él contra la boca temblorosa de ella—. ¡Oh, Dios mío, es el verdadero paraíso!

Ella también lo sentía así, pero no tenía aliento suficiente para decirlo. La arrojó con brusquedad hacia el centro de su cama, y bajó la mirada hacia ella, mientras sus manos empezaban a desabrochar con lentitud su chaqueta.

Ella se quedó recostada, mirándolo como atontada. Todo había sucedido demasiado aprisa.

—¿Me estás demostrando cuál es mi lugar? —preguntó en voz baja—. ¿Este es el sito que voy a ocupar en tu vida? ¿Una diversión agradable entre viajes de negocios y trabajo de oficina?

Las grandes manos de él se quedaron inmóviles en los botones de su camisa. Bajó la mirada hacia ella.

—No has olvidado lo que te dije antes de irme.

—No es muy probable que olvide nunca. Anda, poséeme si me deseas —dijo con brusquedad—. Soy tu esposa. Este es mi deber y lo cumpliré.

—¡Oh, Dios mío, no así! —protestó él—. ¡No conviertas el sexo en un arreglo de negocios!

—¿Acaso no es eso para ti? —preguntó ella en voz baja, sentándose para disimular el temblor de sus piernas—. Te casaste conmigo porque me deseabas. Durante un tiempo pensé que tal vez... tal vez me querías un poco, pero me quitaste esa idea el día que nos casamos. Me dijiste cómo iban a ser las cosas. Te gustaba estar conmigo y te gustaba acostarte conmigo. Pero el negocio y la

compañía eran lo primero —bajó los ojos hacia las manos que tenía en su regazo—. Si te hubieras puesto a pensar un poco no te habrías casado conmigo. Soy tan diferente a ti como el día lo es de la noche. No te gusta mi apariencia, ni la forma en que me visto, y no crees que tenga yo la categoría necesaria para atender a tus amigos.

Levantó la vista y lo miró fijamente. Su expresión la hizo temblar.

—Estoy en lo cierto, ¿verdad? —preguntó ella con los ojos llenos de lágrimas. Se quitó las gafas y se enjugó los ojos con su vestido—. ¿Por qué no solicitas la anulación de nuestro matrimonio No estoy embarazada, así que no tienes por qué preocuparte en ese sentido. Podemos cada uno seguir nuestro propio camino, sin perjuicio para nadie. Y la próxima vez puedes casarte con una mujer más adecuada para ti.

El no supo qué decir. Se sentía indefenso y eso lo hizo sentirse enfadado. Se alejó de ella para encender su cigarrillo.

—No quiero anularlo —dijo con firmeza—. Te quiero a ti.

—No, no me quieres. Quieres la idea de una esposa y una familia, pero no estás dispuesto a dedicar nada de tu tiempo a ninguna de las dos.

—Tengo treinta y siete años —se volvió para mirarla con los ojos entrecerrados—. Nunca he vivido con una mujer. Nunca he tenido que dar cuenta de mis actos a nadie. Mi tiempo ha sido siempre mío y lo he dedicado a mis negocios.

—Lo niños necesitan un padre y una madre —observó ella con sencillez—. Y yo no quiero terminar como tantas esposas de sociedad: convertida en alcohólica o con un amante, debido a que siempre están solas.

—No puedo darte todo mi tiempo.

—Y yo no te lo estoy pidiendo. Sólo quiero algo más que una hora ocasional en la cama y que no hagas que me sienta como si formara parte de tu harén.

—¿Así te hice sentir la primera vez que hicimos el amor?

Ella se ruborizó y bajó los ojos hacia el pecho de él. Su camisa estaba desabrochada y su espeso vello quedaba al descubierto.

—Oh, no —confesó ella con voz ronca—. Me hiciste sentir tal como toda mujer sueña sentirse la primera vez.

—¿Crees realmente que me habría importado un comino tu

placer si fuera el tipo de hombre que estás tratando de hacerme parecer?

—Tu estás interpretando mal las cosas.

—No, tú eres la que está haciendo eso —se acercó un poco más a ella y se arrodilló. Una de sus manos acarició su muslo, mientras que con la otra sostenía el cigarrillo encendido—. Quiero vivir contigo. No te puedo garantizar la luna, ni que estaré en casa a tiempo todas las noches. Pero cuidaré de ti y te juro con todo mi corazón que jamás serás para mí sólo un cuerpo en la cama.

—Pero tú no me amas —murmuró ella, entristecida—. Sólo me deseas.

—Quizá el hombre lo que primero siente es el deseo. Así estamos hechos —pasó su mano por el muslo de ella observando cómo la tela de su vestido ondeaba sensualmente bajo sus dedos—. Tú me deseas tanto como yo te deseo a ti. Me doy cuenta de cómo cambia tu respiración cuando te toco.

—Sí, pero...

—Pero, ¿qué?

El se movió, obligándola a recostarse. Luego se deslizó sobre ella, presionándola contra el colchón.

—Tu... cigarrillo —exclamó con voz ahogada.

—¡Al diablo con el cigarrillo! —exclamó, al descender su boca sobre la de ella.

En algún momento, el cigarrillo terminó en un cenicero y la ropa de ambos regada por la cama y el suelo. Maureen sintió la piel de él rozando la suya, el espeso vello de su pecho cosquilleando sus senos desnudos, su boca oliendo a humo explorando los contornos hinchados de sus labios.

Ella se aferró a él, gimiendo con suavidad, disfrutando del dulce placer del amor. Jake le susurró cosas al oído, tratando de que el remolino de pasión la envolviera más profundamente.

Cuando sintió que la elevaba, abrió los ojos, somñolientos, para clavarlos en los de él.

Jake sostuvo su mirada mientras su cuerpo poderoso, de forma lenta y sensual, se apoderaba del suyo. Maureen lanzó una exclamación ahogada al sentir la franca intromisión, la fusión que hacía que sus fantasías respecto a él se desmoronaran ante el deslumbrante placer.

Jake lanzó una carcajada al advertir la involuntaria respuesta de Maureen. Sintió cómo le clavaba las uñas en las caderas, cómo su cuerpo se arqueaba al encuentro del suyo, buscando satisfacción. Ella gritó. Su voz tenía el mismo tono palpitante que él sentía en el cuerpo flexible que había bajo el suyo. Cuando alcanzaron el éxtasis, Jake también se estremeció y gimió de placer. Su voz profunda se mezcló con los agudos gritos de su mujer, cuando sintió que el mundo giraba a su alrededor.

Maureen no podía dejar de llorar. Él la abrazó, temblando todavía de satisfacción, y alisó su pelo húmedo, retirándoselo de la cara.

—Tranquila —murmuró. Sus labios tocaron los párpados de Maureen, para limpiarle las lágrimas—. No ocurre nada.

Pero ella siguió llorando, con los brazos ceñidos a su cuello, buscando su consuelo.

—Lo sé —murmuró contra sus labios—. Esta vez ha sido mejor que la última.

—Oh, sí —gimió ella, temblando y ocultó la cara contra el cuello húmedo de él, sintiendo la frescura palpitante de su piel—. No te vayas.

—No lo haré —se echó hacia un lado, oprimiéndola con más fuerza contra él. La acarició con los labios y las manos—. ¿Te sientes mejor ahora? ¿Te estás calmando?

—Noo... —contestó ella con voz ahogada—. Lo siento, yo... ¡Jake!

Le clavó las uñas y se arqueó lentamente, mientras él se movía sobre ella, sin dejar de besarla.

—Tranquila ahora —murmuró él contra su boca—. Acércate más. No te dejaré ir hasta que lo sientas completamente. Bésame...

Ella no creía posible sobrevivir a una explosión tal de sensaciones y estuvo a punto de desmayarse. No pudo siquiera levantar la cabeza cuando sintió que él se alejaba lentamente de ella, por fin.

—Ven aquí, nena —la obligó a apoyar la cabeza en su pecho tembloroso—. Dios mío, creo que no puedo más. ¿Estás bien tú?

—Si muero en estos momentos, no me importa —murmuró ella con un suspiro tembloroso—. Te amo, Jake.

—Necesitaría estar ciego para no saber eso a estas alturas —

murmuró él con suavidad, sonriendo contra la boca suave de ella.

—¿No te molesta? —preguntó Maureen en voz baja.

Él acercó su cabeza a la mejilla de ella.

—No me molesta. Sólo que necesitaré un poco de tiempo para acostumbrarme a ser amado —rió con amargura—. A mí nunca me habían querido. Nadie, en absoluto.

Ella rodeó la cara de él con las manos y la sostuvo durante un rato, para poder ver sus ojos oscuros y atormentados.

—Sin duda, tus padres te...

—Yo fui adoptado ¿No lo habías adivinado? —preguntó él con frialdad—. Querían hijos, según decían ellos, así que me adoptaron. Cuando me metí en problemas con la ley, lo atribuyeron a mi ascendencia desconocida y literalmente se lavaron las manos.

Ella no comprendía del todo lo que había pasado.

—Pero, entonces, ¿cómo fue que heredaste la compañía?

—Mi padre adoptivo no había cambiado su testamento cuando murió, sólo Dios sabe por qué. Mi madre tenía una renta vitalicia, pero la empresa pasó a mi poder íntegramente —se dio la vuelta y rió con frialdad—. Ya te podrás imaginar lo que ella odió que eso hubiera sucedido. No me pudo sacar un céntimo. Se dedicó a beber. Cuando se emborrachaba, me llamaba por teléfono para decirme que había hecho de su vida un infierno, cuando era niño. Se metía en los más endemoniados líos y me llamaba para que fuera al otro lado del mundo a sacarla de ellos. La maldije hasta que se me acabaron todas las maldiciones, la hubiera maldecido hasta esa última hora en que murió, tratando de matarme.

—Oh, Jake —se acercó a él, lo abrazó y puso su mejilla contra el pecho masculino—. Todos decían que la querías, y yo pensé... no sé qué pensé. Lo siento tanto...

—Yo deseaba quererla —dijo Jake con voz ronca—. Pero ella no era el tipo de mujer que deseaba amor —acarició el brazo que ella había colocado sobre su cuerpo—. En realidad, ella me odiaba. Nunca supe por qué. Quizá porque nunca tuvo una idea clara de lo que era la maternidad. Creo que mis padres enseguida se dieron cuenta de que los niños no son muñequitos graciosos, que pueden guardarse en un armario cuando se cansa uno de ellos.

—Eso es verdad —dijo ella en voz baja—. Tampoco son así las esposas.

Él levantó la cabeza y la miró.

—No sé mucho sobre esposas. Nunca sentí deseos de casarme, hasta que te conocí. No sé mucho de niños, tampoco. Pero supongo que tú y yo podemos aprender juntos.

—¿Tendrás el tiempo para hacerlo?

Él suspiró y le acarició suavemente los senos, con la punta de los dedos, observando cómo reaccionaba el cuerpo de ella.

—Oh, creo que me ingeniaré para encontrarlo —sus ojos oscuros se clavaron en los de ella—. Dilo otra vez.

—Te... te amo —dijo con voz ahogada, arqueándose hacia los dedos de él.

—¿Cuánto?

—Más que a nadie o a nada en el mundo —logró decir antes que la boca de él descendiera sobre la suya—. Excepto...

—¿Excepto?

—Excepto al niño que voy a darte... dentro de nueve meses a partir de hoy —suspiró ella rozándole los labios con los suyos.

Jake se estremeció. La rodeó y la oprimió con fuerza, rindiéndose por primera vez en su vida a la necesidad de ser amado.

Maureen y Jake compraron la gran casa gris y ella renunció a su empleo. Pero si Jake pensaba que no podía enfrentarse a la nueva situación, estaba equivocado.

Compró libros sobre cómo ser buena anfitriona y administrar una finca. Aprovechó el primer viaje de Jake a Europa para empezar a tomar las riendas de la casa con gran firmeza. Contrató a una cocinera... no a un chef francés, sino a una bondadosa dama jubilada, con un exquisito repertorio de comida casera... a una ama de llaves y a una doncella. Buscó también un jardinero.

Fue a comprarse ropa nueva y se puso en manos de un buen peluquero. La única concesión que no hizo fue renunciar a sus gafas... las conservó porque, después de tantos años, se habían convertido en parte de sí misma.

—El señor MacFaber debe llegar hoy a casa, ¿no es así, señora MacFaber? —preguntó la señora Candles, la cocinera—. ¿Qué desea usted que le haga?

—Pollo —contestó Maureen—. Le encanta. Y una cacerola de papas, espárragos y flan de caramelo —añadió Maureen con una, sonrisa—. Eso nos gustará a los dos. Oh, ¿y podría usted preparar

una ensalada del chef también?

—Sí, señora —la señora Candles sonrió—. ¿Van a tomar vino? —Yo voy a tomar café, y creo que el señor MacFaber también —murmuró—. Quiero que tenga la cabeza bien despejada para que pueda ver los cambios que he realizado aquí.

La cocinera se alejó, moviendo la cabeza de un lado a otro. Maureen se puso un precioso vestido de crepé con gasa encima, pintada a mano en los colores del arco iris, y una amplia falda plisada. Se dejó el pelo suelto, de modo que le caía onduladamente sobre los hombros.

Él entró en el momento en que ella bajaba por la escalera, y Clare, la nueva doncella, se apresuró a tomarle de las manos el cartapacio y el impermeable.

—Estaba lloviendo a cántaros en Nueva York —murmuró Jake, al tiempo que sus ojos recorrían a la joven doncella. Luego, levantó la mirada hacia Maureen y, con una irónica sonrisa, dijo—. ¿Vas a ser mi postre?

—Sí, a menos que prefieras un flan de caramelo —dijo ella, riendo—. ¡Oh, Jake, te he echado tanto de menos!

Se arrojó a sus brazos y él la levantó, dio una vuelta con ella y casi la devoró a besos. Había estado ausente tres semanas, que a Maureen le habían parecido tres siglos, a pesar de que la había llamado por teléfono casi todos los días.

—¿Vas a matarme a besos? —murmuró él.

—¿Puedo intentarlo? —se puso de puntillas para alcanzar de nuevo su boca.

—No me quejo —frotó su mejilla contra la de ella, con un fuerte suspiro—. Te necesito, Maureen —le susurró al oído—. ¿Qué tal si hacemos el amor en la mesa del vestíbulo?

—La señora Candles se desmayaría.

Él levantó la cabeza, con el ceño fruncido.

—¿La señora qué? Y pensándolo bien, ¿quién es esa? —señaló con la cabeza en dirección al lugar por el que se había ido la doncella.

—Clare es nuestra doncella —explicó Maureen—. La señora Candles es nuestra cocinera.

Él frunció el ceño de nuevo.

—¿Es francesa?

—Su bisabuelo era francés —la aseguró Maureen—. Y ella es una cocinera de primera categoría.

—Escúchame bien, nena...

Ella lo tomó de la mano y tiró de él.

—Nos iremos a la cama temprano —le prometió—, y te demostraré lo mucho que te he echado de menos pero, por el momento, ¡tienes que probar lo que la señora Candles ha preparado!

El se dejó convencer, pero todavía seguía dudando, hasta que tomó el primer bocado. Maureen notó que lo saboreaba con verdadero placer.

—Esto está muy bueno —dijo.

—¿Verdad que sí? —Maureen sonrió—. Tenemos también un jardinero. Yo me he comprado un guardarropa nuevo, y vamos a ofrecer una fiesta la semana próxima, para todos los ejecutivos de tu compañía.

Él parpadeó, asombrado, al ver la confianza que Maureen parecía tener en sí misma.

—Vaya, vaya, veo que has estado más activa que una hormiguita, ¿no es cierto? —murmuró.

—¡Claro que sí! —afirmó ella, riendo.

Él entrecerró los ojos.

—¿No has vuelto a la oficina, furtivamente?

—No he tenido tiempo. He estado muy ocupada con la casa y organizando todo. ¿Te gusta nadar?

Él la miró con fijeza.

—Sí —dijo, sorprendido.

—Magnífico.

Se escuchó de pronto un estrépito en la parte posterior de la casa.

—¿Qué ha sido eso? —exclamó él, levantándose.

Ella le tocó la mano con gentileza, indicándole con un gesto que se sentara.

—No debes preocuparte. Es la excavadora.

—¿Qué excavadora?

—La que está haciendo el agujero para la piscina —explicó ella con toda calma—. Sigue comiendo mi amor.

Él respiró hondo, aunque miró con el ceño fruncido hacia el

ruido de la parte de atrás.

—¿Me tienes reservadas más sorpresas? —preguntó.

—Sólo una pequeña —respondió ella con indiferencia—. Pero no para este momento. ¿Quieres probar las papas guisadas?

—No, creo que no me gustan —dijo él con aire distraído—. ¡Dios mío! No has perdido el tiempo, ¿verdad? —sonrió—. Doncellas, amas de llaves... y yo que pensé que no podrías hacerlo. ¡Tonto de mí!

—Tú todavía no has comprendido cuánto te quiero, eso es todo —señaló ella sin dejar de sonreír—. Cuando amas a alguien, eres capaz de hacer cualquier cosa para complacerlo.

—¿De veras? —los ojos de Jake brillaron con malicia—. Bueno, yo tengo una o dos ideas sobre ese tema. Después del postre.

—Yo también —acarició con sus dedos las manos de su marido, disfrutando de su contacto—. Jake —dijo titubeante, mirándolo a los ojos—. Joseph —corrigió y su expresión se volvió muy seria—, voy a darte un hijo.

En el primer momento ella pensó que no la había oído, pues se quedó inmóvil, mirándola fijamente.

—¿Qué has dicho? —preguntó con voz ronca.

Ella sonrió primero y después se echó a reír.

—¡Estoy embarazada!

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —dio la vuelta a la mesa, la levantó de la silla y la hizo sentarse encima de él—. ¿Cuándo? ¿Cuánto tiempo falta?

—Un poco más de seis meses —contestó Maureen frotando su rostro contra él—. Quería estar segura antes de decírtelo. Me lo confirmaron ayer.

—Hace poco más de tres meses que nos casamos —murmuró él, contando hacia atrás—. Más o menos —suspiró él, frotando su boca contra la de ella—, la tarde en que murmuraste algo sobre nueve meses.

—¡Chitón! —rió ella, incorporándose para besarlo e impedirle que hablara.

Un momento más tarde, una tos discreta los hizo separarse. Levantaron la mirada, en el momento en que la señora Candles ponía el postre en la mesa. Ella sonrió al mirarlos.

—Es flan —explicó—. Un postre muy saludable, especial para

futuros padres.

—¿Cómo lo supo? —preguntó Maureen asombrada.

La señora Candles sonrió.

—Tuve seis hijos, ¿no se lo he dicho? Voy a traer el café. Después me iré a mi cuarto, a ver la televisión.

Jake se echó a reír cuando ella salió.

—Es sensacional —murmuró—, y mucho más agradable que un temperamental chef francés, que arrojaría cosas por la cocina, cuando tuviera rabietas.

—Mi amor, si echas eso de menos, estoy segura de que la señora Candles podría tirar una olla de vez en cuando, para hacerte sentir mejor.

—No hay necesidad —murmuró él, contra su boca—. Vamos a estar demasiado ocupados para notarlo, ¿no crees?

Seis meses más tarde, Joshua Blake MacFaber llegó a su casa, procedente del hospital, en brazos de su padre, mientras su madre era sacada con todo cuidado del automóvil y transportada en una silla de ruedas al interior. Había sido un alumbramiento difícil, que terminó con una operación de cesárea, pero Maureen estaba tan orgullosa de su hijo que las molestias no le importaban.

—¿No es la viva imagen de su padre? —preguntó a la señora Candles, cuando estuvieron adentro.

—Claro que lo es, señora —contestó la cocinera, sonriendo al bebé que MacFaber sostenía cuidadosamente—. Se le parece hasta en los ojos. Van a ser oscuros, puede estar segura.

Una vez que Maureen estuvo en su cama y el pequeño Joshua se durmió acurrucado en sus brazos, Jake se ofreció a quitárselo.

—Necesitas cuidar esa herida —murmuró, mientras levantaba al niño y se sentaba en la silla que había junto a la cama.

—¿De veras? —bromeó ella, con ojos resplandecientes de amor —. ¿O lo haces para tener en brazos a tu hijo?

—Las dos cosas —tocó el pequeño rostro dormido y lo invadió una oleada de amor tan intensa que se ruborizó—. ¡Dios mío, es un verdadero milagro! —exclamó.

—Sí —Maureen estiró una mano, pero hizo una mueca al sentir el tirón en la herida. Tocó la mano de Jake que descansaba en el cuerpo del niño, sobre la suave manta—. Te amo, cariño —murmuró—. Gracias por haber estado a mi lado todo el tiempo.

Él había permanecido a su lado hasta el último segundo que duró el prolongado alumbramiento, hasta el momento mismo en que fue llevada en camilla al quirófano. Se habían preparado para un parto natural, pero algo falló en el último momento.

—Es mío, también —le recordó él. Su mano se curvó alrededor de la de ella y sus ojos se oscurecieron—. Como tú.

—¿No te arrepientes de haberte casado conmigo? —preguntó ella, sonriendo irónicamente.

—¡Ojalá te hubiera conocido antes! —contestó él con expresión seria—. Nunca he dicho las palabras, ¿verdad? —preguntó en voz baja—. Ni siquiera cuando hacíamos el amor.

—No hubieras permanecido conmigo si no me hubieras querido un poco —contestó ella evasivamente.

Los dedos de él se introdujeron entre los de ella. Miró sus manos entrelazadas y después al niño que dormía tan pacíficamente entre sus brazos.

—He tenido que descubrir el amor, antes de poder sentirlo o expresarlo —dijo con sencillez—. He aprendido que es generoso. Pone los sentimientos de la otra persona antes que los de uno, las necesidades de la otra persona antes que las propias. Nunca exige, sólo acepta —levantó la mirada hacia ella—. Gibran dijo que el amor no puede ser dirigido, que si te encuentra digno de él, dirige tu camino —sus dedos se contrajeron alrededor de los de ella mientras el corazón de Maureen latía con fuerza—. ¿Te escandalizaría saber que ya hace algún tiempo que el amor dirige tu camino, Maureen?

Ella entreabrió los labios.

—No debería hacerlo —confesó ella—, pues creo que es algo inevitable.

—Te amo —dijo él con voz ronca y con un profundo brillo en los ojos—. Obsesiva y apasionadamente. Se que te amo desde el día que volví de Chicago y me recibiste en el aeropuerto. Te había echado de menos y ni siquiera podía decírtelo. Entonces volvemos a mi apartamento, después de que compramos la casa —sonrió con ironía—. Y te dije algo que no había dicho nunca a nadie. Fue entonces cuando hicimos al amor. Y en algún momento comprendí que tu eras mi mundo.

Ella se sonrojó ante la dulzura del recuerdo y sus dedos rodearon

con amor los de él.

—Yo supe eso sobre ti desde el principio, señor MacFaber —sonrió—. Ni siquiera sabía tu nombre, pero tú has sido mi mundo desde el primer momento en que te vi.

—Tal vez la vida habría sido menos complicada si yo hubiera sido el mecánico que creías que era.

—Lo habría sido. Pero no te amo menos por ser lo que eres —Maureen acarició el rostro de su hijo—. Y él no lo hará tampoco. Tú serás su mundo, también.

Él tuvo que tragar saliva dos veces antes de poder contestar. Era nuevo para él admitir el amor y oír que se hablaba de él de forma tan abierta. Pero le gustaba. Le gustaba mucho.

Levantó sus ojos hacia ella y sonrió.

—Supongo que es una cosa buena que haya delegado algo de autoridad en la compañía, entonces, ¿verdad? —murmuró—. Las cosas van a ser mucho menos complicadas de aquí en adelante. Haré algún ocasional viaje fuera de la ciudad, pero estaré en casa la mayor parte de las noches y durante los fines de semana.

—¡Jake!...

—¿Asombrada? Ya te lo he dicho... te amo. No puedo ser un buen esposo y un buen padre si nunca estoy en casa.

—Pero la compañía...

—Ya no es lo único que cuenta en mi vida —dijo llevándose la mano de ella a la boca para besarla—. Ahora tú y el niño están en primer lugar.

—Podemos hacer picnics —murmuró ella—. Y organizar fiestas de cumpleaños para Joshua.

—Y para sus hermanos, o hermanas —añadió, con un profundo brillo en sus ojos oscuros.

Ella contuvo el aliento y sus propios ojos empezaron a brillar.

—¡Oh, mi amor! —murmuró.

—Sólo hay una cosa —dijo él, poniéndose tan sombrío que Maureen sintió miedo.

—¿Qué? —preguntó ella preocupada.

—¿Podrías decir a la señora Candles, por favor, que deje de preparar guisos de pollo?

—¡Pero es tu plato favorito! —exclamó ella.

—Lo era, hasta que me lo sirvió todas las noches durante dos

semanas —dijo él, rechinando los dientes.

Ella se echó a reír.

—Yo te salvaré, cariño, no te preocupes. ¡Jamás volveremos a servirte guisos de pollo!

—¡Qué bien!

—Te haremos diferentes platos de ternera, entonces.

Él iba a decir algo, pero el pequeño Joshua se movió y abrió los ojos. El juego y las bromas se esfumaron al contemplar a su hijo recién nacido.